

2801
1052
1000

EL TORERO DE LA EMOCIÓN

RAFAEL GONZÁLEZ (MACHAQUITO)

dy

1024
FERNANDO GILLIS

(CLARIDADES)

EL TORERO DE LA EMOCIÓN

RAFAEL GONZÁLEZ

(MACHAQUITO)



MADRID
RENACIMIENTO
SOCIEDAD ANÓNIMA EDITORIAL

Pontejos, 3

1012

+

CS PROPIEDAD

CARTA-PRÓLOGO

MI EXCELENTE AMIGO GILLIS:

Procedí muy de ligero comprometiéndome á exhornar la fachada de este edificio literario con un prólogo florido y risueño. Buena voluntad me sobra; mas ¿qué puede decir de Toros, en un libro á ellos dedicado, quien no siente afición por la fiesta, y desconoce el sentido y el léxico de un arte en que la destreza supone tanto como la valentía?

*No quiero incurrir en la flaqueza española de hablar de lo que no se conoce, por el gusto de aparecer entendido en todos los aspectos de la vida nacional. No, no acometería tal aventura por mucho que me fuercen á ello la tiranía de la amistad y las exigencias de un compromiso contraído **ex abundantia cordis**.*

*Mas ya que nada puedo expresar tocante á los méritos de **Machaquito** en su brava y azarosa profesión, si quiero y*

debo hablar de Rafael, considerándolo en el aspecto amistoso, pues con su trato me honro. Por él, afable, cortés, caballero y modesto, sé que el torero no es, por regla general, fuera de la Plaza, lo que tantos imaginan rindiendo culto á una leyenda superficial y mentirosa. Y á fe que tengo por felicísimo hallazgo el de un hombre como Machaquito, de alma ingenua y corazón grande.

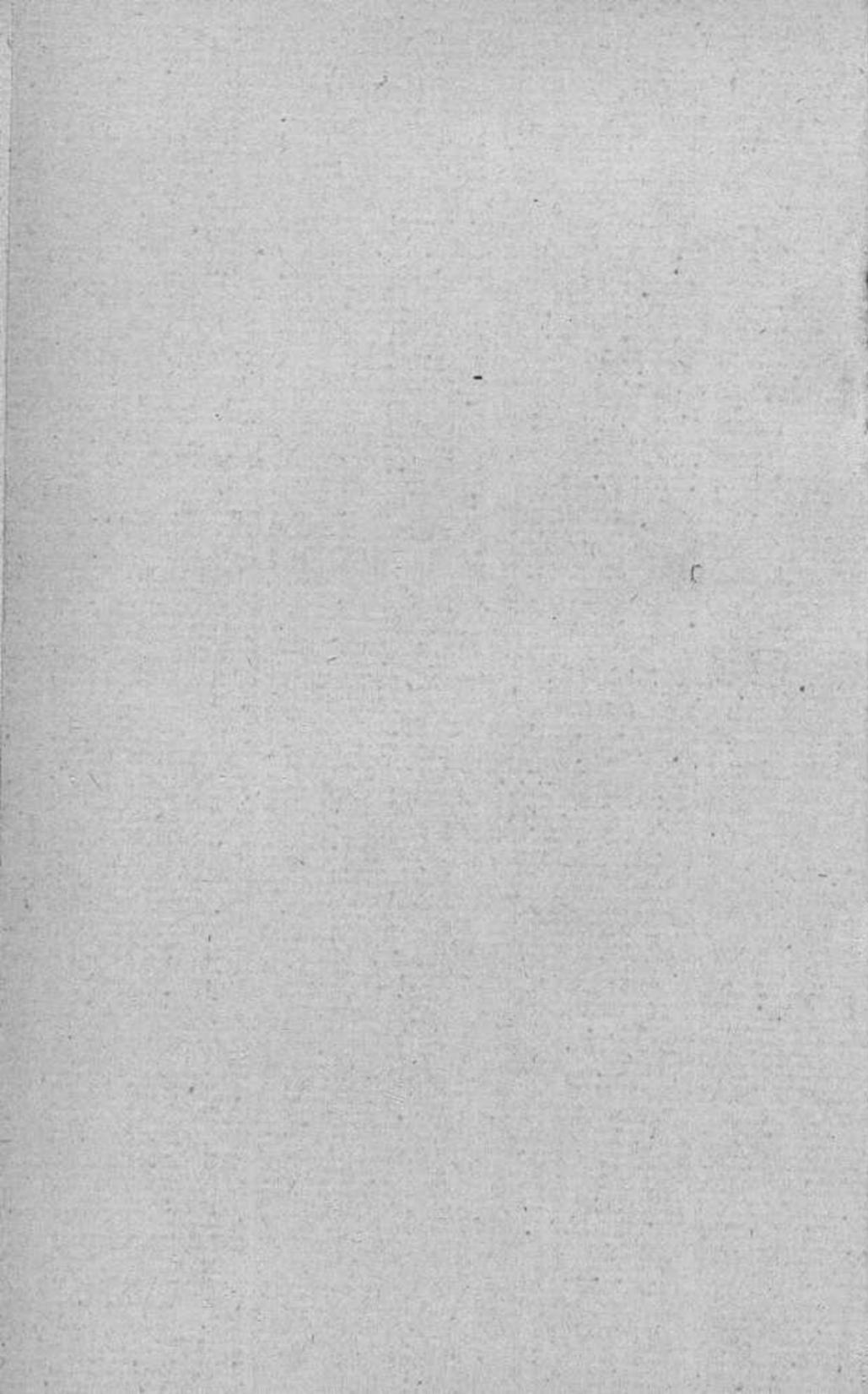
Si con estas líneas quiere usted sustituir el prólogo que se me ha quedado en el tintero, sirvan ellas para expresar á Rafaelito mi ferviente afán de que abandone pronto los terribles riesgos de su peligrosísima profesión, dando con ello tranquilidad á su familia y á los que, cual yo, sienten por él amistad sincera y profunda.

Sabe usted le quiere de veras su muy adicto.

B. PÉREZ GALDÓS.

Madrid-October 1912.





CÓMO SE HIZO ESTE LIBRO

LA OPINIÓN DE UN REVISTERO

Lector: la Biblioteca Renacimiento me hizo el honor de encargarme el libro de Machaquito; libro en el que á tenor de lo que en el extranjero se hace, un artista genuinamente español se comunicase con su público, le diera á conocer las vicisitudes por que pasó para llegar al puesto en fama que hoy ocupa, le relatase sus impresiones personales, sin eufemismos sin retóricas ni adornos de ropajes literarios, fuera aquí de razón, sin rasgos de erudición barata, ni rebusca de frases rimbombantes, llano é ingenuo, expresión fiel del alma de un artista que por todo bagaje literario, ostenta los cartelones llamativos en que se anuncian sus proezas, y por toda noble ejecutoria de su stirpe, las rojas cicatrices de sus carnes, rasgadas en su lucha atrevida con los toros.

Amigo yo de «Machaquito» desde sus primeros balbuceos taurómacos, conocedor de su modestia en tal grado exagerada que aun hoy, en que la voz unánime de la afición á toros le aclama como el mejor estoqueador de reses bravas de los presentes tiempos, sin disputa ni sombra, esos gallardos gestos de independencia y de valer que todos los artistas tienen á gala sostener ante empresas y públicos, en él no existen; no pretendí, ni mucho menos, que me diese escritos sus apuntes.

¡MACHAQUITO REDACTANDO SUS MEMORIAS!

¡Un hombre fuerte, templado en las rudezas de la lucha, sin otro pensamiento que burlar el peligro con la sonrisa á flor de labios, sin otra preocupación que ser certero y decisivo en sus ataques á los toros; un hombre acostumbrado al fiero *sport* de jugarse la vida, poniendo á prueba diariamente su agilidad y destreza, metido á pensador, encerrado en un cuarto de estudio, quieto su cuerpo atlético, en constante ejercicio de ordinario, y en acción su cerebro hecho á esta sola fórmula: «O vencer ó morir», vertiendo en el papel conceptos de su arte!

Al pensarlo tan sólo, protestarían en sus tumbas las sombras de «Costillares» y de «Frascuero».

Por eso no hice más que decirle:

— Mira, Rafael, es necesario que me dictes, en confesión completa, recuerdos de tu vida para ha-

cer el libro de tus memorias íntimas que ya reclama la afición.

— ¡Mi vida...! — exclamó el lidiador clavando en mí esos ojos vivísimos que atrajeron sobre él las primeras simpatías del público de toros. — Tan bien como yo la sabes tú, y sabes, además, que no tiene interés su asunto para contarla al público.

Y empezamos á hablar, y me dijo la fecha en que nació, la en que tomó la alternativa, las heridas que tuvo y... nada más; buscaba y rebuscaba y no encontraba nada digno de mención.

Y, sin embargo, ¡es tan interesante y novelesca la historia de «Machaco!» El libro cambió; tenía que ser una cosa mía, ¡el no podía *desir ná!*

Voy, pues, á ofrecérselo al público, así como algunas observaciones tuyas sobre el arte y el valor de matar toros, tal como yo le he comprendido por lo que el denodado lidiador ha ido expresando, hoy en un cuarto de fonda provinciana, sentado sobre un baúl del que se acaba de sacar, en destellos de pedrería, el traje de torero que ha de lucir esta tarde; mañana, en un vagón del tren en rápido correr hacia un punto de contrata; al otro, en un café, ante un corro admirativo de entusiastas partidarios del diestro; otro día en unas dehesas andaluzas llenas de sol y de verdor, donde va á ejercitarse con vaquillas de tiente...

Este libro, pues, que lleva en general todo el gracioso desaliño de la charla de Rafael González, tiene, además, apreciaciones particulares mías ne-

cesarias para estudiar su figura torera y que en modo alguno pueden á él imputarse.

Y lo hago así constar para evitar errores.

Con la venia de ustedes...

Pero antes permite, lector, unas ligeras digresiones.

Yo soy revistero de toros. Como revistero, pues, ó como crítico, mejor dicho, como escritor taurino, porque esta historia de un torero no ha de ser tan escueta que la imaginación y el sentimiento no entren en su composición en algo, aderezándola para borrar sus arideces, he de bosquejar y analizar aquí la figura taurina de Rafael González, estudiándole en sus dos aspectos de voluntad y valor. Los dos componentes principales de su entidad torera.

Con todas las humanas imperfecciones, ¿tendré que jurar que soy de carne y hueso? Esos fenómenos psicológicos de las simpatías y antipatías, obrando sobre mis facultades anímicas, me hicieron considerar á «Machaquito» desde el primer momento como un matador de toros excepcional.

Hago hoy esta sincera confesión porque los hechos vinieron luego á darme la razón.

¡Cuanta previsión no se necesita, qué de precauciones á veces para acertar con lo que se debe decir ó conviene callar y no incurrir en imprudencias temerarias, cobardes transacciones ó silencios culpables!

Sin embargo, no sé si aún veré yo bajo un prisma exagerado las condiciones excelentes de «Ma-

chaco» para lidiar las reses bravas; si es así, el lector debe disculparme, en la completa inteligencia que mi pluma corre al escribir este libro bajo una firme voluntad de ser imparcial y justiciera en absoluto.

Mas como mis pasiones son mi guía y á mi libre albedrio gusto dejar correr mis sentimientos, desearía yo poseer la inspiración de Moratín para hacer de su elogio al gran Pedro Romero una segunda parte para Rafael González ó las facultades filosóficas de Eusebio de Nieremberg, para hacer de uno de sus tratados el «Tratado del valor de «Machaco» y de su voluntad.»

No es así y tienes, lector, que conformarte; pero que no abra tu boca el bostezo del tedio en perspectiva, porque esta faena, imitando á los diestros, será corta y ceñida.

Y empiezo...

UNA GRAN VOLUNTAD
ENGENDRA UN GRAN
VALOR.

Cristina de Suecia.

He aquí en esta sabia máxima reasumida toda la personalidad de «Machaquito»; el adagio «querer es poder» fué su lema en el combate: quiso y pudo, llegó á poder porque tuvo valor para querer llegar....

¿Quién de ustedes recuerda al «Machaquito» novillero grácil y macarena figurilla, que por la calle de Sevilla discurría las vísperas de torear en nuestro ruedo?

El sombrero de alas anchas echado garbosamente sobre sus sienes; el pantalón de talle ajustando su cimbreña cintura que recortaba la airosa chaquetilla de coderas, ya hoy casi en desuso, le daban el aspecto de ese torero clásico que Goya nos pintó del que nos hablan las crónicas antiguas, esa figura legendaria de héroe popular, compen-

dio de todas las destrezas, resumen de gallardías y donaires, de rumbos y majezas, de desinterés y altruismos, constelados de fina pedrería, derrochando dádivas y alegrías, y que hoy hemos perdido entre las cifras del cupón.

No había más que ver aquel mozuelo para exclamar con plena certidumbre: ¡ese es torero!

No había más que observar su rostro bronceado en un plegar ceñudo de su fuerte entrecejo, notar su altivo porte de persona engreída y satisfecha, convencida de su valer presente, para decir al punto: ¡ese será torero de los buenos!

Después, cuando ya la fama le aclamó y entrando en las corrientes de la moda, trocó su típico vestir por el señoril traje de la entallada chaqueta y el sombrerito frégoli que hacen de la figura del torero, antes popularísima en las calles, unos tenderos distinguidos, borrando así, fuera del redondel, su personalidad; su ceño siempre duro, su mirada viva, su andar seguro y desenvuelto, le dieron sello peculiar, y á donde fué le siguió la admiración de la afición á toros.

En la calle, «Machaco» es de los pocos que aún se ve envuelto por el aura popular, Como á los antiguos toreros, aun los desocupados, los curiosos, los chicos de taller, los ganapanes, los golfillos, le hacen corro, no deslumbrados ante el fulgor de las alhajas, como en los diestros de otras épocas, sino ante el brillo moral de su persona.

Aún surge el estro popular para cantarle coplas; aún quedan notas, para sonar en su honor, en pa-

sodoble; aún las hembras en celo tienen suspiros de deseos para el torero en fama; aún los mozos que le admiran tienen á flor de labio su exclamación constante: ¡Quién fuera «Machaquito»!

«Machaco» surge á la vida de torero en la casa Matadero de Córdoba (cómo y de qué manera lo veremos después en las memorias). Allí, entre los matarifes y rufianes, pisando trozos de carne destrozada y despojos y tripas en confusión horrible. Ante la visión roja de un eterno degüello y los lóbregos sonos de los mugidos postreros de las reses, dió sus primeros pasos en la vida consciente.

Y oyendo hablar continuamente de toros y toreros, profesión de elegido en la sultana Córdoba, y deslumbrado siempre por las lucientes joyas de los diestros, admiración de sus paisanos, que iban á aquellas naves á practicar el descabello; sin más recursos ni sostén para los suyos que un mísero jornal, tuvo, como resumen de sus aspiraciones todas, como ideal de vida, ser uno de aquellos hombres, para vestir sus joyas y sus sedas.

Y puso en ello toda su voluntad.

Ni se crió entre los sonos del clarín para desear ser militar, ni entre cantos y rezos para ser sacerdote, ni entre libros y notas para ser literato. Fué torero porque aquel medio ambiente lo creó; y esa voz interior que forma los caracteres, le dió desde mozuelo tal superioridad sobre sus compañeros, que á partir de el día en que mató el primer becerro le miraron los suyos como un fenómeno del arte.

¡Por algo un partidario suyo le llamaba el Napoleón de los toreros!

Y saltó desde el tentadero á las capeas, puestos sus ojos en «Guerrita»; y á los trece años banderilleó el primer becerro; á los tres días de esta hazaña mató mejor que su maestro el «Malagueño». ¡Y eso que no podía sostener el arma toricida por sus escasas fuerzas! Y siguió en todas partes haciéndose notar y dándole su voluntad firmísimo valor; y contra el parecer de sus paisanos, que le veían pobre, pequeño y sin amigos; se fué abriendo camino y llegó á figurar de matador en Córdoba, y pudo al fin á conseguir que el «Guerra», el árbitro de los destinos taurinos cordobeses, el Profeta acatado por todos los toreros de su tierra, aquel Emperador de chaquetilla corta que hacía del «Club Guerrita» un imperial salón de besamanos, Meca taurina de la afición de España, se fijase ya en él.

Y el «Guerra» dijo, acordándose de su paisano y pariente el «Bebe chico»:

— ¿Y es este er fenómeno que m'habéis ponde-
rao? Pa sé mataó de toro, jase farta ver er morri-
llo de las reses.

A partir de aquel día, la voluntad de «Machaquito» luchó con porfía tenaz contra aquella sentencia ya esparcida por todos los santones cordobeses, que solían decir y repetían con plena convicción:

— «¡Qué lástima, es pequeño! ¡Le falta talla para llegar arriba!» Hasta Rafael González llegó el

oráculo en cuestión. Se miró en un espejo, y dijo decidido:—«¡Delante de los toros crezco yo media vara!»

Y así fué; creció delante de los toros, mató bueyes difíciles y grandes, con igual prontitud que si tuviera la estatura de un «Frascuero», y entre la duda y el aplauso, entró á formar pareja para las novilladas con el sobrino del César del toreo, de «Lagartijo el Grande», de aquel airoso anciano que, cuando pasaba ante él, sin conocerle, llevábase, por puro instinto admirativo, la mano á su gorrilla, y descubría las marañas de su cabeza, en un rendir de pleitesía.

Con «Lagartijo chico» ya, tuvo además que luchar contra un apodo en fama: el partido lagartista, nutrido y prestigioso; espoleó aun más su voluntad, y de mozuelo obscurecido, pasó á novillero vencedor, jugándose el pellejo en la partida con un valor rayano en la locura.

Y vinieron las novilladas madrileñas, que alzaron á los muchachos cordobeses sobre los pedestales de la taurina fama; vencieron, mejor dicho, venció, á otros chiquillos sevillanos, también ya con renombre, y llegó la tan suspirada alternativa con pasos de gigante.

En ella, la suerte le hizo perder su antigüedad para con su parejo «Lagartijo», que iba un puesto detrás en los carteles novilleros.

Lloró de rabia; pero su voluntad rumoreó consoladora:—«No es er mejó er que va por delante, sino er más decidío».

Fueron quedando atrás en su carrera los que empezaron á su par.

Fuentes ocupaba el primer puesto de la fiesta taurina; «Bombita chico» iba llegando á él, y allí se encaminó «Machaco», decidido.

Torpón con el capote, sin saber banderillar, sin torear de muleta lo suficiente para alternar con los mejores, por su solo valor, por esas faenas de emoción, que obligaban al público á *entregarse*, llega á hacerse lugar entre los buenos; pero para escalar el último peldaño necesitaba más: necesitaba adornar las faenas de muleta, torear de capote con aplauso, parear aquellas reses que se prestasen, tener en quites un repertorio variado. Y su gran voluntad lo vence todo, y ensaya una y otra tarde, y adquiere una noción de todo aquello, y, bien ó mal, intenta hacer de todo, y... llega!

Una tarde en Valladolid, en una de las corridas de sus ferias, coge los palos para una res muy manejable; torpón y desmañado se pasa por la cara una y otra vez, y al fin, sin arte alguno, clava los garapullos, haciendo que el toro pase á la muerte descompuesta.

— ¿A qué coges los palos, si no sabes? ¿No ves que te desluces?—le digo yo, después de la corrida,—y «Machaco», lleno de fe en su acción, me responde al momento:—Ya verás cómo me tocas algún día las palmas pareando.

Entonces, cuando ya está casi en la cima, cuando el aplauso de la afición á toros le dice que ya llega, viene la reacción, viene ese afán de toda

masa pública de destruir los ídolos que crea, y entonces se le niegan condiciones de todo.

—«¡Si es un trompo! ¡No sabe torear! ¡Anda siempre á puñetazos con las reses! ¡No sabe lo que es arte!» Y los que tal exclaman son los que luego se levantan de su asiento, en el tendido de una plaza, con la emoción pintada en el semblante, cuando el trompo, después de la faena de uno de los maestros, se ciñe con los toros y remata los pases metido en la testuz, en un continuo rozar los alamares de su traje por los belfos y los pitones de la res, que rasgan sedas y batistas en sus embites fieros

¡Y aquí, en esta emoción, se encuentra el arte!

—«¡Es un suicida! ¡No mata! ¡Se tira á morir!» Y los que así dicen, no ven que en 940 toros que lleva estoqueados en el año 1908, y después de seis años de alternativa, sólo tres cicatrices sin importancia alguna señalan el cuerpo del torero.

¿Pudieron decir lo mismo «Lagartijo», «Gallito» ó «Guerrita», los tres toreros *sabiondos*?

Al final, hasta su colosal valor discuten.—«Ya veréis, ahora que se ha casado, cómo guarda la ropa»—exclaman. Y Rafael torea la primer corrida de la Empresa Mosquera..., primera de su nuevo estado civil, y mata superiormente dos Veraguas.

—«¡Ahora, ahora que tiene un hijo!»—dicen luego.—Y «Machaquito» sigue entregándose á los toros.

—«¡Los Miuras, los Miuras! Esos sí que le producen miedo.» Y viene «Machaquito» á Madrid, á raíz de aquel famoso pleito, en el que pretendieron los espadas doblar sus honorarios en las corridas que tuviesen que lidiar toros de la divisa verde y negra; y el toro «Palillero», terror de aficionados y toreros desde el día en que la corrida de la Prensa se desencajonó, cae muerto á sus pies de un volapié soberbio, después de una faena de muleta que pudo haber firmado uno de los llamados maestros del toreo.

¡Las cornadas! ¡Cuando lo hiera un toro bien! Y «Machaquito» cae gravemente herido en Palma de Mallorca el año 1909 y el 910 está más valiente que nunca (su temporada de Madrid puede decirlo), y el 911 hace con el toro *Zapatero*, de ¡Miura!, faena de valor tal que el público pide unánimamente para él la oreja de este toro, honor en Madrid desusado hasta hacía muy poco tiempo.

Conste, ante todo, que al ensalzar el valor de este diestro no van estos elogios más allá de donde deben ir; más que al valor, doy mérito en este ditirambo á su gran voluntad. «Machaco» ha tenido tardes malas, malísimas; no se ha querido *arri-mar* en ciertas ocasiones; pero esas siempre fueron contadas; jamás tuvo seguidos dos fracasos; en la siguiente vez su voluntad de acero le hizo crecerse en la derrota, y donde vió perdida su batalla, gana después victorias honrosísimas.

Y es que el amor propio de «Machaco», que hizo

harto sensible su voluntad, le llevó siempre al triunfo.

¿Y qué es «Machaco» como lidiador de reses bravas? ¿Qué representación tiene en el toreo moderno?

A mi modo de ver, Rafael González es un torero muy especial, *sui-géneris*. Su toreo no se parece á nada, no guarda reglas, no está sujeto á esos preceptos que hemos visto copiados en los libros de Montes «Pepe-Hillo» «Guerrita» y Sánchez Neira.

Pases: El pase natural ó regular es el que, con la mano izquierda y colocado frente por frente á la cuna del toro, etc... (*Diccionario de Sanchez Neira.*)

¡A cualquier hora va «Machaco», con sus nervios, á repasar los *clásicos* para seguir sus reglas! El se adentra en el terreno de la res, acude ésta, le mete la muleta en el hocico, esquivo los hachazos y... si no se quita él, lo quita el toro, según la definición de «Lagartijo».

¿Quiere esto decir que «Machaquito» no torea bien de muleta? Nada de eso. Es verdad que no *manda* por regla general; que no arregla á los toros la cabeza cuando entran descompuestos, pero con un toro que acuda bien al trapo, maneja la fianela con soltura y con arte, se adorna en los finales y acaba una faena como un doctor en la materia, «Guerrita», por ejemplo.

Y como hoy en día eso de mandar y castigar, etc., está casi en desuso, resulta que «Machaco»,

salvo un par de excepciones, torea más y mejor que todos los demás diestros de cartel.

Banderillero, resulta ahora muy completo; ¡oh su voluntad de hierro! Al cambio, es uno de los que más *dejan llegar* y más nos emociona. *Andándole á los toros*, llega á la cara muy compuesto y mete bien los brazos.

Con el capote *al natural* es donde está más flojo. Y como matador... aquí hay que detenerse; «Machaco» tiene en eso su fama. Como á «Costillares», como el «Tato», como «Frascuero», como Mazantini y «Algabeño» en los últimos tiempos, Rafael ve pasar bajo un desdén harto cruel, sus condiciones de torero, porque toda la atención de la afición á toros está reconcentrada en su excelente calidad de estoqueador. Y es que la pública opinión, cuando otorga patentes de especialidad en una materia cualquiera, no concede ni quiere ya observar aptitudes distintas en aquellos que señaló en sus juicios, y es que, además, este país de los refranes tiene el «quien mucho abarca poco aprieta», como fiel de su balanza apreciadora.

Id á la plaza en día en que toree «Machaquito»; le veréis, por regla general, oportuno, hábil y adornado (en esto estriba el arte) en peligrosos quites, dará medias verónicas, verónicas ceñidas; tirará largas, algunas de ellas con esa pureza de estilo cordobés que evoca una figura del toreo; estará siempre en oportuno sitio colocado; banderilleará con general aplauso; muletará con pases acabados ó esquivará los golpes de los cuernos

con ceñidos y emocionantes quiebro de cintura. La pública atención estará distraída, mirará indiferente las faenas, y si en algo repara será en que el lidiador se desvió un centímetro de lo que manda el arte ó en que movió los pies cuatro compases más de lo que exigen las reglas del toreo.

Pero ya la res está *cuadrada*; ya «Machaquito», tirando atrás con un gallardo gesto de coraje su monterilla enmadroñada, se ha perfilado ante ella, llevando horizontal ante su vista su estoque centelleante. Es el momento crítico, va á epilogarse aquella lucha de la fiera y el hombre; llega el instante en que ha de decidirse la victoria, en que el torero ha de entintar su mano en la caliente sangre del morrillo.

Y entonces, un silencio de muerte llena los ámbitos del circo; sólo se escucha el jadear angustiado de la res y el golpear de los caireles del traje del espada al mover su muleta para fijar la fiera en el engaño. «Machaco» inicia la estocada, y antes de que el acero taje carnes, de aquellos pechos en tensión surge un rugido sordo, un sonoro suspiro de placer, por juzgar indudable la victoria del diestro con un *estoconazo hasta las uñas*, que eche á rodar al toro.

Muchas veces, de aquel ¡¡huumm!... sonoro con que el efecto moral del público quiere ayudar la fuerza del espada, surge sólo un levísimo pinchazo; pero ¡cuántas estocadas de esas que matan á los toros sin puntilla, no habrá dado «Machaco», para por ese efecto telepático hacer llegar al alma de

aquel público la sensación de una estocada colosal, aun antes de que se llegue á consumir la suerte!

En uno de los años, en 904, de 190 toros que mató, 102 lo fueron de una estocada sola.

Y es que además «Machaco», por sus excepcionales condiciones, ha sido y es el más emocionante matador de los tiempos modernos.

Por regla general, al año tiene que reponer 20 ó 30 pecheras de sus camisas chorreadas, cortadas por las puntas de los cuernos en el momento de matar. En Santander, un mismo toro de Miura (ferias del 908) le marcó tres puntazos cerca del corazón. Benlliure, el escultor genial que honra el nombre de España, dejó hecha bronce esta intensa emoción de una estocada, en la que el bruto saca en un cuerno por trofeo un trozo de pechera de la camisa del torero. (Véase en este libro el capítulo «La estocá de la tarde»).

Su falta de estatura, primera que le hizo luchar contra la pública aquiescencia, le impide ver con toda exactitud el *sitio de la muerte* en los toros que son altos de agujas (motivo de mayor exposición que lleva una grandísima emoción consigo). Esto le obliga á echar un poco el pie derecho hacia atrás para adquirir más fuerza y arrancarse desde un poquito largo para dar á la res más tiempo á que baje el hocico; pero con este estilo peculiar derriba *catedrales* con limpieza admirable, (los toros «Boticario» y «Palillero», dos ejemplares de los de más presencia que en nuestro ruedo se han lidiado).

Pero precisamente en estos dos momentos el público, en su afán de aquilatar los méritos, encuentra dos frases de defectos: «el salir por la cara y «echar el paso atrás».

— ¡Qué lástima!—se dice.— ¡Si «Machaco» no diese el paso atrás! ¡Si rozase los costillares como los cánones taurinos mandan!

¡Los cánones taurinos! Los que así gritan, ó no conocen los cánones que invocan, ó no saben leerlos.

En el toreo, sólo dos obras didácticas conozco como matriz de todas las demás *La tauromaquia ó el arte de torear á caballo y á pie*, de Pepe-Hillo y la de Montes.

Y dice la primera: «La estocada á vuela-pies, cuyo autor fué el famoso Costillares, es la que el diestro se ve precisado á ejecutar con algunas reses que, rendidas y castigadas con las varas y banderillas, carecen del poder necesario para embestir en la estocada de muerte.» (Ahora casi todos.)

«Entonces, viendo el diestro que puede acercarse al toro con alguna seguridad, corre á presentarle la muleta á cuya acción el toro baja la cabeza y proporciona á aquél la manera segura de meterle el estoque saliendo inmediatamente del centro.»

Y afirma Montes: «El modo de practicar la suerte de vuela-pies es muy sencillo. Consiste en armarse el diestro para la muerte sobre corto por razón de que el toro no arranca, lo cual es requisito preciso para la suerte. Estando preparado así, se

espera á que el toro tenga la cabeza natural y yéndose con prontitud á él se le acercará la muleta al hocico, bajándola hasta el suelo para que el toro humille bien y se descubra, hecho lo cual se mete la espada *saliendo del centro con todos los pies.*»

¿Dónde están aquí esas frases rimbombantes de salir por la cola, rozar los costillares, etc., que piden los puristas de esta suerte? ¿Dónde está consignado que para arrancar á volapié se debe partir con los pies juntos?

«Machaquito» se perfila un poquito largo, en relación á la noción de magnitud presente, en corto para los tiempos de «Pepe-Hillo» y Montes, que señalaban terrenos de toros y toreros. Espera á que el *toro tenga la cabeza natural* y arrancando con *prontitud* le acerca la muleta al hocico bajándola hasta el suelo (muchos de los palillos de su muleta se rompen de apoyarlos en el hocico de las reses), y cuando el toro humilla mete la estocada *saliendo del centro con pies.* ¿No es eso el volapié perfecto?

Respecto á eso del pie atrás (el paso atrás fué lo que hacía «Lagartijo» en sus últimos tiempos, que inclinaba la pierna derecha hacia la parte de afuera y al separarse la otra quedaba fuera de la cuna del toro), «Machaquito» lo hace para adquirir más fuerza y dar más velocidad á su corta estatura, y como luego va *derecho* hacia el morrillo, resulta, por dar más tiempo á que se fije el toro, de más exposición la suerte, pero dentro de ella (con perdón de todos los canonistas), pues de

abrir ó separar los pies los cánones no dicen nada.

Y es que el otro volapié, el *bueno*, según los *canonistas*, el que hoy usa, panacea de al suerte de matar, desde el primer torero hasta el último maleta, no es sino una degeneración del de «Costillares». Un paso de banderillas mejor ó peor disimulado.

Afortunadamente para los machaquistas, Rafael González es una de las excepciones en esto, como lo fuera Mazzantini, que también echó atrás el pie alguna vez, «Frascuero» y «Tato».

Y después de afirmar que «Machaco» es en los presentes tiempos el continuador del volapié verdad, voy á sentar aquí una rotunda afirmación: «Machaco» no es matador completo.

No es matador completo porque no quiere ó no sabe practicar esa estocada de recurso á la media vuelta, cosa que le ha ocasionado más de un disgusto serio con los toros que desarmaban y no bajaban fácilmente la cabeza. Quizás «Machaco» dijera con razón que esos sablazos que hoy ya pasan otra vez, á él no se le hubieran tolerado; yo apunto el hecho. No es matador completo porque «Machaco», matando como los buenos matadores por su excelente juego de muleta, no intenta ni ha intentado, que yo sepa, la suerte de recibir con los toros que á ello se han prestado. ¡Su estatura quizás...!

En cuanto al arte de que sus detractores le consideran tan ayuno, voy á terminar este bosquejo de su figura taurina con la consideración siguiente:

Arte y valor en el toreo caminan juntos, se completan, forman el todo de la obra. Con valor sólo, un hombre no puede estar años y años luchando con las reses, porque como decía «Lagar-tijo»: «á bruto puede más el toro».

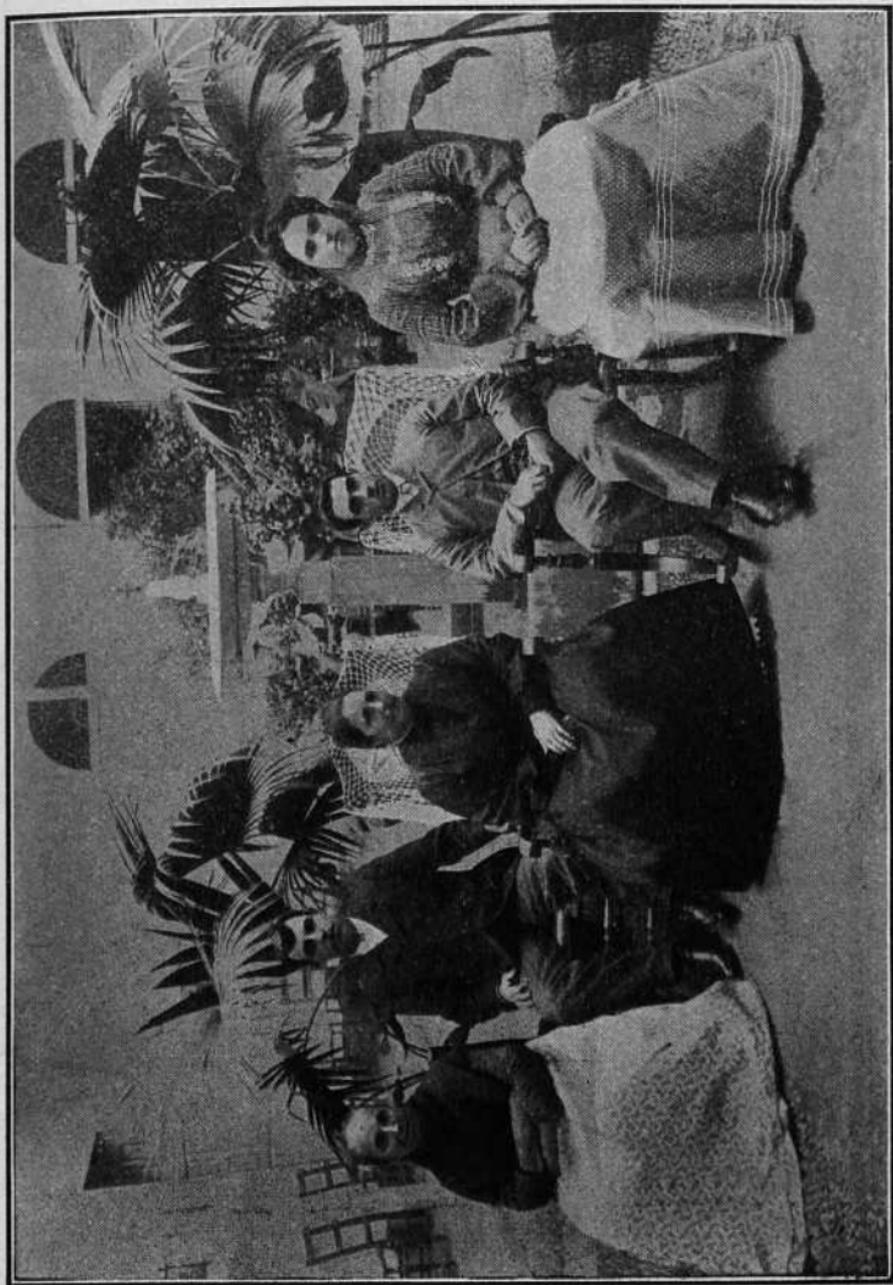
Es necesario, pues, habilidad, vista, inteligencia y facultades para librar embroques y ejecutar las suertes, y esto es arte.

¡Se le niegan á «Machaquito» las condiciones en cuestión!

Pero la vista falta si una oleada de amor propio la ciega, la habilidad se entorpece si el furor de un momento se agarra al corazón. Las facultades son innecesarias si un carácter altivo y acostumbrado al aplauso se siente herido y despreciado por el primer silbido, y en «Machaco», todo valor y voluntad, se dan muy á menudo estos trastornos.

No marca «Machaquito» una tendencia, una época en la historia completa del toreo; pero su nombre ha de ocupar en ella un puesto preeminente, pues en los tiempos actuales es una primera y principal figura de ese arte.

De sus defectos pudiéramos decir lo que dijo *La Lidia* de Frascuelo: Perdónale ¡oh público! si quiera porque ama mucho... los aplausos.



En familia: abuela, hermano, madre y prima.

CAPÍTULO PRIMERO

Cómo, dónde y cuándo nació «Machaco» y empezó su vida de torero

— ¡A ver si hay un torero!

Al patio grande del matadero cordobés acababa de salir con aires de conquista, muy ligera de pies y muy fina de cuernos, una vaca castaña, que llevaba en un anca el hierro del nuevo ganadero marqués de los Castellones.

— Qué, ¿no hay nadie que se atreva?— volvió á insistir la voz de antes.

«Guerrita», el famoso torero cordobés, luciendo precioso traje corto de calle y sujetando en una de sus manos el capote de brega, dirigía cerca de un burladero la pregunta, mirando con aire protector á un puñado de mozalbetes andrajosos, que cerca del portón se hallaban agrupados.

De aquel montón anónimo salió con viveza extraordinaria un torerillo, y con una blusilla por

señuelo, se fué solo á la fiera, decidido á obtener una sonrisa de aprobación á su faena, del maestro admirado.

Desmedrado de cuerpo, de faz ajitanada, cuyos ojos grandísimos la daban una expresión extraordinaria de viveza, el decidido mozo tuvo en su arranque una apostura macarena, de gallardo desdén en el peligro.

Allí, en medio del patio, flameando su blusa como bandera retadora al combate, desafió á la fiera con asombrosa valentía. Partió la res á él, después de dudar y vacilar breves instantes, y en bufidos de rabia corneó engañada por una y otra vez la tela de la blusa que, habilidoso y decidido, movía aquel mocete.

Una salva de aplausos, otorgados por los mismos compañeros, premió aquella faena del torerillo en ciernes.

— Muy bien; tú vales pa el asunto—dijo «Guerrita» sentencioso, dándole en el hombro una palmada de afecto y protección al paisanillo.

— ¿Cómo te llamas?

— Rafael.

— Es el hermano de Joselillo «Machaco»—terció otro de los *espectadores* de aquel lance.

— ¿Y quieres ser torero?

— Zí, zeñó. Mañana voy á dí á atoreá á Pueblo Nuevo.

— ¿Y qué apodo te has puesto?

Metió el mocito los dedos en las marañas de su cabeza descuidada, buceando para encontrar la

idea; quedó en suspenso unos instantes y uno de sus acompañantes llegó oportuno y decisivo en su socorro.

— Pos que su hermano se llama «er Machaco», á éste le debíamos decí «er Machaquito».

— Caya, pos es verdá.

— Y no está mar er mote.

— Y mu nuevo.

Así quedó Rafael González en ese día bautizado, y así quedó realizada su proeza primera, que debía anotarse en el libro de su torera fama.

«¡Machaquito!» Ese nombre, lanzado así al acaso en el corral del Matadero cordobés, debía con el tiempo resonar triunfador y esplendoroso en todos los rincones de nuestra España en fiestas...

Cuando salió Rafael «er Machaquito» del Matadero en aquel día, tuvo su primera corte de admiradores, y la fama de su valor y de su arte empezó á extenderse por el barrio de la Merced, en donde el chico vivía con su madre y hermanos.

Montado en un burrillo tordo, sobre el que llevaba, además, los trozos de las reses que había ido á recoger para su tía «la Nona», carnicera del Mercado, iba «Machaco» rodeado de su gente, con la alegría pintada en el semblante y la esperanza puesta en lo futuro.

— ¡Chavó, mía que has estao bien!

— No zeas tonto, échate ya á los toros.

— Zi no te echas á atrás va á ze tan bueno como er zeñó Manuel, «er Bebe chico».

— Ya, ya veremos.

La torre de Marmuerta, la puerta árabe de esbeltos torreones que guardó á Alfonso VI, la ciudad en que Abderramán paseara quizás sus arrogancias, dió sombra y acobijo á aquella caravana de profetas.

Calle abajo, en estrecho camino limitado por los altos tapiales que bordeaban, aromantes hortensias y jazmines, se veía el portalillo estrecho de una casita pobre, por una de cuyas ventanillas enrejadas unas macetas de claveles brotaban sangre de sus flores.

— Rafalito, ¿qué traes?—gritó desde la puerta de la casita baja una mujer ya entrada en años, que miraba intranquila hacia aquel grupo de chavales que calle abajo traían su algazara.

— Zeñá Dolores, aquí tié osté á su hijo hecho un «Frascuelo».

— Este va á ze de los güenos,

— ¿Lo ve osté en este burro? Pos dentro de ná lo verá osté en una jaca torda mejó que la del zeñó Rafaé.

Y el coro de profusas voces y de entusiastas alabanzas se detuvo ante la casa número 8 de la calle de los Adarves, que era donde la mujer aguardaba.

«Machaquito», llamémosle ya así, saltó del borriquillo en que llegaba caballero, abrazó con efusión de chicuelo andaluz á su madre, se despidió de los chavales que formaron su primer coro admirativo y atravesó ufano y pinturero el portalillo estrecho de aquella casa en que naciera,

En el patio, repleto de tiestos con matucas, cerca de un gran lebrillo donde su tía restregaba unos trapos para quitar la sangre, sentado en un poyete sobre el que tres jilgueros piaban en sus jaulas esperando un buen día en que José «Machaco» se los llevase al campo para poner sus reclamos muy cerca de su red, empezó «Machaquito» á pensar seriamente en echarse á los toros.

«Guerrita», el coloso de Córdoba, le había aplaudido; sus camaradas de Matadero le animaban á aquel luchar; á él no le daban miedo los bufidos y acometidas de las reses. Allí veía él un porvenir de rosas, lleno de comodidades y grandezas, tal como las miraban á través de los hierros de las ventanas de casa del «Torero», de «Lagartijo», del «Guerra», de «Mojino», de «Conejito», del «Bebe».. ¿Por qué no?

Era una mañana clara del mes de Mayo de 1892. «Machaquito» había nacido el 2 de Enero de 1880; tenía, pues, en aquella sazón sus doce años cumplidos; en esta edad, y á partir de este día, entra Rafaelito González de lleno en su taurina historia...

A la semana siguiente de esta hazaña bajaba Rafael con su hermano José, un zagalón formalote y buenazo, al que por su oficio de zapatero llamaban «er Machaco» los del barrio, mote que de banquillo y tirapié pasó luego á ser alias famoso, por esa calle del Adarve, que aún se conserva en su pureza árabe. «Machaquito», que había ido ya á su primera capea á Guadalcazar, en donde había

estao superió, asombrando á los vecinos de aquel pueblo por sus temeridades de chicuelo precoz, necesitaba un traje de torero.

— Ya ve tú—le decía á su hermano.—Mos vamo á atoreá con «er Malagueño» á Parma der Río y nesositamos salir *aviaos*. Er cuñado «der Galiyo» tié un traje grana y negro, que vale pa el azunto, en 20 pesetas ajustao. ¿Tú me las quié aprestá?

José, en sus fueros de hermano mayor, aconsejaba. ¡Los toros! ¿Podía llegar? ¿Y antes de llegar? ¡Las *cornás*! ¿Y las fatigas y los días sin pan y las noches sin acobijo?

Rafael no le escuchaba. ¿Er traje? ¿Se compraba?

Y se compró; aquel *vestio* grana y negro, con la seda en afrentoso deslustrar y los borlones y alamares en deshacer inicuo, recubrió por vez primera en traje de torero, el cuerpo recio del bravo mozuelo cordobés, cuyo loco entusiasmo le empujaba á la celebridad.

Unos meses después, en Palma, tras «Malagueño», envuelto por vez primera en capote de raso, dió «Machaquito», al compás de un torero pasodoble, sus pasos macarenos de lidiador en el despejo. Aquella tarde se creyó el mozalbete en el apogeo de su fama, enardecido por el sol, que caía en fuego sobre ellos, por los aplausos de las hembras, que llenaban el circo, y por las voces destempladas de los aficionados; capeó, banderilleó y recortó capote al brazo con un valor rayanó en la locura.

El público se empezó á fijar en aquel renacuajo temerario y pidió á grandes voces que el segundo novillo fuera para que lo matase él; el «Malagueño», que había matado bien su primer toro, compadecido de la corta talla de su *banderillero*, se hizo el sordo en los primeros ruegos.

— *Has favó*, home, que er público lo pie—de—cíale suplicante Rafael.

— Tira *pa allá*, chavea; no ve que no le arcanzas al morrillo.

Al fin se impuso el público. «Machaco» cogió las armas toricidas, se metió corajudo en el terreno de la res y dió su primer muletazo, esquivando nervioso el hachazo del toro.

— Toma, *has favó*, que me pesa la espá—dijo el chiquillo al matador, dándole la *herramienta* para que se la sostuviera mientras él toreaba.

El público, asombrado de tanta valentía, aplaudió la ocurrencia.

— ¡Bien! ¡Bien por el pequeño!

Y el pequeño se lió á muletazos, libre ya del peso de la espada, y en cuanto el novillaco se le cuadró le gritó á «Malagueño»:—*¡Trae pa acá! Y fljo sólo en el morrillo, decidido á matar, partió derecho y rápido y sepultó el acero en toó lo alto*, saliendo de la suerte empitonado por el muslo y con la seda grana de su traje en un cruel deshilar.

La explosión de entusiasmo de aquellos pechos, en tensión de terror durante aquella lucha de momentos, no es para describirla. Los vivas á Córdoba y á los mozos valientes atronaron el espacio;

paseado en hombros de algunos espectadores por el pueblo, «Machaco» saboreó su primer triunfo formal. Cuando llegó á su casa llevaba en su bolsillo ¡una peseta!, regalo del espada. ¡Los gastos de viaje eran, en aquella función, sus estipendios!

No obstante, aquí empezó «Machaco» su fortuna. En esta temporada toreó de banderillero, por la Empresa, en tres corridas, ganando ya ¡dos duros por función! Al año siguiente le ajustaron como espada para matar dos novillejos, llevando también la Empresa al «Malagueño» por si no podía con ellos el pequeño. De dos medias estocadas al primero y de una entera al segundo mató «Machaco» sus dos toros, cumpliendo su contrato, que le valió los gastos y ¡seis pesetas fuertes! Y puestos su fe y sus entusiasmos en la causa, siguió Rafael en su odisea, jugándose la vida á cada paso. Y Almodóvar, y Benalcázar, y Lora y los otros pueblecitos cordobeses fueron testigos, en asombro, de los esfuerzos del diminuto torerillo.

En Almodóvar, en este mismo año, va á matar un novillo, y como no tiene aún estoque, ¡cuesta mucho dinero para él!, le pide el sable á un guardia y con él tumba al pajarraco.

El afamado torero Juan Molina y el picador «Matacán», que presencian el hecho, cortan los cuernos de la res y los traen á la admiración del Club «Guerrita», relatando la hazaña. ¡El nombre de «Machaco» empieza á tener valor taurino en Córdoba, la Meca del toreo!...

Y estamos en el 94. En este año mata en El Carpio un novillo y torea cuatro vaquillas de capea. ¡Es la primera feria que hace!

Viene después á Córdoba y alterna con una matrona varonil, de respetables opulencias: Laura López «la Civico». Como cortés doncel le da la preferencia y el hombre mata su novillo, llevando su galantería hasta el extremo de no sobresalir en su trabajo. De aquí marcha con «Guerrerito», como banderillero, á Villarrobledo, en donde alterna el sevillano con su paisano «Bebe chico»; vuelve de nuevo al Carpio, mata un novillo *superió* y acaba aquí la temporada.

En el 95 va á torear á Montero con la «señora Civico»; torea por vez primera con su paisano «Lagartijo» en la feria de El Carpio; va á Ecija y empieza ya á circular en tren por las plazas de *afuera*.

Con el hijo de Juan Molina adquiere «Machaquito» una amistad de hermano: de iguales años, iguales aficiones, nacidos al calor de iguales rayos de un sol fuerte, criados bajo la sombra de los mismos naranjos cordobeses, «Machaco» y «Lagartijo» juntan, al verse en lucha con los toros, sus corazones valerosos, como juntan sus nombres en fama los carteles en épocas posteriores.

Llega el 96, y «Machaquito» torea la primer novillada formal de seis toros con «Lagartijo chico» en la señorial Granada, el 23 de Mayo.

En este año, extendida ya la fama del nervioso torerillo por los corrillos de la afición, Retamar, un cañí sevillano, largo en dichos y promesas y parco en

cumplimientos, le incluye en la cuadrilla naciente de niños sevillanos que forman Gallo y Revertito.

Con ellos, por fondas provincianas pasea sus arrogancias y sus sueños de fortuna este niño totero; pero ese antagonismo taurino que entre las escuelas sevillana y cordobesa existe siempre, hace apurar á Rafael las amarguras; sólo entre gente hostil combate con denuedo y lucha con tesón abriéndose camino. Un día, en las soledades de su reposo, llega á él el recuerdo de su hermano en el arte, Lagartijo.

—¿Por qué no le trae usted pa que *atoree* con nosotros?—dice «Machaco» á Retamar.

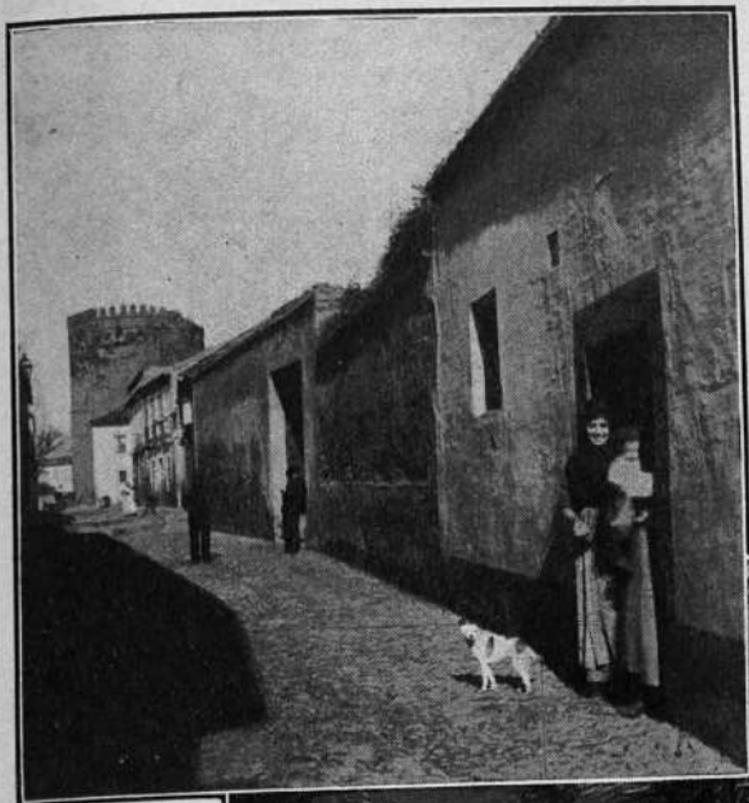
— Porque no se pueden poner ocho novillos.

— Pos no le jase, tráigalo usted y yo le cederé un novillo mío, siempre que *atoreemos*; ya verá usted gracia y toreo fino.

Retamar se convence: ajusta á «Lagartijo chico» y en el 97, estos dos muchachos ruedan por plazas provincianas en éxito creciente de su infantil cuadrilla y cobrando una *onza* por corrida.

«Machaco» y «Lagartijo» empiezan á torear juntos; ya sus nombres se enlazan en el sentir de la afición; de la pareja se hacen taurinas cábalas; los nervios y la temeridad del uno buscan su complemento en la frialdad y en la finura del otro. En Córdoba suena el run run de que los niños cordobeses van á pegar de firme en la pelea. «Guerri-ta», sentencioso, dice un día en el salón de besamano de su club,

¡Ejarme á mi é niñerías!



Dónde

nació

y

dónde

vive

“Machaquito”,.



CAPÍTULO II

Los niños cordobeses y la sentencia de «Guerrita».

Estamos en las postrimerías del año 97. En el café Suizo de Córdoba se ven todas las mesas ocupadas. Un rumor fuerte de voces destempladas y un humo denso del fumar de todos, llena el ambiente; es en esa hora de la tarde provinciana en que se acaba de comer y se busca en un sitio cerrado esparcir el ánimo en una charla amena después del trabajo de toda la mañana; se habla y se discute de mil diversas cosas, las voces ceceantes surgen roncas y agrestes. Unos altos hidalgos de tez broncea y sombreros redondos ocupan los divanes y las sillas, y en el rumor de voces se oye el chocar de vasos y el sonar de las fichas de marfil del dominó sobre el mármol de las mesas.

En un rincón, junto á una amplia ventana, por la que se domina toda la calle Gondomar, dos hom-

bres hablan bajo. Uno de ellos, alto y gallardo, con porte macareno, lleva una airosa chaqueta de coderas, y bajo la ancha ala del sombrero ceniza se plega una coleta bien trenzada. El otro, grueso, de faz redonda y afeitada, de ojos azules y de sonrisa triste, tiene en las manos un bastón fuerte que le sirve de apoyo en su andar desigual.

Son: Juan Molina, el famoso peón, hermano del Maestro, que ahora va con «Guerrita», y el desgraciado «Bebe», aquel chiquillo todo finura y arte con las reses, que un toro traicionero dejó sin pierna en Cartagena, quitándole á «Frascuero» su discípulo; y que ahora vive en Córdoba de sus recuerdos tristes, y ayudado por todos.

— Si tú quieres — le dice el «Bebe» á Juan — yo formo esa cuadrilla; los dos chiquillos saben y llegarán arriba; yo los he visto en Granada y en Montoro y *man gustao la mar*.

— Güeno; pos si te parese bien, arréglalo y pa este año que entra que atoreen en Córdoba, y que aluego sargan ya juntos por ahí.

Así quedó la razón taurina «Machaco-Lagartijo» constituida; en esa tarde gris de invierno cordobés quedó para las plazas de toros decretada, una era de novilladas de emoción, como aquellas que tan brillantemente sostuvieron «Bombita y Litri», «Bonarillo y Reverte», «Villita y Algabeño».

Atravesaban en esta época las fiestas de novillos por una situación precaria; en los primeros puestos, Félix Velasco, «Parrao», «Maera», «Pepe-Hillo» (Cayetano Leal), ninguno de ellos llevaba

fuerza suficiente para ser espezanza de los aficionados. Un escritor catalán, Mariano Armengol (Verduguillo) crea como solución de empresas una cuadrilla de ¡mujeres! Lolita, Angelita y otras gráciles itas, invaden nuestros ruedos posando sus *diminutos* pies donde sólo la fuerte planta del varón debía posarse. El toreo, espectáculo de virilidad y gallardías insuperables hasta entonces, se feminiza. «Frascuero», el intrépido negro cuyo valor estupendo cantaron los romances, tiene en su Capua de Colmenar, en una tienda de becerros de los Martínez y ante los toreros entonces en ejercicio, «Lagartijillo», «Dominguín», «Taravilla» y «Guitarra» una frase precisa: El toreo *sacaba* porque las últimas taleguillas que ajustan bien las tienen puestas «Guerrita» y Mazzantini.

En estas condiciones llega «Machaco» á manos del «Bebe» para formar la cuadrilla cordobesa.

No es Rafael González aquel que vimos salir del matadero sucio y mugriento, llevando unos calzones en cruel deshiladura sujetos por un tirante en bandolera. Ya viste pulcro y con relativo atildamiento, llevando su trajecito corto de lanilla, su sombrerito nuevo de ala ancha y hasta una capa con embozos rabiosamente rojos como sus esperanzas.

Ya tiene entrada en el Club «Guerrita» para adorar á su santón, y ya con su compañero «Lagartijo», reparte sonrisas y saludos de los paisanos que en ellos ponen sus esperanzas de aficionados á los toros.

Para el día 10 de Abril de 1898, se anuncia en

Córdoba una novillada, primera que va á torear la cuadrilla infantil cordobesa.

Cuatro días antes de la fiesta alguien dice á «Machaco»:

— Mira que el ganado es cunero y mu grande, y tú no *yegas* gente.

— Man que me jechen er toro de San Marcos le doy yo la estocá,—responde el niño diestro, poniendo en la contestación la voluntad que puso siempre en sus empeños.

Y el día 10 salen los dos muchachos á la plaza, abarrotada de la expectante afición de aquella tierra. Entre ovaciones lidian ambos sus novillos, mostrándose todo nervios y voluntad, «Machaco»; todo ciencia y saber, Rafael Molina. «Machaco» en ese día mata de un volapié soberbio, que inicia ya su estilo emocionante, un toro oriundo de Flores con cinco años corridos y que atendía por «Almendrado».

Don Antonio Portillo, el concienzudo aficionado cordobés que presenció la hazaña, le dice á un mulillero:

— Que corten la cabeza de ese animal pa mí; que en ese toro empieza una época de un mataor de cuerpo entero.

Y en una taberna de su propiedad, de las muchas que en Córdoba hacen pingüe negocio, establecida en una calle estrecha y tortuosa que evoca andanzas moras, está, como trofeo de victoria, la terrible cabeza de «Almendrado», para ilustrar la historia taurina de esta época.

Los primeros muchachos que formaron entonces á sus órdenes fueron, como banderilleros, Rafael Martínez (Regatero), José González (Machaco), Manuel Rodríguez (Bebe chiquilín), hoy «Manolete»; el «Camará», Francisco Molina (Frasqui); y como picadores, Miguel Sánchez Botero, Rafael Roldán (Quilín) y Rafael Luque (Mijitas).

A partir de esta fecha torear los niños cordobeses una novillada en Pueblo Nuevo, otra en Palencia y otras dos en dos pueblos de Lisboa.

El 8 de Septiembre vienen, por fin, donde soñó Rafael llegar: á este Madrid de sus ensueños, donde las reputaciones se cimentan y donde los falsos ídolos se hacen pedazos.

Ya «Machaco» había pasado por Madrid en tres distintas ocasiones, y ya había visto en su plaza de toros una corrida de novillos que torearon «Mancheguito» y «Dominguín». El aspecto formal y de cátedra de nuestra plaza, la seriedad del público de aquí, tan distinto del alegre y voceador de las plazas de toros andaluzas, le habían infundido tal respeto, que al anunciarle el «Bebe» que su presentación ante él era tan próxima, casi le dieron ganas de cortarse allí mismo la coleta.

Mas su enorme afición, sus deseos de fama y nombradía le animaron, y decidido á presentarse ante nuestro público lo mejor que pudiera, empezó á reflexionar en el modo de salir con un vestido nuevo.

Tenía para esto una dificultad y no chica; que todos sus ahorros no llegaban á la mezquina suma

de 400 pesetas. ¿Qué hacer, pues? Pero la casualidad vino en su ayuda, en forma de un amigo.

— Mira, «Guerrita» pasa hoy por aquí para Jerez; vete á verle, y puede que te venda uno de sus vestidos.

En dos saltos llegó «Machaco» á la famosa casa de Doña Gregoria, en la calle del León.

— ¿Está er zeñó Rafael?

— Pasa, muchacho.

Guerra, el maestro temido y respetado, se hallaba ya ante el mozuelo atrevido.

— ¿Qué te trae, amos á vé?

— Pos... pos le diré á osté...; que er día 8 der mes que viene zalimos á torear en Madrí, y ma vían dicho que osté tenía un vestío viejo que quería vendé.

— Qué, ¿te conviene ese?

Ante los ojos en asombro de «Machaco», un vestido flamante, tórtola y oro, se hallaba extendido en el respaldo de una silla.

— ¿Ese?—dijo casi sin darle crédito á su vista.

— ¿Cuánto tienes?

— Pos... unos 70 duros.

— Güeno; pos trae 60 y llévatelo ya.

«Guerrita» hacía así las cosas.

— Pa que aprenda á dir gastando en ropa—dijo al salir «Machaco» alborozado, llevando bajo el brazo un envoltorio de seda y lentejuelas, que brillaban como su suerte aquella tarde.

El 8 de Septiembre de 1898 hizo en Madrid «Machaco» el paseíllo, luciendo airoso aquel precioso

terno que, como decía un guerrista furibundo, «¡toreaba solo!».

En Madrid, Rafael IV y Rafael V, de la dinastía cordobesa, desde «Lagartijo el Magno» á «Lagartijo chico», cayeron con buen pie. Desde el primer momento entraron en el público. Se dijo que llevaban la marca *Molina y Compañía*, y con esta etiqueta acreditada taparon en su bagaje taurino los defectillos que trajeran.

«Machaco» mató sus tres novillos de Veragua, con gran valor y maña; puso dos pares de banderillas cambiados, y al acabar la fiesta, la voz unánime de la afición á toros, dijo profética:—*Ya encontramos los dos toreros que hacían falta.*

«Lagartijo el Grande», el prestigioso, el abuelo, como sus íntimos le llamaban, vino á ver torear á su sobrino, y después del festejo es fama que alguien le oyó decir:

— Me gusta mi sobrino, porque es mu seriecito; pero ese niño «Machaquito» es mucho nervio y mucha desisión.

A «Machaco» se le empezó á señalar ya el *paso atrás*.

De su *debut* dijo el semanario taurino *Sol y Sombra*: «Una buena tarde para los Rafaelés, y una esperanza para los aficionados, que lamentaban la actual decadencia del toreo.»

Con los dos niños picaron esa tarde «Formalito», «Rubito» y «Melones», y banderillaron «Manene», «Chiquilín», «Recalcao», el «Mojino», «Perdigón» y «Sordo». En su *debut* se habló ya de vol-

ver á las novilladas de los jueves; ¡los que iban á reanimar á la afición dormida estaban allí ya!

El día 15 volvieron á lidiar en nuestra plaza toros de Veragua, Anastasio Martín y Udaeta (esa serie de reses que de dos en dos iba anunciando Pedro Niembro), acrecentando su cartel. Torean luego en Andújar, Badajoz y Huesca; debutan con éxito en Valencia y Barcelona, sobre todo en la ciudad condal, donde torea tres corridas, haciéndole decir al revistero catalán Franqueza:

«Son dos verdaderas esperanzas, cada uno por sus maneras: el uno, en sus remedos á «Guerri-ta»; el otro, á «Lagartijo el Grande ó el Magnífico»; y cierran su temporada en Madrid el lunes 21 de Noviembre, lidiando reses de Pérez de la Concha, grandes y con avíos.»

«Machaco», después de la corrida del 4 de Diciembre en Barcelona, vuelve á Córdoba ya con fama de novillero de tronío; en todas las corridas le ha tropezado un toro; lleno de cardenales, pero más lleno de ilusiones—dice al abrazar á su hermano.

— José, vamos pa arriba. «Si no me mata un toro; *semos gente.*»

* * *

¡Córdoba la Vieja! Como una evocación surgió aquel día, en la falda florida de la sierra, la más alegre, la más típica, la más hermosa de cuantas tierras de España alzan al cielo sus jorobas reple-

tas de chaparros y de olivos, de mejorana y tomillo, de adelfos y palmitos. Como á un conjuro se abrió su alto portón, que da acceso al cercado, para dar paso á «Machaquito» en su soñado traje de cazador adinerado.

Córdoba la Vieja era una finca extensísima de «Lagartijo el Grande», ¡del abuelo!, que junto á la Córdoba actual alza su caserío, cuyos altos tapias, partidos en cuarteles, guardaron en su tiempo la ganadería de D. Rafael Molina (que cambió de dueño aquel famoso día en que el propio Rafael fogueó dos toros suyos), en donde es fama que la primera Córdoba existió, y en donde es cierto, por los descubrimientos acabados de hacer, que el *Magnífico* califa Abderramán creó un alcázar de ensueño para Azahara la Bella, su favorita.

Cuando «Machaco» llegó al portón, le estaba esperando ¡él!, el califa de entonces, el emperador del toreo, la gloria más legítima de Córdoba, después de Séneca, Lucano y Gonzalo de Córdoba, que *pa él* que habían sido menos *gente* que el maestro.

Era el final del año de 1899. «Machaquito» había toreado con su pareja «Lagartijo» 45 fiestas; se hablaba de ya alternativa. En su baúl tenía tres trajes nuevos de torero: el uno verde y oro que le hizo Uriarte con sus primeras mil pesetas de ahorro, y otros dos; gris y oro y corinto y oro, que se hicieron después. En Madrid se iba formando su partido. El maestro le había invitado á su casa, en una

de aquellas cacerías afamadas que tanto alucinaron su mente de chicuelo. ¡Ya caminaba hacia la cumbre!

Aquel día en que los campos cordobeses brillaban como esmeraldas, y el cielo limpio como turquesa, eran de la partida para cazar el pájaro: «Conejito», el matador en fama entonces, Juan Molina, su hijo Rafael, «Mojino», «Zurito», el picador notable, don Antonio González, un buen aficionado cordobés y «Machaquito».

Entre el lustre de los lucientes marseleses, y entre el refinamiento campesino de botines y zajones, se destacaba como siempre, sencillo y modestísimo en su fineza de línea natural, en su elegancia clásica que le preparó el triunfo, Lagartijo, aquel airoso abuelo que en otra montería á la que fué invitado con «Frascuero», y en la que el granadino, viendo que á pesar de que él, que iba hecho un *brazo de mar*, lleno de terciopelo y caireles, tenía menos facha torera que Rafael con su güayabera de dril y su pantalón de pana, se le revolvió airado y le chilló furioso:

— ¡Vete de aquí, malange, que hasta vestío de gañán tiés tipo de torero!

Aquella noche, después de la jornada, se habla de toros bajo la enorme campana de la cocina del cortijo.

Los niños cordobeses habían cerrado su temporada en Beziers el 22 de Octubre con éxito crecientemente. Madrid, Valencia, Barcelona, alzaban ya pendón cordobesista.

— Hay que zeguir así, chaveas — dijo el maestro por todo comentario, cuando se repasaron los hechos de ese año en la charla animada.

— Y tú, mocete, menos nervios.

¡«Machaco» aconsejado por Rafael! ¡Ya era hombre!



Pero vamos por partes.

En este año «Machaco» afirma ya su personalidad; es el torero todo nervios, todo valor, todo deseo de vencer y voluntad en la contienda; es el torero de los rasgos, de los momentos de emoción. En Barcelona, el 9 de Abril, un toraco de Cámara, berrendo en jabonero ¡un buen mozo!, le *echó mano* al entrarle á matar (ya loco porque le había pinchado dos veces antes) y le hizo tiras en el suelo cebando en él su furia; fué una cosa imponente; cuando salió del hoyo en que la bestia pateando rabiosa lo enterrara, una argamasa hecha de sangre y barro desfiguraba el rostro del espada. Saltó furioso, con los brazos aspeantes en gritos de rabia, sin consentir que nadie le tocara, llegó ciego de ira á la cara de la furiosa res, se colocó entre sus largas astas y metió el estoque hasta su puño, empujando rabioso para enterrar la cruz en el morrillo. Quedó el toro mirándole asombrado en ansias de agonía, se hincó «Machaco» de rodillas debajo de su hocico, y presentó su pecho temerario á los pitones, escupiendo coraju-

do al enemigo, que dejaba caer su mole en muerte fulminante á los pies del valiente.

¡Así dió muchas notas! ¡Esos fueron sus éxitos! En esta temporada tiene «Machaco» su primera cogida de importancia. En Bilbao, el quinto toro, de Biencinto, grande y de mucho poder, le engan-
chó al cambiar en banderillas, dándole dos cornadas en el muslo izquierdo, que le tuvieron más de un mes en el lecho.

En la cuadrilla de niños, ó de hombres, mejor dicho, cordobeses, le sustituye «Bebe chico».

Y viene aquí para «Machaco» siempre teniendo que luchar con exacerbaciones y ceguedades de partidos, otro tropiezo.

En Sevilla salen á luz taurina otros niños fenómenos: «Gallito» y «Algabeñito»; el hijo del gran torero Fernando Gómez, ágil, gallardo, posturero, cautiva á sus paisanos con su gracia gitana y su garbo torero; con becerros erales pone en la plaza sevillana cátedra del toreo, de aquel toreo excelentísimo, clasicista, artístico, que le enseñó su padre. Los sevillanos, siempre propensos al entusiasmo y á las ponderaciones, con ese apasionamiento andaluz que da la fuerza de un sol de mediodía, encuentran otra vez las excelencias de su escuela para ponerla en parangón con la escuela rival, la escuela cordobesa.

¡Y he aquí que los niños cordobeses pagan los vidrios rotos! ¡Luego, y con tanta injusticia, los pagaron en Córdoba los niños sevillanos! ¡Oh, la

mano traidora y alevosa que en toda masa pública existe siempre!

El 24 de Agosto se presentaron este año en la plaza sevillana «Machaco» y «Lagartijo».

— Vamo á ver ezos fenómeno.

— Ya quisiera cualquiera de ellos servir *pa* llevarle los estoques al chiquillo der «Gayo».

La plaza de Sevilla se abarrotó.

¡Ya están aquí! ¡Gracias á Dios!

La afición sevillana se dolía que los niños no se hubiesen aún presentado en aquel ruedo.

— ... ¡Zeñores lo que temblaba yo antes de hacer el paseillo! — dice «Machaco», refiriéndose á esa tarde.

Y sonó la charanga, y sacó el pañuelo el señor Amores, que presidía el festejo, y al fin pisaron los niños, ¡los tan cacareados niños!, las arenas de plata del ruedo sevillano.

Salió un novillo de Villamarta, y luego otro, y otro, y ¡todos mansos!

Las cuadrillas estaban desesperadas; nada salía á gusto; «Machaco» pinchó dos veces al primero y dió al tercero un bajonazo. «Lagartijo» se puso aún más pesado.

— ¿Y estos son los fenómenos?

— Ya nos los figurábamos.

El público imparcial censuró la labor, y gallistas y algabeñistas y demás istas silbaron con fruición y con denuedo.

— ¡Fuera, fuera!

En el quinto, «Lagartijo» agarró un par de

banderillas superior. «Machaco» hizo una labor de muleta muy adornada, juntó los pies, partió como una vela, metió la *espá* en lo alto, pero tendida.

¡Mardita zea! Once veces urgó en el descabello, ¡será la mala pata!

Y salió el sexto. — ¡A ver si sale bravo!... ¡Manso también! «Lagartijo» igualó como pudo.

— Vaya, ahora verán ustedes cómo se matan bien los toros.

— ¡Vá por ustés! y zás... salió el estoque en afrentoso atravesar por el lado contrario. — ¡Horror! La tormenta descargó imponente. Parecía como si todas las sirenas de los vapores que tienen los ingleses en el puerto se hubieran puesto á tocar al mismo tiempo.

— ¡Señores! ¡Lo que oyeron!

Bajo arcos de brazos amenazantes salieron mohínos y temerosos aquella tarde de la plaza.

— ¡Al coche! Partieron á galope los caballos; los cristales crujieron.

— ¡Agachar! las piedras rebotaban. Algunas tocaron las monterillas de madroños.

— A vestirse y á la estación á escape. En la puerta del hotel todavía la saña de partido dejaba oír su furia ¡mamarrachos! Por una puerta falsa, escondiendo los rostros como bandidos en huída, en éxodo cruel, fueron andando á la estación.

— ¡El tren! ¡Córdoba! Respiremos á gusto.

— ¡A Sevilla, jamás! «El Bebe» rompió el contrato que con la empresa tenía para tres fechas

más. En Córdoba las campanas de indignación se echaron á vuelo.

— ¡Siempre lo mismo!

— ¡Rabia de que siempre le ganamos la pelea!
En el Club «Guerrita» se llamó á la defensa; los combatientes acudieron rápidos y prestos.

— ¡Córdoba por los niños cordobeses!

— ¡Venganza contra los sevillanos!

A Madrid llega la noticia en reguero de pólvora. Don Pedro Niembro ve en su negocio estas pasiones desatadas.

El 1.º de Septiembre aparecen en Madrid los carteles anunciando la corrida de aquel día. Corrida competencia... ocho novillos-toros de don Esteban Hernández para «Machaco», «Lagartijo», «Gallito» y «Algabeño». ¡Inicuo! ¿Quién aconsejó tan despiadadamente á los muchachos sevillanos?

De Sevilla vinieron muchos aficionados. Córdoba casi se vació sobre Madrid. En la plaza hubo un lleno hasta el tejado, ¡No falló la viveza empresaria! ¡los billetes valieron á millón!

«Machaco» y «Lagartijo» salieron á ovación por novillo. «Gallito» y «Algabeño» no se arrimaron á los suyos.

«Los sevillanos se habrán convencido de la diferencia que hay de ellos á los dos cordobeses, que son dos toreritos hechos», decía en su revista el chispeante «Sentimientos».

Antes de empezar la corrida, «Machaco» afirman que aseguró á su compañero:

— Tú verás: esta tarde los ponemos á ochavo.

¡Y los pusieron! Pero no hubo igualdad; fué una injusticia de la que tuvieron la culpa aquellos apasionados sevillanos que descargaron violentamente su rencor provinciano sobre «Machaco» y «Lagartijo» en la funesta novillada de Sevilla.

«Machaquito» y «Lagartijo» eran dos toreritos hechos, de nombre, de tronío, apreciados así por el primer público de España. «Gallito» y «Algabeñito» eran dos chavalillos que no habían lidiado más que becerros. Salieron derrotados, pero sus vencedores no alcanzaron con ello laurel alguno.

Los que le hicieron decir á Eduardo del Palacio el 11 de Septiembre (tres días después de su debut en Madrid que torearon ambos muchachos una corrida mixta con Boto y con Gorete), dirigiéndose á «Lagartijo el Grande»: — «¡Así empezaba usted!», no debían competir con principiantes poco hechos...

En la reunión de Córdoba la Vieja, del caserón feudal de Rafael, la charla se deslizó la tarde de que hablamos sobre los incidentes de la marcha triunfal de los muchachos. Al comentar las peripecias de Sevilla, los ojos del maestro fulguraron pesares de ciertos días de amargo desconsuelo, en que con saña combatido, tuvo que abandonar la bella ciudad de la Giralda para no volver más.

¡Oh, los campanilleros! Por los recuerdos de aquel hombre, que según uno de sus biógrafos, «debió nacer en el hueco de dos manos aplaudiendo», pasó negra la tarde del 20 de Abril del año 84.

— Y para finá —aseguró uno de los contertulios— miren ostés cómo han rematao estos niños zu temporá en Madrid. Ascuchen; y el contertulio lee: «Y respetando, sin tenerlas por válidas, las opiniones de algunos, me obstino en afirmar que «Machaquito» y «Lagartijo» reúnen condiciones muy apreciables en el toreo, y lo que ayer fué esperanza, hoy es convicción y no tardarán en ser brillante realidad.»

— Esto dice don Hermógenes de la novíllada del 3 de Septiembre en que estos dos mataron tres toros de Veragua y tres de don Faustino (Udaeta).

— Como que salieron á estocá por novillo, menos éste, «Lagartijo chico», en el cuarto en que pinchó.

El maestro levanta la reunión y apoya su mano sobre «Machaco».

— ¡Así siempre, así siempre! ¡El espaldarazo estaba dado! ¡Machaquito era armado caballero del arte taurino cordobés!



Era una clara noche de los últimos días del mes de Agosto del año 1900; volvía yo de San Sebastián en el expreso; frente á mí, en el mismo vagón, un jovenzuelo macareno, de tez bronceína, duro entrecejo y cuerpo cenceño y fuerte, veía deslizarse en su meditación el humo de un veguero que aprisionaba entre los dientes.

— ¡Qué! ¿Se ha sudado esta tarde?

— Zí, zeñó; han tenío mu mal ange los de don Esteban.

Esta fué mi primera presentación á «Machaquito».

Venía el muchacho cordobés de torear en la plaza donostiarra la última corrida que de novillero toreaba; llegaba al fin la fecha que en sus deseos soñó. Pocos días después, tomaría en Madrid la alternativa, emancipándose ya de la tutela que sobre él pesaba.

La corrida de aquel día en la Plaza de San Sebastián, como la de despedida de novilleros en Madrid, no había tenido todo el éxito que el muchacho esperara. Los chotos de Ibarra que les largaron en la corte, como aquellos otros de don Esteban Hernández que acababan de lidiar, no les habían prestado la ocasión de lucirse.

Aquel año habían toreado los niños cordobeses 35 novilladas, de ellas siete en Madrid, en donde, en la del 15 de Mayo, con reses de Veragua y de Biencinto, y en la del día de Santiago, con reses de Muruve, tuvieron los muchachos dos éxitos enormes.

«Machaquito», además, había afianzado su cartel y conquistado por completo á sus paisanos en la novillada de feria cordobesa, en la que lidió, acompañado de su primo Ricardo Luque «Camará», que sustituía á «Lagartijo», herido, seis reses de Antonio Guerra, entre una ovación continuada.

Recordando esa tarde, me dijo aquella noche «Machaquito»:

— Ha sío la vé en que man sonao mejó las parmas.

En Valladolid, el 20 de Mayo, con Carreros, tuvieron los cordobeses otro éxito, y en Valencia y en Barcelona y en cuantas plazas torearon, los juzgaron ya aptos para el paso que iban á dar en breve.

Llegaron los niños cordobeses á entrar en la mayoría de edad taurina con beneplácito de todos los tutores. Aquella tarde en San Sebastián, aquel conjunto taurino, aquella razón social comanditaria, aquellos Radica-Dódica novillero, aquel cuerpo común con dos almas de tan distinto temple, se disgregaban, se desunían, y cada cual marchaba por un camino opuesto, desarrollando, ya libre de trabas, su valer.

Hasta entonces « Machaco » no había podido brillar con luz propia. Iba siempre nimbado con la gloria de Córdoba y de su profeta Rafael I. Desde ahora iba á probar lo que él valía por sí.

Y lo deseaba, lo deseaba vivamente.

— ¡ Si usted viera! ...

Se le marchaban muchos admiradores en común, que por prestigios de « Lagartijo el grande » les seguían; se le iba hasta el apoderado, el « Bebe », á quien siempre creyó fiel á su causa; le dejaban muy solo. Lagartijo, su hermano, se los llevaba á todos, no por su voluntad, que su cariño al lado de « Machaco » estaba, sino por fuerza de apellido, de ese apodo glorioso en los anales del toreo, que tanto pesó sobre « Machaco » con su terrible fuer-

za... ¡Mejor! Esto le daba nuevos bríos para seguir luchando; esto le animaba más; era el principio del *via crucis*.

— ¡Si usted viera!

En las tertulias de café, en las fondas provincianas, en los patios de las plazas de toros, «Machacito», el jefe de la cuadrilla, estaba siempre solo. Los aficionados entusiastas, los periodistas, los amigos, sólo frases de afecto para su compañero prodigaban, sólo á su cuarto del hotel, después de la corrida, llegaban en saludos. ¡El no era nadie! ¡Ah, cómo se agujoneaba su amor propio! ¡Cuántas gotas amargas le bajaron de los ojos á los labios!

¡Ya llegaría él! ¡Ya le harían corrillos de adulación y de amistades!

«Machaco», niño, empezó á conocer, escéptico, el mundo en el que iba á moverse.

Y una tarde dijo á D. Pedro Niembro, el empresario de la Plaza de Toros de Madrid, que habiendo ido á la fonda á saludar á «Lagartijo chico», pasaba por su lado sin mirarle.

— Vaya usted con Dios, don Pedro, que puea ser que algún día venga osté, sombrero en mano, jasta mi puerta.

¡Y el día llegó! Grabado en la memoria de don Pedro estará aquella famosa tarde en que, ante la cama de «Machaco», rogaba y suplicaba que saliese á torear, porque sin él, que se decía herido, tenía que suspender una corrida del abono.

«Machaco» se *había torcido* un pie en la esca-

lera de su casa, y no pudo salir á torear y la función se suspendió...

Aquella noche del tren «Machaco» no durmió; le observé atentamente, y le vi toda ella fijos sus ojos en el cristal de la ventanilla del vagón, tras el que envueltas en sombra pasaban las tierras yermas de Castilla, repasando, sin duda, sus días de novillero y haciendo un recuento de sus futuras fuerzas.

Al despedirme, de él en la estación del Norte, exclamé tendiéndole la mano:

— Mucha suerte el día de su alternativa.

Y él, seguro de sí mismo, me respondió:

— Muchas gracias; creo que la tendré.

Pocos días después un amigo me dijo:

— No sabes: «Guerrita» ha dicho en la camisería de la Carrera que «Machaquito» será un toreador apañado, pero que no será nunca matador porque le falta talla.

— Teniendo el corazón que tiene, le es lo mismo — respondí.

«Machaco», al conocer el juicio de «Guerrita», me contaron que dijo:

— Pa llegar al morrillo con la mano aún me sobran centímetros.

CAPÍTULO III

La alternativa á suertes ó el último matador del siglo XIX.

Cuando «Machaco» pisó, en la tarde del 15 de Septiembre del año 1900, tierra firme en Madrid, y al descender del tren vió en la sala descanso de la estación del Mediodía un cartel anunciador de la corrida de toros del domingo, y en, que con grandes letras rojas se cruzaban en aspa dos nombres: el suyo y el de su compañero Lagartijo, hasta la hora de entonces siempre en un renglón más bajo que en el que se ostentaba su alias ya popular, el rojo de las letras se le saltó á la cara y dijo á «Mancheguito», que á su lado marchaba: «¿No traerán mal arate esos nombres en cruz?» A lo que un vozarrón, oportuno en el dicho, saltó breve y ceceante: «Ezo habrá sío pa *indicá* que arguien sardrá de aquí crucificao.»

Y así era en efecto. Los legítimos derechos de

antigüedad justa, el orgullo y el amor propio de un artista, quedaban en aquel llamativo cartelón crucificados. ¿Cómo admitió «Machaco» ese sorteo? ¿Cómo su compañero Lagartijo consintió en él? Porque lo que el cartel de toros indicaba, era que «Machaquito», hasta entonces con más antigüedad que Lagartijo en todas las corridas novilleras, hacía abdicación de todos sus derechos, cedía el grado ganado en la pelea, y sorteaba en lo futuro un puesto de matador de toros á que tenía legítimo derecho conquistado.

«Paroli de alternativas ó los mil y un absurdos» titulaba Pascual Millán, á lo Ricardo de la Vega, ese sainete del sorteo. «Los últimos serán los primeros», lo hubiera titulado un oportunista de la frase, profetizando el resultado de aquel acto. «A lo que obliga un nombre», lo titulo aquí yo, enterado de ciertos pormenores.

Porque lo que obligó á Rafael González á ese rasgo de modestia excesiva, fué la fuerza de un nombre que un pueblo entero veneraba, nombre glorioso en los anales de la tauromaquia, que extendió el brillar de sus prestigios fuertes sobre sus sucesores en el ruedo, y que pesó como plancha de plomo sobre los éxitos valiosos del diminuto diestro, que de leer á Campoamor, hubiera tenido en su luchar taurino por divisa esta dolora del poeta:

Sé firme en esperar, que de este modo
algo le llega al que lo espera todo.

¡Ahí es nada tener por compañero á un muchacho llamado Rafael Molina, Lagartijo!

Respetando tradiciones y prestigios, Córdoba entera lo pedía. Bueno que para formar pareja en novilladas, fuera delante el obscuro «Machaco», ¡Al fin y al cabo así, el velo admirativo de la afición á toros, ponía á resguardo de sustituciones y otros peligros más, á este príncipe excelso del califato cordobés! Pero ahora ya iban á separarse; entre los matadores de toros, el no tener que cerrar plaza en las faenas, se considera como un preciado galardón; el partido anabaptista (como llamara Peña y Goñi á los lagartijistas), brioso y fuerte en los recuerdos de aquel airoso anciano que en su Capua cordobesa velaba aún por el esclarecido nombre de la casa, no podía permitir que pasase como un vulgar suceso el doctorado ruidosísimo del descendiente en línea recta de Abderramán Molina el Inmortal, y he aquí que «Machaco», sin el apoyo todavía de un partido faenático, con miedo á un porvenir tan hoscamentamenazado, sin el resuelto ánimo que da una fama cimentada, capitulase...

RAFAEL MOLINA
RAFAEL GONZÁLEZ «MACHAQUITO»
«LAGARTIJO»

Así vió «Machaquito» en esa tarde del 15 de Septiembre su nombre puesto en el cartel.

* *
* *

En la calle del León y en la casa núm. 17 de nuestra villa y corte, existe una especie de fonda provinciana, casa de huéspedes, ó con más propiedad, hospedería de toreros, que es una prolongación de la moruna Córdoba. Regentábala doña Gregoria, una honrada matrona tan larga en carnes como parca en *menus*, que conocida de «Guerrita», consiguió que el famoso torero tuviera su alojar bajo los techos de su casa.

«Guerra», hombre metódico y casero, hizo de tal domicilio santuario taurino; y esta casa de la calle del León fué pronto conocida por toreros, aficionados y empresarios, por todos los romeros del Guerrismo y habitada por casi todos los que de Córdoba traían á Madrid quehaceres ó regalos.

No es, pues, extraño que siendo «Machaco» cordobés, y á más de cordobés torero, fuese súbdito en el cocido cotidiano de la *gentil* doña Gregoria, y menos extraño aún que en la mañana de un sol canicular del 16 de Septiembre del año 900 saliera de esta casa, tomara al llegar á la calle del Prado un modesto simón y gritase al auriga: ¡A la Plaza de toros!

Aquella tarde se iba á celebrar la fiesta en la que el muchacho cordobés daba el ansiado paso á matador de toros; en Madrid la corrida había des-

pergado espectáculo extraordinaria, la demanda de billetes era grandísima, el instante soñado por «Machaco» estaba allí.

Y el torerillo novillero, marchaba hacia la plaza para cumplir su generosa oferta de sortear su antigüedad con su hasta el momento inseparable compañero, en la mañana aquella, fijó sólo el pensar en esta reflexión: ¿Si agarraré los *blandos* las dos veces que me arranque á matar?

Con «Machaquito» llegaron á la plaza su hermano José, el conocido puntillero, Retana, el sastre de toreros, y Andrés González, un chispeante zapatero, primer portaestandarte del Machaquismo ya naciente.

En la fachada del árabe edificio, clavado entre las dos ojivas de los morunos ventanales de la contaduría, vió Rafael por vez segunda ese cartel en el que cual aspas de un molino volteaban dos nombres.

El cartel decía así: «11.^a corrida del abono.— Ocho toros de la ganadería del Excmo. Sr. Duque de Veragua.— Espadas: Luis Mazantini, Emilio Torres «Bombita», «Lagartijo» y «Machaquito», que tomarán la alternativa». El lugar preferente aún no estaba marcado á los noveles diestros. A ello iba él allí, y una hora después sabría su puesto fijo en el taurino escalafón.

Subió á ver el apartado de las reses; al penetrar en los corrales oyó los primeros gritos de protesta de aquel día; un sentimiento justo de noble indignación le hizo retroceder. Allí, siendo

objeto de justificadísimas censuras del público que presenciaba la faena, había ocho novillos famélicos y casi sin pitones; tentado estuvo también de intervenir en la protesta que dirigía, con frase apocalíptica, un respetado aficionado que, en el tendido 10, presidía la fiesta con sus juicios, el popular Joaquín Menchero, Lagartijista furibundo en otros tiempos y hoy terror de las coletas actuales.

¿Pero quién era él aún? ¿No lo podrían interpretar como soberbia falsa? Calló, pues, con pesar; vió cómo el presidente, el concejal Buendía, prometía encerrar á la primera protesta los toros protestados, cómo la voz del director del movimiento bajó de diapasón, y entre abrazos de parabién y frases estimulantes para la tarde aquella, se vió llevado al ruedo.

En el centro de él vió colocarse al delegado de la autoridad Sr. Rebollo; fué llamado á su lado y allí tendió la mano á su ya ex compañero «Lagartijo». «Retana» dió su sombrero de alas anchas; se escribieron dos nombres en otros tantos trozos de papel, se echaron al sombrero y una voz de aquel grupo dijo con cierta picardía: Que saque el nombre, como más inocente, don «Modesto». «Loma», el revistero popular que ensalza con singular gracejo la fiesta de los toros en las columnas de *El Liberal*, se hallaba allí por rara coincidencia en sus amaneceres; sonriente y tranquilo adentró su mano en el sombrero; dió al aire, con el papel aquél, el nombre preferido, y una voz clara leyó con emoción Rafael Molina «Lagartijo».

Así quedó aquel día sancionado el hecho insólito de dar dos alternativas en una misma fiesta, hecho completamente nuevo en los fastos taurinos y que rompía con toda tradición.

Sobre este acto corrieron mil versiones formadas sin género de duda por el apasionar de los aficionados.

Yo sólo sé que «Lagartijo» tendió su mano con un afecto puro á su hermano en el arte, y que «Machaco», al ver marchar á aquél con el apoderado «Bebe», llenos de lágrimas sus ojos, oyó que le decían á su lado: «No es mejó er que va por delante, zi no er más *decidió*».

Camino de su casa, rodeado de sus íntimos Julio Herrera, su nuevo apoderado; «Talavera», Peláez, Fernando Usano, Francisco Barrionuevo y algunos cordobeses más que vinieron á presenciar la fiesta, «Machaco», indiferente á todas las frases de consuelo que á su perdido privilegio le dirigían, sin los garbosos ademanes de otras veces, como si el traje corto gris con los borlones de seda que lucía, fuera una prenda exótica en su cuerpo juncal; dejábase llevar por sus amigos. Sólo la frase de la plaza sonaba en sus oídos en toque de arrebató.

Es mejó er que es más *decidió*..

Y sonaron las dos y media y con ellas el casca-beleo de un coche calesero que atronaba con el trote de sus jacas la calle del León.

Con un fruncir adusto de sus espesas cejas; con un mirar brillante de locura, saltó «Machaco» al

coche, que ya ocupaba la cuadrilla, arrugando con sus nervudas manos las flores destellantes en oro y pedrería de un capote de raso blanco, y el vehículo volvió á su galopar desenfrenado camino de la plaza.

José González miraba, con el terror pintado en el semblante, á su hermano, que abstraído de cuanto á su alrededor pasaba, sin atender, como otras veces, á esos coches estuches que llevan, calle de Alcalá arriba, hacia la Plaza, entre flores y encajes, gallardas hembras de ojos de fuego y labios de madrigal; sin devolver sonrisas y saludos á esos aficionados que, en ómnibus y tranvías, tienen como preciado galardón, como alta prenda de estimación social, un «vaya osté con Dio» de un diestro; sin embriagarse en esa orgía de voces y colores que tiene por campo de su acción la calle de Alcalá en días de toros, iba fijo en el bordado de su capa, á no dudar, con la visión de su pasado penosísimo, de su jugar perenne de la vida en las astas del toro, de la constante abdicación de su valer taurino ante la fama de otro nombre, abatido de mortal tristeza con las crueles decepciones de todo lo pasado y llena su mente de zozobras para su incierto porvenir.

José, que conocía á su hermano á maravilla, le temía en la tarde aquella.

«Machaco» siempre fué así; un manojo de nervios que borrarán de él todo asomo de prudencia ó de cautela en el primer asalto; un compendio de toda temeraria acción cuando la vista se le nu-

blaba ante el menor rasguño á su amor propio. Y aquella tarde, la frase en él siempre presente «es er mejó er que es más decidío», le empujaba hacia toda locura.

Llegó á la Plaza; su gesto agreste le alejó los amigos. En la sala de toreros, junto á la ventana que da al patio de caballos, mirando por los cristales empolvados á la apretujada multitud de aficionados que, en un vaivén de pisotones y destempladas voces, pugnaba por acercarse á contemplar los diestros, ó marchar á su puesto en el tendido; oyendo, distraído, las brevisimas frases que como salutación y bienvenida le dirigían algunos aficionados, siguió cursando su pasado...

Maquinalmente echó á andar hacia la puerta de salida al ruedo, se arrebujo en su capotillo deslumbrante, y entre el alegre sonar de un pasodoble, que no oía, y de millares de manos que palmoteaban la belleza del cuadro en que marchaba como figura principal, cruzó el ruedo al frente de las cuadrillas, dando la derecha á Emilio Torres, su padrino en el arte.

Y... salió el segundo animal, un veragüeño cárdeno obscuro, de rizada testuz y pies ligeros, que al surgir del chiquero hizo levantar en gradas y tendidos una fuerte protesta á su presencia escasa.

¡Todo se conjuraba contra él! ¡Hasta esa tempestad, cuyas primeras nubes se condensaron aquella mañana en su presencia!...

El mayor de los «Bombas», el que puso como primer cuartel en el escudo de su torera casa una

sonrisa de desprecio en el combate, le esperaba en el centro del ruedo con estoque y muleta. Fué hacia él, recogió aquellos trastos que le ascendían al puesto codiciado en sus sueños de chico, brindó haciendo catapulta en su furor cada frase de brindis: «Por usted, por los güenos aficionaos, y á ver si tengo más suerte que hasta ahora». Se adentró en el terreno de la res; de su lujoso traje verde y oro fueron saltando lentejuelas al golpe de las astas; la insultó, le escupió con ciego frenesí, como si al acabar con aquella fiera pensase en acabar con su negro destino. Vió el momento de arrancarse á matar, y fijo sólo en el morrillo, cuyo hoyuelo se le presentaba como el receptor de todos los tesoros que anhelaba, hundió el estoque en él y buceó con su mano derecha entre los rizos rojos que formaban un surtidor de sangre, como si quisiera arrancar de allí su mala estrella.

Tras un grito de terror surgió potente un clamoreo de victoria; trece mil manos se unieron en comunión de admiración y de entusiasmo. «Machaquito» era proclamado como el primero de los Rafaelés de aquel día.

¡El vozarrón profético iba mostrando sus aciertos!

Y vamos ahora á ver cómo, en general la prensa de entonces juzgaba la labor de «Machaquito» en ese día, para así completar, con las copiosas pruebas presentadas, este capítulo III.

En el *Heraldo de Madrid* dijo *El Barquero*, reseñando el toro de la alternativa: «Los chicos

(«Mancheguito» y «Mojino») parean medianamente, y «Machaquito», que de primeras fué tomado en guasa, torea como le permite el ya algo incierto y huído animal, y le larga una gran estocada que lo hace polvo. (Muchas palmas.)»

En *El Imparcial* afirmó Muñoz, el saladísimo N. N.: «El animal llegó al último tercio huído y difícil; pero el «Machaco», que lucía un lujoso terno verde y oro, pudo sujetarlo con pases dados muy de cerca, y en cuanto le fijó, entró el niño derecho y desde los mismos pitones y atizó una estocada soberbia, contraria, de tanto meterse, que hizo innecesaria la puntilla. (Ovación al niño, que es muy bravo y muy torero.)»

En *El Liberal*, Don Modesto, bajo el epígrafe «Rafael I y Rafael II», adjudicando á «Machaco» este segundo remoquete, dijo lo que precede: «Rafael II quedó mejor que su compañero en la muerte de sus toros. Estos eran más manejables, si bien el último, lidiado entre sombras, llegó á la suerte suprema con muchas facultades por falta de castigo. Había que matarlo (la falta de luz no consentía en otra cosa) de poder á poder, y así lo mató «Machaquito», entregándose al meter el brazo. ¡Bravo chico!»

Y *Taleguilla*, en *El País*, afirma que de los matadores, «Machaquito» fué el que mejor quedó; y *Dulzuras*, en *El Tío Jindama*, hace el resumen siguiente: «Matando, «Machaco»; «Bombita» y Luis, en el quinto.» Y *Achares*, en *El Enano*, hace constar que «Machaquito», «en el tercero,

muleteó poco y con arte, y el volapié fué superior». En *El Toreo*, *Paco Medialuna*, popularísimo seudónimo y de fama justísima en la crítica taurina, hace el resumen siguiente:

«Machaquito». Se toreó de primeras aquel toro, que levantó tantas protestas, y que fué el único que se mostró bravo y de poder. El chico aprovechó bien las condiciones del toro, y después de torearlo desde cerca, le atizó una buena estocada á volapié, entrando á ley. La ovación fué justa y merecida. La última faena del muchacho la reseñamos por adivinación. Cuando tocaron á matar el último, era casi de noche. En las tres acometidas que hizo el muchacho, nos pareció que entró bien.»

Por último, en *Sol y Sombra*, Pascual Millán, terror de las coletas de aquel tiempo por sus severas críticas, romántico de nuestra fiesta, y furibundo partidario del «todo tiempo pasado», finalizó su juicio de aquel día con las líneas siguientes:

«Machaco» estuvo valiente, y escuchó muchas palmas.»

Como dato preciso en esta historia de un torero, diremos que el toro de la alternativa se llamó «Costillares», que era cárdeno oscuro, con bragas; que tenía astillado el cuerno derecho y estaba mal de una mano; que fué protestado enérgicamente por esta última razón, por el público; que el presidente, después de una conferencia con Mazzantini, ordenó que se lidiase; que el animal, bravo y poderoso, aceptó seis puyazos de «Qui-

lín» y «Formalito», que formaban la tanda, mántndoles tres jacos; que «Machaco» pareó el sexto toro, zaino, grande y cornalón, con un par al cuarteo; que las dos cuadrillas de «Lagartijo» y «Machaquito» sacaron cabos negros por la muerte del celebrado y antiguo banderillero «Manene», ocurrida el día anterior en Córdoba, y que Rafael González tenía en ese día la edad de diez y nueve años, once meses y veintiséis días, pues había nacido, como hemos dicho ya, el 20 de Septiembre de 1880. ¡Vayan datos!

Aquel día salió «Machaco» de la plaza más contento que nunca: al abrazar á su padrino Hurtado de Mendoza, ya en su casa, brotó de su pensar á flor de labios la frase de su obsesión constante en aquel día.

Al domingo siguiente, la 12.^a de abono (23 de Septiembre), en que «Bombita chico», «Lagartijo» y él, lidiaron reses de Cámara, le hizo decir á *Don Modesto*, después de encomiar la lucida muerte que dió á sus dos toros, con otras tantas estocadas: «Bravo, chico. Mi mano pecadora te ha colocado en último lugar. La propia mano se complace en decir hoy, que si sigues por ese camino, *allí donde tú estés, estará la cabecera*».

¡El valor iba surtiendo sus efectos! Pascual Millán, después de criticar con gran dureza la pequeñez de este cartel de abono, decía lo siguiente:

«Machaquito» (tórtola y oro) fué el héroe de la tarde, y el que ganó más á pulso y más á ley las palmas que le tocamos.»

Desde aquí va «Machaco» á Barcelona, con «Mazzantini», «Conejito» y su compañero «Lagartijo», á matar ocho Aleas, el día 24 de Septiembre; marcha luego, el 26 del mismo mes, á Cabra, con «Conejo»; torea en Ubeda el 30, con «Lagartijo chico»; mata en «Aravaca» el 2 de Octubre, con «Mancheguito», reses de Peñalver, y cierra sus corridas del año 1900 con la de Zafra, en donde un toro de Moreno Santa María le hiere gravemente el día 5 de Octubre.

Su nombre empieza á circular con el calificativo de temerario: «¡Va ciego á la pelea á borrar el resultado del sorteo!»



CAPÍTULO IV

En Hinojosa del Duque, la cruz de Beneficencia.—Temporada de 1902.

Es esa hora de una mañana cordobesa en que el sol andaluz dirige toda la fuerza de sus rayos en la línea más alta del zenit. Estamos en ese mes de Mayo que hace maceta de jazmines el pecho de la mocita cordobesa, y planta de claveles su cabellera de ébano. Bajo la lona de la caseta del Club «Guerrita», que en el paseo del Ferial alza su armazón de madera, tomamos acobijo, huyendo de las caricias bochornosas del astro, presidente de la república mundial (perdón por este tópico) algunos aficionados clásicos á la fiesta de toros. Barrionuevo, Usano, Tejero, González, el presidente del Club, Menchero, don Enrique Nú-

ñez de Prado, el cordobés más cordobés de todos los conocidos, y dos ó tres amigos más.

«Guerrita», el famoso torero, virrey legítimo de aquella insula taurina, Napoleón de aquellas hues, tes de coletas, caballero en pujante jaca *campera*, no torda como la jaca del poeta, sino de un brillante pelo castaño; á lo jaque andaluz, luciendo airoso un chaquetón bordado y unos zajones primorosos, llega hasta la escalinata de la caseta, desciende de su cabalgadura, y en el tintinear de sus espuelas y en el golpear de una vara de fresno en sus delanteras, llega á nosotros y forma corro en la reunión, montándose á horcajadas en la primera silla que á su mano encuentra, quizás para así estar más en carácter con su hípica indumentaria.

Se acaba de hacer el apartado de la corrida de toros de aquel día, segundo de las ferias que se están celebrando. Las reses de Pablo Romero, en el juzgar de aquella crítica imparcial, quedan tachadas de desiguales y de pequeña alguna. Un toro negro, de preciosa lámina que lleva el número 3 sobre su costillar y atiende por *Moruno*, recibe unánimes elogios. A la descripción hecha con esa hipérbole en la frase que pone el andaluz al describir, Guerrita dice con reposada voz de oráculo:

— Así debían ser tóos.

«Machaquito» acaba de hacer su aparición en la tertulia. Sale á dar un paseo, pues en aquella tarde no torea. En él se nota ya el sello que la moda va

imprimiendo al lidiador *modern styl*; aquella chaquetilla de coderas que recortaban su figura macarena, ha sido substituída por una obscura cazadora de cortitas solapas, y en vez de la camisa chorreada, un cuellecito alto luce sujeto á una corbata de complicado rameo.

Al llegar recibe enhorabuenas á contento. En la tarde anterior ha matado, alternando con Parrao, tres Benjumeas de tres estocadas superiores y un pinchazo en lo alto, y en sus faenas de muleta ha estado hecho un torero. Guerrita sanciona aquel común sentir con esta frase lapidaria:

—Hay que seguir así, y er campo es tuyo.—¡El santón cordobés va levantando el veto á «Machaquito»!

Rafael González, modesto, sin esa afectación de un orgullo encubierto, ingenuo y llano, habla delante del maestro y nos refiere la campaña pasada.

—Hay que seguir así, *zeñó Rafae* — dice asintiendo,— y yo creo que lo conseguiré. En el año pasao (1901) no pude tener más mal comienzo. En Barselona, en la corria de inauguración con Conejito y Montes, me la *gané* de firme; el último Miura me engancho cuatro veces al entrar á matar. En Madrid, en las 2.^a, 4.^a y 6.^a de abono; en la extraordinaria en que me entrampilló otro Miura por meterme, y en la 8.^a no pude hacer tampoco ná con los Anastasio, los de la Viuda, los Cámaras y los de don Vicente que me tocaron. Menos mal que luego se enderezó la cosa, y aquí en la feria, no quedé muy malamente; y en Palma, el 14 de

Julio mató seis mansos con suerte; y en la feria de Ciudad Real me se dió muy bien con los Aleas; y aunque en Salamanca, y en Bilbao, y en Vinaroz estuve mal al *finá*, en Almería con «Bombita», en el début de Nimes y *Toluse*; en la Línea con Montes, en Jaén, y sobre tóo en la corrida de la Prensa de Madrid, me tocaron las parras.

Ahora este año ya veremos; por ahora no vamos mal del tóo.

No pudo hacer «Machaco» un resumen mejor y más imparcial de sus faenas. Así fueron; en Madrid empezó con pocos bríos la contienda, y anunciado en la 6^a del primer abono, mató superiormente el toro de Cámara, *Portugués*; en general su trabajo fué mediano. Pero llegó la segunda temporada, y tanto en la 15 del abono, en que lidiaron ocho toros, seis de Torres Cortina, uno de Halcón y otro de Pérez de la Concha, Fuentes, «Algabeño», «Lagartijo chico» y él, como en la corrida de la Prensa, en la que se lidiaron en concurso ocho reses de distintas procedencias, y ganó el premio Adalid, por su cuadrilla y las de Mazzantini, «Guerrero» y «Lagartijo», y volvió por sus fueros, terminó aquel año con derecho indiscutible el cartel del abono del siguiente.

De las 50 corridas toreadas, en las que mató 150 toros y quedó en tercer lugar en número de fiestas, correspondiendo los otros á Fuentes y «Bombita», tuvo los éxitos mayores en la corrida de Palma, en que mató solo seis toros con singular acierto, y la que *El Liberal*, de Barcelona orga-

nizó para los pobres de allá el 27 de Octubre de aquel año, y en la que alternando con «Bombita» y «Algabeño» mató dos Benjumeas de irreprochable modo.

Una cogida, emocionante por demás tuvo, aun cuando por fortuna la cosa no pasó del susto consiguiente.

En Aranjuez, donde desde tiempos de «Lagartijo» el grande, se celebra anualmente el día de San Fernando con una corrida de toros de importancia, torearon este año «Conejito», «Lagartijo» y «Machaco» (toda la Córdoba torera de entonces) seis reses de Veragua, ganadero tan indispensable allí como la fresa y los espárragos.

El cuarto toro, un negro lombardo, algo gacho de cuerna, prendió á «Machaco» por la cintura al rematar un quite hecho al picador Onofre, y por espacio de más de cuarenta segundos lo estuvo campaneando horriblemente, metido en el cuerpo del torero el cuerno hasta la cepa.

«Dulzuras», Niembro, «El Barquero», Peláez, cuantos presenciaron la cogida y la refieren luego, tórnanse lívidos en el recuerdo de la impresión aquella.

En un grito de horror pasó por la imaginación de los espectadores el cuerpo de «Machaquito» destrozado. ¡Le ha atravesado los riñones! ¡Le llega el cuerno al corazón! eran las frases que se oían, mientras los compañeros del espada pugnanaban por desasirle de los cuernos. Dobló jadeante la cerviz el toro, depositando, fatigado al peso de

aquel cuerpo, el diestro en tierra; saltó «Machaco» rápido, nervioso y corajudo, sin mirarse la ropa tan siquiera; empuñó de nuevo su capote, corrió á la res y un grito de alegría se escapó de los pechos oprimidos.

¡El cuerno había sólo roto la faja!...

Y ahora volvamos á la reunión de la caseta del ferial.

Barrionuevo tiene en la mano un *Sol y Sombra*; es el último que acaba de llegar á Córdoba, y Barrionuevo, gran coleccionador de taurinos documentos, lo lleva muy doblado con singular esmero. El semanario taurino trae la reseña de la octava corrida de abono, celebrada en Madrid el 11 de aquel mes, en la que «Machaquito» lidió, alternando con «Quinito» y Guerrero, seis toros de Miura; Barrionuevo, que ya se lo sabe de memoria, tira, al acabar su relato Rafael de documento, y dice convencido:

— Ya lo creo que empiezas bien la temporada. Miren ustedes lo que dice Pascual Millán, el escritor más duro de los que yo he conocido, hablando de éste, con quien la tiene tomada por lo del paso atrás.

Y Barrionuevo lee satisfecho: «En cambio, vimos un matador: «Machaco». Se tiró muy bien y con *aquello* (le perdono el pasito); soltó una corta en las mismas agujas, de éxito segurísimo. (Ovación.) ¡Bravo chiquillo!»

— ¿Eh, qué tal? Le perdona el pasito. ¿Cómo habrá tenido que estar este chava?

Uno de los prodigios de memoria de la reunión, que sabe fechas y hechos al dedillo, luce su habilidad en honor del torero.

— Desde la corrida que toreó éste en Barcelona con Rafaelito (así llamaban en Córdoba en familiar sentido á «Lagartijo chico») y «Algabeño», el 13 de Abril, marcha la cosa bien.

— En Madrid, en la séptima de abono, el 8 de este mes, mató al último, un buey imposible de Conradi, que tomó la valla para correrse un *handicap*, de un metisaca aguantando y dos estocadas altas con la mar de valor. A otro le dura ese toro un verano.

En la novena, el día de San Isidro, mató, alternando con «Conejo» y «Bombita», dos toros de Felipe Pablo de dos estocás por las agujas, y eso que el primero, un cárdeno bragao con dos pitones, era el amigo un alma mía.

Fué á Lisboa el 29 del pasado, y eso que dicen que éste no sabe torear, y estuvo superió.

— Allí estuvo también el chico de Juan superiorísimo — afirma un «lagartijista» interrumpiendo.

— Zí, zeñó, que estuvo superió—dice «Machaco» compañero. Y levantándose tiende la mano á todos los presentes.

— ¿Cuándo te vas á Madrid?—le pregunta el señor Núñez de Prado.

— Me voy á dir pasao mañana—responde el cordobés estirando el pescuezo, poco hecho á ese cruel aprisionar de los cuellos de moda.

«Guerrita», sentencioso, con frase precisa y con-

tundente, replica airado, inclinándose sobre el respaldo de su silla y señalando al cuello de señorito que lleva aquel torero cordobés:

— ¿Me voy á *dir* con ese cuello?...

A la tarde siguiente «Machaquito» mata, alternando con Montes, «Conejito» y «Bebe chico», un toro de Campos Varela y otro de Antonio Guerra, de dos colosales volapiés, saliendo del último aparatosamente volteado, y no herido de gravedad, gracias á que el toro salió rodando de la mano del diestro.

*
* *

En este año de 1902, «Machaco» el temerario, el valiente hasta la exageración, entra en el escalafón de héroes. Resuelto y abnegado, salva con temerario arrojo, de un día de luto, á todo un pueblo. Sobre su noble pecho brilla orgullosa la cruz de Beneficencia, símbolo augusto de un proceder heroico.

En ese desenvolvimiento de la española fiesta que se llama la historia del toreo, pocos casos análogos se sucedieron. El del «Gordito», que en la estación de Valencia dió muerte á un toro que se había escapado de un cajón; el de «Frascuelo», que libró de las llamas de un incendio á una familia entera; el de Angel Pastor, en el descarrilamiento de Quintanillejas; el de Limiñana, en el incendio del teatro Eldorado y no recuerdo alguno más... El caso de «Machaco», sin darle mayor mérito, es digno de grabarse en los recuerdos.

Fué en el pueblo de Hinojosa del Duque, un pueblecito cordobés, alegre y limpio como pueblo andaluz; fué en la tarde del 29 de Agosto de aquel año, tarde de sol, de toros, y fué en la placita del pueblo arreglada con travesaños de madera y pies derechos, como plaza de toros principal.

La gente abarrotaba los tendidos, que estaban aquí á medio *tender*; de los pueblos de al lado había llegado un gran gentío.

— ¡Camará, y cómo estaban las posás!

«Machaquito», el nuevo héroe cordobés, ¡el paisano famoso!, toreaba aquella tarde cuatro morlacos de Lozano, un ganadero del vecino Priego, muy conocido allí; y como el diestro, en la tarde anterior, había demostrado con cuatro toros de los Castellones, ¡allí todo se quedaba en el terruño!, que no eran *bulos de los papeles* sus dotes de torero excelentísimo, pues... las comadres del lugar, y la gente del campo, y... ¡qué sé yo! se gastaron los cuartos aquella tarde en ver á «Machaquito».

Y salieron las cuadrillas, llevando «Machaquito» á la derecha á su primo «Camará», y salió el primer toro, un animal negro zaino, de lámina preciosa, que atendía por *Perdigón* — «¡vaya un nombrecito!» — decían los que se acordaban del triste fin del «Espartero».

— ¡Y dió lo suyo el nombre!

Entre «¡á ver si lo picas bien! ¡que lo rajas, no seas bárbaro! ¡al toro, al toro!» y demás excitantes de esta clase de fiestas pueblerinas, «Formali-

to» y el piquero que salía de reserva le pusieron seis varas.

«Machaquito» acudía á los quites con alegría y adornos; la gente se volvía loca de contenta.

— ¡Ese, ese es nuestro torero!

Tocaron á banderillar. Rafael se fué al sitio de los capotes á recoger los trastos y «Chatín» se adelantó con un par á los medios, en donde estaba el toro, y lo clavó muy bien...

Sonó un crujido horrible, gritos de angustia y de dolor surgieron clamorosos.

— ¿Qué pasa?

— ¡La plaza, que se hunde!

Una de las ochavas del tendido de sol se vino al suelo en siniestro hacinar de carne humana y trozos de madera.

La situación era bien crítica. Quedaba un enorme boquete que daba paso al pueblo; sobre la arena se movían, heridos, algunos espectadores que cayeron. ¡Si el toro se arrancaba!...

— ¡Toro, jú! ¡la *espá*, la *espá*!

«Machaco», con el cuerpo, citó á la res á combatir; fué un momento de suprema emoción; llegó «Camará» con el estoque, lo cogió «Machaquito» y sin dar tiempo á más, lo hundió en el morrillo de la res, que rodó por la arena.

Acallados los gritos de dolor, surgió un clamor de gracias y de plácemes.

«Machaco» fué paseado triunfalmente por el ruedo. El presidente de la fiesta, el teniente alcalde señor Fernández López, bajó á abrazar al héroe.

¡Se acababan de arrancar algunas vidas á la muerte!

¡«Machaquito» surgía benemérito!

Se dió orden de suspender la fiesta. De la catástrofe sólo el vecino de Dos Torres, Plácido Blanco resultó con contusiones graves; los demás, poca cosa. Las navajas de los salvajes empezaron á cortar trozos de la res muerta. El capitán de la guardia civil dió orden de despejar el ruedo...

«Machaquito» fué conducido en hombros á la fonda. Hubo serenatas y fiestas en su honor. Una Comisión, presidida por el alcalde, y de la que formó parte el notable abogado don José Ortiz, fué á saludarle en nombre del pueblo agradecido. Se suspendieron las novilladas anunciadas.

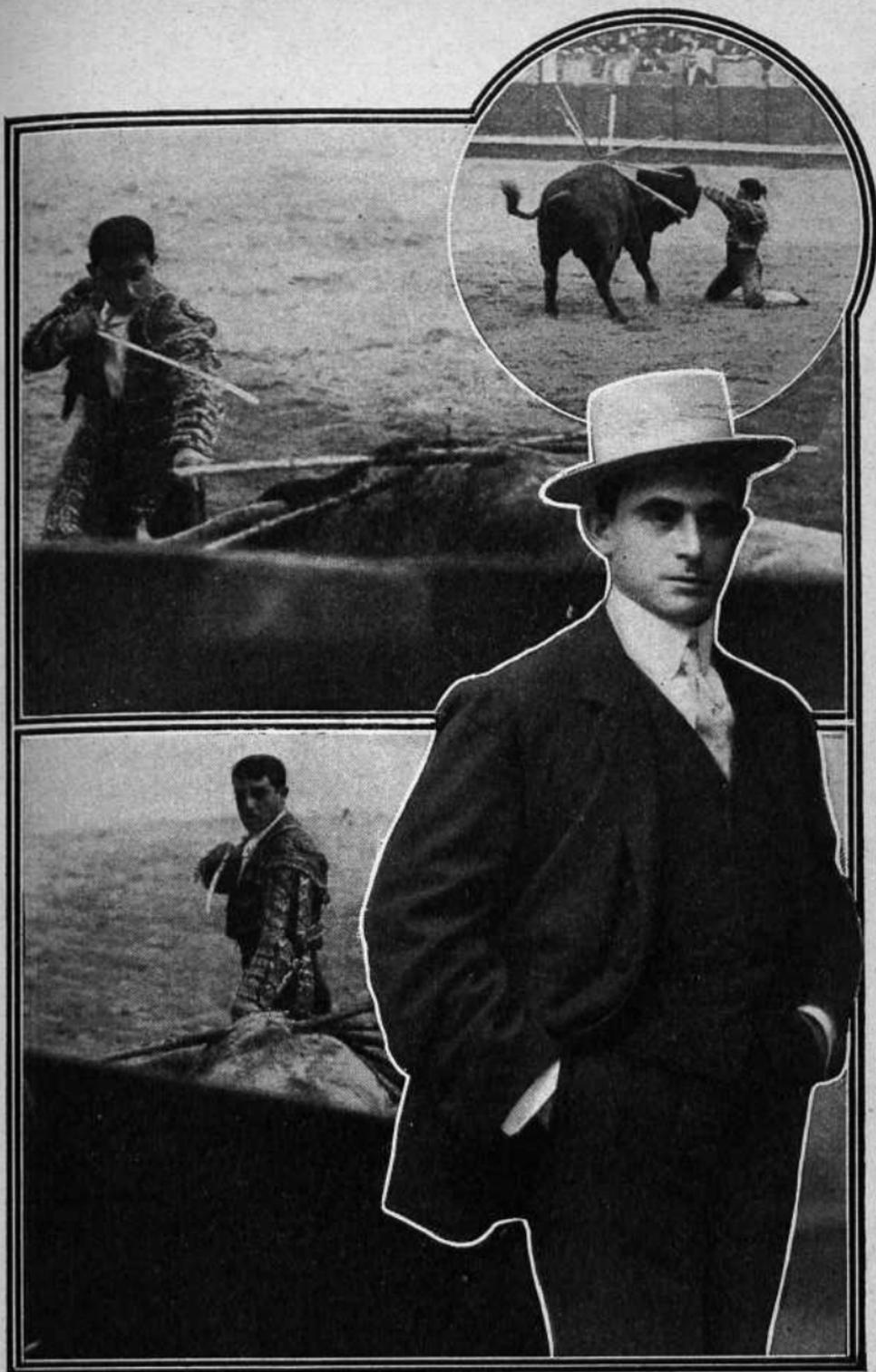
El expediente para conceder al esforzado paladín de esta hazaña el premio á su valor quedó formado; se hicieron las gestiones, la cruz de Beneficiencia fué con justicia concedida, y el dia 20 de Octubre, en un banquete dado á «Machaquito» en el Restaurant Francés por sus admiradores, para despedirle en su primer viaje á tierras mejicanas, su padrino, ¡más bien padre! señor Hurtado de Mendoza, que había regalado las insignias, las entregó á Clemente Peláez, que en la hora de los brindis las colgó del pecho del torero campeón, entre los aplausos y vítores de los noventa comensales.

«Machaquito» se sentía agobiado por la visibilidad de aquella insignia; su modestia ponía un rojo obscuro en su morena tez; mientras *Dulzu-*

ras recitaba en uno de los brindis unas quintillas encomiásticas, el torero cordobés se despojaba calladamente de la cruz y la guardaba en su bolsillo.

— Una cruz está *güena* pa con *frá*.

«Machaquito», el héroe de Hinojosa, aparecía en los *menús* de aquel banquete retratado con el airoso calañé y la chaquetilla de terciopelo grana.
¡Los buenos tiempos del toreo!



Cómo es y cómo mata "Machaquito,,,

CAPÍTULO V

El primer club machaquista. — La Trastienda. — 1903-1906.

¡Prim! ¡Don Juan Prim!

¡El mejor! ¡El único!

Había que ver el jaleo que armábamos en aquella tiendecita estrecha, cuya trastienda, repleta de cajas con botas y zapatos, y de las dimensiones *todo lo más* del interior de un tranvía cangrejo, era el *salón de juntas* del Club taurino más ruidoso que en Madrid se formara.

¡«Machaco»! ¡No había más que «Machaco»!

Aquel Club, aun cuando sus *socios fundadores* militaban en todos los partidos, tenía, sin embargo, la nota machaquista, porque los partidarios del diestro cordobés eran los más.

El banderín de enganche, lo sostenía el encargado de la zapatería, Andrés Fernández, un mozo cordobés de pura cepa, con más labia que *er zeñó*

Castelá, y oportuno en la frase y gracioso en el concepto como pocos.

Hablar con él, era pasar un rato en franco regocijo.

— ¡Zi los partidarios de tu torero cabéis tóos en una berlina! — le decía cierto día á un amigo de un contrincante de «Machaco». — Y no podía expresar más gráficamente el poco partido del torero. Antonio Sáez, dueño de la zapatería y aficionado entusiasta al arte de los toros, se le caía la baba oyendo hablar á Andrés y viendo cómo aumentaba la parroquia.

¡Las mocitas pintureras que iban allí buscando estuches para sus pies pequeños, sólo por oír las agudezas del cortés dependiente!

¡Eran legión! ¡Y lo más elegante, y lo más *chic*, y lo más lindo y bello de Madrid! ¡Palabra!

¿No os acordáis de esta zapatería? Estaba situada en el núm. 43 de la calle de Alcalá. Una casita estrecha, con una tiendecita coquetona en que había que bajar dos escalones para entrar, que hoy ha venido á tierra para dejar paso al progreso, ¡son los tiempos! representado por ese palacio fastuoso del Fénix Español, que tiene ese remate tan *alado*, en el que el Icaro del seguro se agarra fuertemente á un águila, para poner las primas por las nubes.

Un buen día, allá por el 98, se presentó en la tienda, «Bebe», el cojo, con un chaval *vestío* de corto y con postín torero.

— Mira, Andrés, aquí tienes al «Machaco».

—Hombre; ¿éste es el que con el chico de Juan ha hecho cuadrilla?

—Er mismo.

Y desde aquella fecha «Machaco» se pasaba las horas que quedaba en Madrid, desgastando el peluche de los divanes de la tienda; y Andrés Fernández, desde la grada 3, siempre que toreaba su amiguito, enganchaba el sombrero en su bastón, y alzándole triunfante, gritaba á enronquecer después de una de las enormes estocadas del pequeño, honrando así con su ideal político á su diestro.

¡Viva Prim! ¡Viva Prim!

Y en esta forma un año y otro, ¡hasta 12! ¡Si habrá dado estocadas «Machaquito»!

No hay para qué decir que en La Trastienda, que así se llamaba el Club famoso, el retrato mayor que entre los huecos de las cajas se veía, era el de Rafael González.

Sin embargo, no todos los socios eran del bando machaquista. ¡Había de todo!

Iban entonces á la reunión torera; *Dulzuras* y Pascual Millán, que de vez en cuando llevaban lo *suyo* por sus juicios escritos en el *Diario Universal* y *Sol y Sombra*; Joaquín Menchero, el célebre *alfrombrista*, terror de las coletas en el circo por sus voces á punto, criticando las faenas y no dejándose engañar. ¡Cuántos Mencheros harían en estos tiempos falta! ¡Ahora ni aun él! Don Braulio Alonso, íntimo de Rafaelito «Lagartijo», que veía en el muchacho, en toda su grandeza, la descendencia taurina de su tío. Los hermanos Pellón,

entonces ganaderos de fama; Paco Fabié, Gómez Torga, Ramoncito Guerrero, el aplaudido actor; Manolo García Gómez, literato de nota y que por aquella época empezó á acrecentar la fama de la ganadería de su abuelo, el renombrado Aleas; Clemente Peláez, el hermano de «Machaco» en amistad; Pepe Domínguez, Lobo, el actual abogado torero, yo que por entonces empezaba á escribir de toros, y algunos más.

Cuando acabó la lucha con «Lagartijo chico», hubo necesidad de buscar á «Machaco» contrincante; Ricardo Torres «Bombita chico» y él eran los dos que con más segura resolución llegaban á la cúspide. Los únicos en que el público veía los dos toreros de primera fila; entre los partidarios de uno y otro surgió, pues, la acalorada competencia, á pesar de que completamente opuestos, ambos á dos se completaban. El uno era mucho más torero que matador; el otro eminentemente más matador que torero; de ahí el que durante diez años hayan estado juntos sin perder cada uno su puesto natural. Pero como á los toreros que llegan á la cúspide, las multitudes que los elevan hasta allí gustan saborear de sus derrotas, era muy necesario encontrarles rivales que pudieran aminorar sus triunfos, contrarios á los que se les pudiera reconocer mejores aptitudes.

Todo el enorme pecado de «Guerrita» estuvo en esto: en que no tuvo rival, y en vez de luchar con un compañero que, como él tuviese tardes buenas y malas, luchó con todo un público que, con

injusta saña, le persiguió atrozmente, obligándole á retirarse del toreo.

«Machaco» en esto ha tenido más suerte: cuando el público comprendió, al fin, que «Bombita» y él no se podían destrozar, porque eran dos estilos diferentes, se le buscó el rival, se tanteó á «Pepe-te», se impulsó á Montes y, al fin, se dió con Vicente Pastor; pero ya en una lucha desigual, cuando el uno empezaba y el otro llevaba diez años de matar toros á estocadas! ¡Así y todo venció!...

Y vamos á La Trastienda. El número de socios aumentaba como por encanto. Había día en que se tenía que entrar por papeleta. Los diestros empezaron á afluir, conocedores del influjo de la pequeña piña. Los retratos firmados con expresivas dedicatorias llenaron las paredes. «Lagartijillo», «Guerrerrito», «Reverte», Fuentes... Un día, «Moreno de Algeciras» acudió al Club en árbitro de un pleito de antigüedad de matador con el entonces «Chico de la blusa». ¡Otra eterna cuestión!

La Trastienda crecía. Pero eso de la impenetrabilidad de los cuerpos nos fastidiaba. Ni las paredes daban de sí ni nosotros sabíamos laminarnos. Hacía falta ensanchar el local ó buscar otro.

Además, de cuando en cuando, en el calor de la discusión, salía un socio dando pases á la tienda, en donde una linda damisela le miraba estupefacta, mientras se hacía probar un par de botas.

— ¡Vais á ser mi ruina!— nos dijo un día Antonio Sáez.

!Nada, á buscar local! En la casa de al lado

se había establecido un *bar* elegantísimo, á estilo valenciano. Julita Fons, Riquelme, algunas tiples de nuestro género pequeño y algunos de los actores afamados acudían á él. El dueño, un muchacho francote y campechano, nos cedió el entre-suelo; en él instalamos el Club.

Se cerró el *bar* trágicamente, y nosotros fuimos á un principal de la casa de al lado, donde establecimos La Trastienda, ya con honores de casino.

Banquetas de manta jerezana, espejos, muebles; como trofeos taurinos, la cabeza del toro en que tomó la alternativa «Lagartijo» el abuelo, la del de «Guerra», una instantánea del «Espantero» entrando á matar un toro en la plaza sevillana como modelo del volapié perfecto, otra del «Guerra» matando un toro enorme de Martínez. Retratos de «Machaco»... ¡quedamos instalados!

En este Club, que ya tiene su reglamento y su Junta directiva, pasan para los machaquistas que hay en él los años del 903 al 907, en los que el ídolo alcanza los mayores honores y en los que asienta con firmeza su fama indiscutible de matador emocionante.

En él acaece un suceso que ha de pasar á la historia taurina.

Una tarde, Antonio Lobo y yo marcábamos al aire unos lances de capa *emocionantes*, casi tanto como los *vistosísimos* que ahora se estilan. De repente entró en el salón con el socio Varela un señor bajito y delgaducho, con un bombín enorme, y que se atusaba nerviosísimo un bigotillo negro.

Ver el señor nuestras *maneras* de torear, colocarse en el centro del salón y decirnos resuelto entre un asombro natural: «¡Así no se torea!», fué cuestión de un momento.

Aquel señor era «Minuto», que venía á Madrid á volver al toreo, y cuyo bigotillo cayó en aquel salón dos días después, antes de un banquete que ofrecimos los socios del Club, entre ellos «Machaquito», al afamado niño sevillano, cuyo toreo alegre y movido iba á resucitar.

Del lance de tijeras quedó la siguiente quintilla del maestro *Sobaquillo*:

No sabes lo que disfruto
dándote tu antiguo mote;
pero, hijo, serás muy bruto
si al quitarte ese bigote
no quitas moños, *Minuto*.

¡De esta Santa Gadea taurina salió de nuevo paladín este Sancho torero!...

* * *

Año de gracia de 1903. ¡España por «Machaco»! Los machaquistas andaban ya farrucos. En La Trastienda las discusiones se empeñan duras y decididas.

—¡Buen principio de año! Barcelona 12 de Abril. ¡Pobre «Conejo!», «Conejito», el valiente espada cordobés, tiene en la pierna un cornalón terrible. ¡Se va á morir! ¡En la enfermería no dan ya por su

vida media hora! Queda en el ruedo «Machaquito». ¡Venganza cordobesa! Los cuatro surgas que pelean con él aquella tarde mueren de cuatro estocadas y un pinchazo. ¡Así! Al de la fechoría le tantea una vez y luego le agarra por lo alto hasta la bola. Total, cuatro ovaciones, y con las suyas, cuatro orejas. «Moreno de Algeciras», que mató los otros dos toracos, puede contárselo á ustedes.

— Eso no es ná. Mira aquí. ¡Ya se entregó Pascual Millán!—dice un socio del Club oyendo ese relato.

— ¡Siendo imparcial no hay más remedio!

— Día 4 de Junio. Seis toros de Veragua mano á mano con Fuentes, en Madrid.

— ¿Y toreo?

— En la reseña del segundo afirma Don Pascual que dió cuatro pases naturales en redondo, como no los mejora Curro Cúchares; pero como no puede, como se le tiene por mal torero siempre, asegura al final: «Machaco» no torea, pero mata, y está valiente como un jabato; si sigue así y suprime el paso atrás, tendremos en él un pequeño Salvador.»

— ¡Ya le comparan con «Frascuelo!»

— ¡Y es Millán!

Saltaban de alborozo.

Aquí se inicia la competencia con «Bombita».

— ¡El rey de los toreros! — ¡Ya *quien* echarle bombas!

Cincuenta y cuatro corridas torea en la temporada; de ellas siete en el abono de Madrid; en la 4.^a

de abono estuvo mal; toreaba con Luis Mazzantini y Ricardo Torres, reses de Cámara; pinchó bastante en su primero, y le mandaron un aviso.

En las demás salió en todas triunfante; en todas, por lo menos, mató superiormente un toro; muchas veces hasta olvidó el paso atrás. Pascual Millán dice de él, en la 5.^a de abono, refiriéndose á su primer toro:

«Machaco» comienza pasando con la zurda, solo y parando de verdad; da un pinchazo, y luego, arrancando muy en corto, muy derecho y *sin paso atrás*, metió una estocada hasta los mismos gavi-lanes, que hizo polvo al cornúpeto.»

Los de La Trastienda siguen las peripecias de la lucha con «Bomba» en este año.

—¡No se la va á ganar! ¿A que se lleva el gato al agua? ¡Prim!

Muchos hacen la maleta y se van tras el héroe; los telegramas, tachados de imparciales cual ninguno, ¡cómo no!, se ponen en una tablilla del salón.

«Toros mansos... «Machaco», superior; dos orejas.—*Fulano.*»

—¡Viva Prim, viva Prim!

—¡La gana!

El *Don Jacinto* trae su núm. 20, graciosísimo: una gallera, dos gallos de pelea, con las caras de «Bomba» y «Machaquito», y azuzándoles, Andrés Fernández y Eduardo «Belluga», el íntimo del diestro de Tomares.

—¡El mío vale por 10!

—¡Y el mío por 50!

La gallera representa el ruedo de Santander, en cuya feria van á pelearse los dos gallos del actual toreo.

En el pie del grabado va la cuarteta siguiente:

Entre «Bomba» y «Machaquito»
están hoy las opiniones;
veremos á ver quién tiene
de los dos más espolones.

— Yo no sé cómo estarían afilados los espolones de «Machaco» en esa feria. Los aficionados de Santander dijeron que las corridas habían sido superiores. En *Sol y Sombra*, P. P. asegura que «Machaquito» cortó en las tres tardes ¡cuatro orejas!

— ¡En la cresta!

Y ¡siempre decidido, y dejándose romper las pecheras de sus camisolines por las puntas de los pitones!

— Veintinueve pecheras le llevo ya arregladas en esta temporada—decía el camisero de Rafael, un simpático industrial muy aficionado á los toros.

— ¡Estábamos por la mitad del año!

Y llegó á Córdoba, su tierra; ante «Guerrita el Poderoso» tuvo consagración de gran torero.

— ¡No iba á llegar!

Escamilla Rodríguez, el escritor cordobés, dice de él, en la tercer corrida, después de ponderar su valor en las dos tardes anteriores:

«Excelentísimo señor «Machaco»—¡de excelencia pa arriba!—Su faena en el tercer toro fué de lo más hermoso que hoy se ve; hubo quien lloró de

emoción. En aquel cuerpo tan pequeño parecía estar encerrado el espíritu de «Maoliyo el Espartero». El niño, ensanchándosele el corazón en el pecho, llegó á la cara del Andrade, hincó las rodillas en tierra, y dió un soberbio pase (¡luego lo repitió en Madrid, y se le llamó loco!); púsose en pie, y metido entre los pitones, dió á continuación ¡tres pases de pecho! tan ceñidos, que los cuernos rozaron la chaquetilla.

Se perfiló, metió el hombro, y se dejó caer con un estoconazo magnífico.

Se le concedió la oreja. Un amigo que le había visto torear en Madrid los Veraguas, dijo:—¡No cabe más!»

—¡Y no cabía! Buen torero. ¿Por qué no? ¡Había que reconocerlo!

En Málaga, el 11 de Junio, estoqueando reses de Arribas, inicia con «Montes» aquella lucha que luego se hizo sorda y cruel.

En el cuarto, un toro burriciego, le mete al encuentro un volapié colosal, saliendo el toro y el torero, cada cual por un lado, dando vueltas. En medio de una ovación fenomenal marcha á la enfermería.

Y vuelve allí el 19 de Julio con «Lagartijo chico», su compañero novillero, y mata tres de Pablo Romero con tal arte, que le hace decir al corresponsal de *Sol y Sombra*:

«El papel «Machaquito» ha subido algunos enteros, porque hemos visto lo que no esperábamos: al «Machaco» torero, que matador ya le conocíamos.»

—¡Torero! ¿Por qué no?

—¡Arriba, arriba!...

Como se ve, «Machaco», el *mata-toros*, empieza á hacer faenas de torero excelentísimo.

En medio de los triunfos tiene también algún fracaso. «Machaco» da pruebas de que su valor es un valor verdad, sereno y reflexivo; cuando tiene que estrechase con los toros se estrecha sin recelos.

Aquí, á Madrid, viene hacia fines de Septiembre, lastimado, de Hellín, donde el segundo toro de Félix Gómez le dió un porrazo muy fuerte en el pecho.

En el Club, lamentando la muerte del «Reverte», acaecida el 13 de ese mes en el Sanatorio del Rosario de esta corte; ante un retrato que el diestro infortunado envió á la reunión dos dias antes de morir, y en el que puso su última dedicatoria: «A los socios del Club taurino La Trastienda.—Madrid, 10-9-903. — Antonio «Reverte», un amigo de la *parte de allá* (léase bombista) le pregunta, con la intención de un toro de Miura:

—¿Qué te ha pasado en Cehegín?

Lo de Cehegín fué uno de esos fracasos gordos que tienen los toreros; en las tertulias de aficionados y hasta en la prensa se comentó la cosa con exageraciones, como siempre que la bola de alguna fechoría corre de boca en boca.

El mismo «Machaco» hace el resumen imparcial y sincero de aquella tarde desgraciada:

«Veráis ostedes. Debíamos matar seis toros de

Carreros, «Pepe-Hillo» y yo. En los primeros cuatro toros marchó la cosa bien; á él y á mí nos aplaudieron mucho, y hasta nos dieron una oreja á ca uno; pero zalió el quinto, un mal ange, con las de siete gatos en er buche, y aquello fué er delirio. Pa parearlo pasaron las *morás*. Cayetano agarró la *espá* y salió pa matarlo. A los dos pases le había ya *tirao* el morito dos gañafones, de los que está uno viendo la corná: se perfila, por fin; va á arrancar, le desarma la res, y al caer el estoque le hace una cortaúra pequeña en un deo y se me mete dentro. Yo, que me jamo la partía, voy detrás. — Hombre, ha er favó. — Ni á tiros. El médico se lo dice también; no hay forma; me llego al presidente. — Señó presidente, puesto que el mataor no lo quiere matar, que lo echen al corral. El presidente comprende mi razón; pero no hay mansos ¡ni corral! ¡Se arma la bronca padre! El público empieza á tirar piedras. El presidente ordena que fusile la res la Guardia civil y el capitán se opone.

«Telillas» dice que él la quiere matar desde el caballo, y montado en un penco, con una *espá* en la mano, le tira dos viajes que no *la logran*. «Camará», Luis, mi mozo, y mi hermano José, echan mano de *espás* y de puntillas, y se arma una de lancetazos, hasta que er «Camará», desde la valla, mete dos tersios de *espá* por el *coillo*.

«Machaco» calla. El curioso indiscreto sabe con todo lujo de detalles cuanto quería saber. «Ma-

chaco» mismo lo refiere, y ya, para que no quede nada por decir, da gusto al enemigo relatando el final al cabo de un momento:

«Pero no fué eso lo malo; con el broncazo ar-
mao, salió el último toro. No tuve suerte en él, y
el público se puso ya imposible. Al salir nos encon-
tramos con la puerta cerrá. Pepe el Largo quíe
echarla abajo con la garrocha, pero no lo consi-
gue. Nosotros, que no podíamos perder el tren,
pues al día siguiente teníamos que torear, no ve-
mos más camino que saltar por las tapias, y ves-
tíos de toreros y á campo atraviesa llegamos á la
estación casi en el mismo momento que iba á arran-
cá el exprés. ¡Zeñores, las que pasé aquer día! ¡Yo
es la tarde en que he sentío más chillfos!»

La verdad que acaba de poner «Machaquito» á
su relato sincero, desarma al contrincante.

— ¡Qué importa una tarde como esa teniendo
otras sesenta superiores!—dice, reconociendo mé-
ritos, — ahí tenéis lo que dice hoy, en la reseña de
Bilbao, Juanito Carrión: que tuviste en la tarde del
26 de Agosto, mano á mano con Fuentes, tres
ovaciones delirantes.

Andrés Fernández, cuando «Machaco» ha sali-
do con Peláez *pa jasé un mandaito*, dice, cortan-
do la discusión que se ha iniciado sobre el valor
taurino del cordobés ó de «Bombita»:

— Miren ustés el contrato que ha firmao este *in-
feliz novillero* el 22, *pa Méjico*;—y lee, dejándo-
se caer donde conviene:

«El matador de toros Rafael González «Macha-

quito», se compromete con la Empresa de la plaza de toros de Méjico, y en la temporada de 1903 á 1904, á torear *seis corridas* en la cantidad de 15.000 *duros* españoles y *un beneficio libre*, debiendo percibir como anticipo 3.000 *duros antes de su embarque*, y lo restante, una vez toreada la cuarta corrida de las seis por las que queda contratado; quedando obligado á llevar tres banderilleros y un picador. Una vez cumplido en todo el contrato, queda en libertad para ajustar nuevas corridas con las demás Empresas del país, siempre y cuando estos ajustes se hagan en plazas que disten *diez* leguas de la plaza de Méjico. Embarcará el 10 de Octubre próximo.»

El año lo cierra «Machaco» en Barcelona el día 4 de Octubre, matando con «Bonarillo» reses de Pablo Romero. *Franqueza*, al hacer el juicio crítico de su trabajo, dijo que se le vió toda la tarde con ganas de embarcar.

¡Méjico! La ilusión de «Machaco», donde él pensaba alcanzar la opulencia soñada. En un cuarto de Fornos, de esos famosos reservados en que el Madrid de bullanga y de tronío grabó sobre espejos y paredes la lista de sus amores fáciles, reunió el cordobés, en despedida, el día 2 de Octubre á sus amigos íntimos.

Allí estuvieron Chaves, y Muñoz, y Loma, y García Vao, Peláez y Carrión. *Juan Chanela*, que entonces reseñaba en *El País* las fiestas de los toros, brindó por «Machaquito» en estos términos:

— ¡Por que ganes allá con suerte tantos billetes

grandes como veces te han rozado la ropa los pitones!—¡Ambicioso!

¡Rafael, nuevo argonauta, hacía su primera expedición!

*
* *

¡Vamos *pa* arriba!

Ochenta corridas. ¡191 toros estoqueados! ¡Cómo se le cansaría la mano al amiguito! Pues bien: de esos 191 toros, ¡110 lo han sido, respectivamente, de una sola estocada! ¡Una estocada de esas estilo «Machaquito»! Derecho como una vela hacia el morrillo, cortando los pitones las pecheras de su camisolín y arañando en el morrillo con la mano, como buscando el Gran Mogol. ¿Puede decirse en menos líneas el éxito de Rafael González en su temporada de 1904?

Su valor salva todos los obstáculos; su fuerza de voluntad todo lo vence. Se le critica por esta afición neo-modernista que ahora, en el año de gracia de 912, eleva altares al miedo; que sea con frecuencia tan valiente; que le tropiecen los toros demasiado. Y efectivamente, á «Machaco» le echan *mano las reses*, pero no le pueden herir porque sus estocadas son mortales.

En La Trastienda hay las grandes peleas sobre él.
— ¡Es un trompo; le va á matar un toro!

— Señores, ¿pero es que no os acordáis? A Rafael, el divino «Lagartijo», el artista, el coloso, cuando estaba en la edad de éste y empezaba á llegar, ¿no le cogían casi todas las tardes los moritos?

¿No fué una frase suya: En mis comienzos andaba más tiempo por el aire que en la plaza?

—Pero, señores, ¿cuánto tiempo hace que Guerra nos dijo á éste y á mí (éste, era el señor Varela) después de sacar la pechera de la camisa rota de un pitonazo al entrar á matar en la penúltima corrida que en Madrid toreó: «Aquí en Madrid no están á gusto zi no ze deja uno enganchá por el pecho»?

—Pa consentir á los toros hay que dejarse coger, y er que les tenga miedo que entre en La Trapa...

La viril fiesta de los toros tiene en «Machaco» un paladín de mérito. Una tarde, víspera de una corrida en que el diestro cordobés, para deshacer habladurías injustas, pide toros de Palha (se decía que en otra corrida anterior no había querido torear por miedo, reses del ganadero portugués) para lidiarlos con «Montes», Parmeno, el amenísimo cronista, y algunos amigos más, estábamos reunidos con «Machaco» en el Lion d'Or. Se comentaban los éxitos del diestro, y «Machaco» tuvo una frase exacta de su visión del arte del toreo:

— ¡Pa ser güeno hay que roar por los morrillos!

A la tarde siguiente, en el segundo toro (en vista de que en el primero la cosa no se había dado muy á su gusto, á pesar de que obtuvo una ovación matándole), *roó*; al entrar á matar le enganchó el Palha y le dió un puntazo en la muñeca.

Este año, que marca en él su avance firme y de-

cisivo, pues de trece corridas que torea en Madrid, mata once toros de un modo superior, tiene para él una fecha de recuerdo tristísimo.

El 26 de Abril fallece en Córdoba su amante madre, doña Rafaela González Madrid. «Machaco», que acaba de torear el 24 en Barcelona y está de paso en Madrid, recibe aquí la mala nueva, y, extraña coincidencia, el mismo día 26 muere también en Córdoba la madre política de su hermano en el arte, Lagartijo. ¡La adversidad también los une!

«Machaco» tiene ese día el desconsuelo más intenso. Huérfano de padre, al que no conoció, había concentrado en su madre todos sus cariños, todas sus amistades, todas sus ternuras. Si empujaba, si iba hacia arriba, llevaba por única alegría el rodear á su madre del lujo en que soñó.

— Ya verá osté, mama, er día en que la merque un coche.

Y el día llegó, y Rafaelito compró en 2.500 reales una jardinera preciosa, y sintió por vez primera el orgullo legítimo de ser torero famoso cuando vió que dos jacas alazanas, cascabeleando alegres, arrastraban el coche en que su madre, propietaria, daba el primer paseo de burguesa.

— ¡Ya verá osté, verá osté er día en que tenga osté su casita!

Y la santa mujer, que rezaba ante la Virgen de la Salud *toos los dias pa que saliera en bien su Rafalito*, dió un adiós á la vida en aquella casa propia prometida, que había comprado Rafael en

el año anterior, en 45.000 pesetas. Casa famosa, porque en ella hizo el «Guerra» su carrera taurina tan brillante.

Fué ordenado, metódico; guardó, sin tener rumbos de torero genial y manirroto, á antigua usanza, «cosa que le quitó muchos adeptos», por la intensa alegría de ver cuanto antes á su máma rodeada de lujo y bienestar.

Murió su madre, y no tuvo ni aun el consuelo de recoger el último latido de su vida. Llegó á los funerales acompañado de su padre en carruaje, Hurtado de Mendoza, y regresó á Madrid, donde el día 1.º de Mayo tenía que torear.

Y he aquí, en dos tardes seguidas de este año, la derrota mayor y el mayor triunfo que ha tenido «Machaquito» torero.

En la primera tarde, en el día primero, sale «Machaco» á torear reses de Pérez de la Concha con «Lagartijillo» y «Montes».

En su primero, tercero de la tarde, el cordobés quedó de un modo superior. Millán, en *Sol y Sombra*, dice de él: «Su faena resultó monumental, toda hecha con la zurda. ¡Bravo! Después la coronó arreando una estocada inmensa, metiendo el nene hasta el segundo apellido, como dice «Guerrita». ¡No caben más agallas! Esto me hace olvidar hasta el paso atrás».

Pero en el otro, afirma:

«Aquel Marengo tuvo su Waterlío. En el último toro borró la magistral faena del tercero con una brega indigna de ningún torero que se estime...

El animal murió infamemente asesinado después de recibir «Machaco» dos avisos».

Dulzuras, en *Toros y Toreros* de aquel año, dice de este tropiezo: «Fué una de las faenas más desdichadas que hará en su vida torera; y menos mal que lo vió arrastrar, pues faltó poco para que el disgusto fuera completo».

Aquella noche, en La Trastienda, los *contrarios* comentaban irónicos:

— ¡Pobre hombre! ¡Si casi fenece de un pisotón del buey! («Machaco», en una huída, cayó bajo la res, perdiendo el añadido.)

Los machaquistas casi no nos atrevíamos á hablar de la hermosa faena en el tercero, ni de que el toro del desastre tenía la cabeza por las nubes; era muy alto de agujas, estaba muy entero y era manso *der too*.

Además, lo que decía Pascual Millán también.

«¿Y qué decir de aquella cuadrilla atemorizada, con un miedo monumental, capaz de afligir al mismo Rodrigo de Vivar?»

Un *mal ange* de la reunión colocó el retrato de «Machaco» aquel día á la altura del zócalo. Nadie se atrevió á retirarlo.

¿Cuánto tiempo iba á estar así? ¡Con «Machaquito»! Rafael, todo nervio y pundonor torero, valor y vergüenza profesional, á las veinticuatro horas siguientes estaba desquitado por completo. ¿Cómo? ¡Fíjense ustedes!

El 2 de Mayo, fiesta de los valientes, el Daoiz del toreo defendió heroico su pabellón glorioso. El

toro *Boticario*, de Ibarra, enorme de tipo y de pitones, bravo y noble, honor de una ganadería, fué lidiado en la plaza de Madrid de tal modo, que se ha de recordar entre las faenas más completas que en esta plaza se han hecho.

En ese día se celebra la sexta de abono con reses de Ibarra para «Montes», «Machaco» y «Lagartijillo chico». En el primer toro da «Machaquito» una estocada de las suyas, y le hace decir á Millán (cito á Millán muy á menudo porque, de aquella época, era el revistero taurino más exigente): «Al ver este arrojito y tal enjundia, cuando les hablen á ustedes del Campeador, de Pérez del Pulgar ó de Cortés y de otros tíos con riñones, sonríanse ustedes. «Machaquito» los deja á todos en mantillas».

Y sale *Boticario*. Un ¡oh! de asombro recorre los tendidos; los enormes pitones de la res atemorizan á los más valientes é inquietan el ánimo de los espectadores. El toro sale bravo. Molina, aquel famoso Molina que pasó de «Guerrita» á «Machaquito», le da cuatro puyazos con su arte y estilo, que le valen una ovación justa y unánime. «Patatero» y «Mojino» le clavan cuatro pares de zarcillos sencillamente colosales. Córdoba la sultana tiene un ¡viva! estentóreo de los espectadores entusiasmados. «Machaquito», de luto riguroso, traje de seda negro con borlones de seda y azabache, que estrenó la anterior tarde, primera de torero en su orfandad, sale á matar cuando aún la gente bate palmas en honor de los suyos; paso

á paso, con la muleta en la mano izquierda, llega á la cara del elefante, Rafael, da el primer pase alto, uno de pecho monumental que hace lanzar al público un ¡olé! estrepitoso, dos naturales corriendo la mano con estilo y parando los pies; y arrancando derecho, llegando con la mano al pelo del morrillo, mete en todo lo alto de él el volapié más colosal que registra la historia del toreo. «Machaco» salió por la cola con sin igual limpieza; la mole, pulverizada, dudó un instante, tuvo un ligero balanceo, y dió, á los pies del diestro, sus patazas al aire, como los brazos de un gigante que aclamase así á su vencedor.

«Asombroso. Hoy no hay quien mate así — dice Millán. — Hacía mucho tiempo que no aplaudía en la plaza, y el domingo jaleé á «Machaquito» como en otros tiempos jaleaba á los colosos del toreo».

En la plaza, trece mil bocas gritaron entusiastas, y la lidia del toro *Boticario* quedó fija como modelo en el recuerdo de la afición de la época.

Aquella noche, en La Trastienda, decía un machaquista:

— Hacer en el salón un *bujero* en el techo, y colgar el retrato de «Machaco» de aquella estrella — y señalaba la Osa Mayor, en el sistema planetario.

En este año va á Sevilla, donde no había toreado desde aquel día aciago de su presentación con la cuadrilla cordobesa.

Rafael, años después, de espectador en este circo, en la corrida donde hizo su presentación de

matador de toros Vicente Pastor (feria de Abril de 911) me decía, añorando recuerdos de su triunfo:

— No sabes lo que á mí me hacía pensá aquella tarde; con desirte que en dos meses antes no hise más que dar güertas en el catre. ¡Como que me acordaba del día único que había toreao aquí, en que el pobre Rafalito «Lagartijo» y yo tuvimos que salir de naja pa la estación como si hubiésemos hecho un asesinato! A los toreros de mi tierra nunca los han querío aquí mu bien. ¡Yo, por un lao, temblaba al presentarme, y por otro, lo estaba deseando! En este Sevilla toman las cosas á lo mejó á chuffa, y... ¡habían venío conmigo la mar de aficionaos de Córdoba!

— Tiés que triunfá.

— San Rafael le tié que dar un baño á San Fernando.

— Te tiés que desquitar de lo que te ha jecho en Méjico ese guasón de la mealla.

No puedes figurarte las cosas que escuché. Llegó la tarde, se celebró la segunda corrida de la feria en 19 de Abril; toreábamos reses de Moreno Santamaría, y alternaban conmigo «Bombita chico» y «Gallo».

Hicimos el paseo y me tocaron palmas. ¡Cómo estaba la plaza! Jasta la reina de Portugá sonreía en un parco... Y salió el mío, un toro negro listón, de mu güen tipo... Cuando tocaron á matá tenía yo los nervios dándome gorpetazos. Salí, estaba el toro franco y nobloté; en los tercios del 5 le llegué con la izquierda, corrí la mano, le paré, me

igualo, y sin acordarme de más sino que tenía que meter toa la espá en el morrillo, tiré pa alante con coraje y el animalito salió dando volteretas. La ovación que me dieron la recordaré toa mi vida. Ha sido uno de los días que man sonao mejó las parmas. ¡Lo mío estaba desquitao!

—¡Tú ves ahora..., más gente y más ruío! ¡Ni una chuffa!

Pastor estaba toreando á un toro de muleta; á nuestro lado una dama madrileña, esa genial Gloria Laguna, *bohemia aristocrática*, ingeniosa y sutil como un abate versallesco, ocupaba un asiento de barrera.

Un golfillo vendedor pregonó la mercancía que mostraba en un canasto al brazo.

— ¡Camarones! ¡Avellanas! ¡Chochos!...

— Niño, trae bocas — dijo la dama sonriente.

— *Bocas...* no tengo, za acaban de acabar... y en seguida, galante, deseoso de hacer un epigrama en su cumplido, dijo guiñando un ojo picaresco y señalando la boca rasgadísima del diestro madrileño:

— Pero... aspérase á osté, que le ví á traer á Vicente Pastor.

¡La chuffa sevillana!

El 904 en Sevilla, refiere *Pánico*, el correspondiente de *Sol y Sombra*, fué el trabajo del cordobés en aquella feria: «Buenísimo el de la primera tarde y bueno los dos días restantes.»

Ese año torea en este coso, rival por diferencias en escuelas del de Córdoba, cuatro corridas más:

una el 11 de Mayo, con Montes, que presidió el rey Alfonso XIII; otra el 2 de Junio, con «Galilito», y las dos de la feria de Octubre, con Montes y «Chicuelo».

En Santander, en la tarde del 25 de Julio, en una corrida de Miura, en que Molina, el picador, «Maera chico» el rehiletero, y «Parrao» el matador van á la enfermería; — ¡los toros de la divisa verde y negra!—mata «Machaco» el toro de ese año, un hermoso ejemplar, negro zaino, de muchos kilos y pitones, que atendía por *Violeto*, y que después de tomar 11 puyazos y dar nueve porrazos estupendos, fué muerto por el espada cordobés de un volapié fenomenal, despacioso, recto... volapié Machaquito; ¡la marca ya es acreditadísima!

En Bilbao, el 23 de Agosto, alternando con Fuentes y «Bombita», da en el sexto toro de Saltillo, un cárdeno de libras y respeto, la nota de emoción que destaca desde el primer momento su personalidad torera.

«Bombita» había tenido una gran ovación en el quinto; ¡él no podía ser menos! ¡Qué se diría en La Trastienda luego! En el toro siguiente cogió las banderillas y se hizo ovacionar en dos pares al cambio y uno al cuarteo, y empuñó los trastes de matar y salió decidido á que las palmas no callasen. En el primer pase el toro lo engancha por la ingle, lo tira al suelo, le ve en él, le acomete; «Machaquito», que no pierde un momento la serenidad, levanta la muleta sobre su cabeza y salva la tarascada con ese pase original, quedando

debajo del vientre de la res, que le patea furiosa; el espada se da cuenta de su situación crítica, se coge fuertemente á las dos manos delanteras de la fiera, que babea de rabia al ver que no puede cornear lo que desea. La cuadrilla acude al quite; José «Machaco», el primogénito de aquella dinastía, se agarra al rabo de la res y hasta le muerde ciego de furor; aquella lucha entre una fiera y cuatro hombres emociona á tal punto, que en los tendidos la gente ni aun á respirar se atreve. Por fin se aparta al toro, «Machaco» se levanta, deshecho el traje y la camisa, la cara ensangrentada, pero ileso; se va á la valla, empuña otra muleta, se mete otra vez entre los cuernos, y con emocionantes quiebros de cintura, saltando en cada envite un alamar de su traje de luto, logra rendir al animal, y, viéndole cuadrado, arranca recto y atiza una estocada hasta lo rojo, en lo alto del morrillo.

En Bilbao, esa faena se recuerda como la de más emoción hecha en aquella plaza.

Y así; muy bien en unas partes, mediano en otras, las menos; emocionante, pundonoroso y decidido siempre, torea este año las 80 corridas que hemos dicho, pierde siete por algunos porrazos, y alterna en Méjico en 14. -Total, las 101.

Hasta esta fecha, tal número de fiestas en un año no las ha toreado diestro alguno. ¡Ni aun «Guerri-ta» el inmenso!

El cuadro estadístico en que se cogen estos datos trae también los siguientes de las reses es-

toqueadas por «Machaco» desde que tomó la alternativa:

Año 1900.....	19
» 1901.	131
» 1902.....	120
» 1903.....	139
» 1904.....	235

En La Trastienda, un machaquista pone al resumen la nota de pasión: «235 reses en un año; 200 muertas á estocada. ¡Que resucite Salvador!...»

A las corridas de toros se les va á dar en este año *media por las agujas*, como decía «Zurito», por el partido conservador. Si se lleva á ellas la ley de descanso dominical, la fiesta está perdida. «Machaquito» se muestra campeón decidido en la defensa del festejo, y su Club, La Trastienda, toma parte activísima en la campaña, abriendo su local para que en él se reuna la Comisión organizadora del mitin, que habían propuesto los buenos aficionados y hoy escritores taurinos señores Mínget y Trabado.

En La Trastienda, á fines de Octubre, se nombra la Junta organizadora del acto, que se celebra el primer domingo de Noviembre en los antiguos Jardines del Retiro (hoy nueva casa de Correos).

La Junta nombrada lleva el peso de las siguientes firmas:

Por los políticos: Don José Canalejas, conde de

Romanones, marqués de Portago y don Rodrigo Soriano.

Por la Prensa: Señores Moya, Cavia, Millán (Pascual) y Muñoz.

Por los ganaderos: Señores duque de Veragua, Aleas, Esteban Hernández y dos de los andaluces, nombrados entre la Comisión que de aquella región asistirá al acto.

Por los iniciadores: Señores Minget, Trabado y el diestro «Tortero».

Por los toreros: «Lagartijillo», «Quinito», Fuentes, «Machaquito», «Cocherito de Bilbao» y «Regaterín».

Al mitin concurren luego, en la mesa presidencial:

Por los ganaderos: Hernández (don Esteban), Pellón, Aleas, Becerra y Flores.

Por los toreros: «Lagartijillo», «Quinito», «Algabeño», «Lagartijo», «Machaquito», «Guerrero», «Cocherito», «Regaterín» y «Tortero».

Por la Prensa: Rebollo, *Dulzuras*, N. N., *El Barquero*, Tinito, Juan Chanela, Serrano, Carrion Ibáñez, *Don Modesto*, Recorte y yo.

Y por los aficionados: el maestro Chueca y señores Díaz Valero, Senra, Regino Velasco Bas, Oyarzábal, Minget, Trabado, Monje y Jimeno.

El señor Canalejas envía una atenta carta adhiriéndose al acto.

«Machaco» viene aquel mismo día á Madrid en el expreso de Andalucía. La batalla se gana. La Empresa de Madrid está de enhorabuena. ¿Dónde

va á ir la gente que cierra los domingos? ¿Dónde se va á meter para matar las horas de la tarde? ¡En los toros! ¡En la fiesta que nuestro carácter aventurero y bravío encuentra más á tono!

«Machaco» y el Club de La Trastienda tienen para los empresarios de este circo taurino derechos adquiridos á su agradecimiento.

¡La fiesta va á empeorar; pero se van á enronquecer sus instrumentos!

Como himno á la libertad torera conquistada, queda este que el estro de *Sobaquillo* llevó al ardor de la pelea en labios de los aficionados luchadores:

Himno de la libertad torera.

(Música del «Himno de Riego».)

Salvemos, salvemos,
la española lid:
¡juremos por ella
vencer ó morir.

I

Cuando el arte de Montes y el Tato
hasta en Francia se ve prosperar,
en España un puñado de ilusos
con el arte pretende acabar.

Si al revuelo de cuatro manteos
hay quien quiere matar la afición,

los patriotas estamos al quite,
defendiendo el toreo español.

Salvemos, salvemos, etc.

II

Para alivio de nuestras desgracias,
se nos manda escuchar en Madrid
el run-run del piporro eclesiástico
en lugar del alegre clarín.

Pero el chasco que van á llevarse
los del figle, va á ser de chipén;
por un cuerno que ahora nos quiten,
la afición les pondrá más de cien.

Salvemos, salvemos, etc.

¡La fiesta se salvó!

*
* *
*

¡Pamplona! ¿No has estado, lector, durante las tradicionales fiestas de San Fermín, en la ciudad de Sarasate? Los toros y los conciertos del prodigioso violinista, gloria de nuestra España musical, constituyen el *clou* de los festejos típicos.

La noble y sugestiva figura de D. Pablo, figura de canciller germano, ancho bigote cano y rizosa melena plateada, preside en esos días el júbilo de su ciudad natal, y en los toros, en el paseo, en los conciertos, Pamplona entera depende de don Pablo, y en su honor parece que se ofrenda la alegría.

Las corridas de toros son en la capital navarra

de lo más típico que en la castiza fiesta puede darse. Los mozallones pamploneses, formales y sinceros, pierden en los tres días de corrida su seriedad normal; repletan sus blusones largos, que les dan apariencias de figaros modernos, con frutas sazonadas; echan sobre sus hombros el cordel de una bota de vino riojano; lanzan al aire, en infantil algarabía, sus diminutas boínas, que recorran las coronillas como abollados solideos, y en los tres días comen, cenan y hasta se acuestan en la plaza; corren delante de los toros en los encierros, toreadan los embolados y aplauden con locura sin igual las faenas de los diestros.

Las plazas de toros tienen todas un carácter distinto y especial.

La de Sevilla, achatada, amplia y limpia, con sus arenas, que dan al sol rayos de plata, es alegre y pinturera. La de Madrid, alta y señorial, es severa, de cátedra; la de San Sebastián, con las arenas rojas y las *toilettes* lujosas de su público *chic*, es aristócrata; la de Valencia, con sus brillantes colorines que aviva su sol fuerte, es ordenada en su bullicio; la de Pamplona, con su cielo gris, con su bullir desordenado, con su mezcla agradable de clases, donde la *sombra* y el *sol* de los tendidos se funden en un estrecho abrazo, es la más democrática, la más alegre, la más templada en sus rigores para con los diestros en desgracia.

Por ser original, está tan en la urbe, que los espadas, para ir á torear, salen de la fonda en que se

hospedan, á pie, con sus cuadrillas, paseando por las calles sus caireles, rodeados de golfillos y comadres, que, por lo menos, disfrutaban de la fiesta el color del traje de los diestros.

Este año 1905, en el 7 de Julio, fuimos camino de la plaza «Machaco», «Camará», «Mojino», «Pataterillo» y yo, que al pasar por la fonda me incorporé á los diestros. Y por ir con los trajes de luces, en un airoso contoneo, más parecía que íbamos, en salida de cuadrillas, á saludar á algún balcón frontero, donde unas caras primorosas asomaban por ver pasar á los toreros.

«Machaco» vestía un flamante terno azul y oro, que era la admiración de los aficionados á *paseo* que con nosotros caminaban.

—¿No se desteñirá?—le dije bromeando, al ver las nubes en anuncio de aguarnos la función.

—A ti sí que te se van á desteñir las manos aplaudiéndome.

—¡*Pa mí* que se exagera!

Aquella tarde, «Machaquito», toreando con «Bombita» reses de Espoz y Mina, tuvo tres ovaciones en sus tres toros, y salió en hombros de aquellos *chicos de las blusas*.

En las corridas siguientes, segunda y tercera y prueba de estas ferias, «Machaco», alternando con «Bombita» y «Lagartijo», mató los cinco toros de cinco colosales volapiés (véase *Sol y Sombra* de esa fecha).

Pero volvamos al paseo. «Pataterillo y yo, fuimos juntos charlando.

« Patatero », torero excelentísimo, apreciador inteligente de las toreras condiciones y de quien dijo « Guerrita » que « era un fenómeno de vista », me hizo juicio acabado del valer de « Machaco » en esta época y de su mediada temporada.

— Rafaelito ya está arriba, en las 6.000; se ha sostenido dos años en el primer puesto, y como está cá día más seguro, metiendo *espá* por el morrillo, pos ya agarró er carté pa toa la vía. Este año empezó con mala pata, después de toreá en Madrid el 25 de Marzo en la corria de la Prensa (fueron los toros de Saltillo, y torear en ella con « Machaco », « Minuto », « Conejo » y « Bombita chico »), en la que dió dos estocás, y lidiar en Oporto una corria, fuimos á Murcia el día de Pascua de Resurrección, y el primer toro de Miura, un mal ange, avisao y muy cornalón, le enganchó por la mano al entrar á matar, y le dió la corná que tú ya sabes. (La cornada fué de 12 centímetros de extensión, en la palma de la mano izquierda, con desgarramiento de tejidos; en esta fecha, « Lagartijillo », que alternaba con él, fué también enganchado en el segundo, teniendo que acabar el « Murcia », que estaba de espectador en un tendido, la corrida.) Por eso no pudo torear seis corridas que en Abril y Mayo tenía en el abono de Madrid, presentándose el 28 de Mayo.

— Sí, recuerdo; fué la tarde en que el sexto toro de Castellones dió la terrible cornada en el pecho al pobre « Chatín », cuando contigo pareaba.

— La misma.

— Pues en esa, bien mal quedó el amigo; pinchó seis veces y recibió un aviso; el guantecito negro que sacaba por lo de la herida de Murcia tuvo muy mal *arate*.

— Zuponte, con la desgracia del «Chatín», cómo estaría el hombre; pero yo te aseguro que ha sío en el único toro que en este año, hasta ahora, ha estao mal. En Aranjuez, en Córdoba, en Valencia, en toas partes donde hemos toreao, el cartel ha quedao. En Madrid, ya tú lo has visto. Acuérdate de aquel pajarraco, de Arribas, que en la extraordinaria, con «Minuto», le tocó en último lugar. Hasta Millán le dijo que no se pudo estar más valiente.

— Si, la cosa no va del todo mal.

— Sesenta y cinco corrías ajustás, y á dinero de primera figura; con que... ¡aciértame el envite!

El envite era ese «Machaco», quedaba primera figura indiscutible ya en cuatro años de alternativa. ¡Juego hecho! «Algabeño», «Quinito», «Lagar-tijo», Pastor, «Gallito», se habían quedado atrás.

Este mismo año, en San Sebastián, y por cierto en originales circunstancias, tiene una de sus mejores tardes de torero, en la corrida del 20 de Agosto, en la que, con su ex compañero «Lagar-tijo chico», torea reses de Miura.

Yo, como muchos aficionados de aquel año, no había querido ir á Bilbao; el cartel de los miuras para los dos cordobeses me atraía, é igual le pasaba á mucha gente, puesto que por primera vez en esta fecha, la plaza estuvo llena por completo.

A las dos de la tarde de aquel día, cuando marchaba á Novelty á tomar mi café, «Machaquito» pasó cerca de mí, en una «cesta», y le ordenó al cochero que parase.

—¿De dónde vienes tú tan tarde?

— De Fuenterrabía —me dijo alborozado;— hoy es pa mí un güen día.

—¿Qué te pasa?

— Casi na. Acabo de hablarle á los padres de mi novia, y ya está too arreglao.

—¿De modo que te casas?

— Muy pronto. ¿Aónde vas ahora?

— Al café.

— Vente conmigo al hotel, y allí lo tomaremos. Hoy estoy muy contento; esta tarde se van á oír las parmas de la plasa, en donde se ha quedao mi novia...

Y se oyeron. Durante toda la tarde bregó y trabajó de un modo tal, que las ovaciones en su honor se sucedían.

En el cuarto toro de la tarde, *Resbaloso* de nombre, el más grande, de más poder y más bravo de todos, estuvo colosal.

El revistero *Papóff*, de *Sol y Sombra*, dice de él: «La faena del 2 fué de lo más grande que he visto en los muchos años que llevo presenciando corridas de toros. Empezó con un soberbio par cambiado, seguido de uno en redondo y dos de pecho, todos monumentales y dejándose rozar por los pitones, cuadra el bicho, y tirando la montera entra como un hombre para dejar una magnífica

estocada. (Ovación delirante, oreja y prendas de vestir.)

»En total—dice luego,—«Machaquito» ha tenido una de sus mejores tardes; ha estado colosal.»

A Fuenterrabía llegaría, para alejar meditaciones, el ruido de las palmas. El torero ofrendó las de aquella tarde, á modo de salvas, al *resurrexit* de su cariño mozo. La gentil princesita del jayán andaluz colgó en su pecho la alegría del triunfo de este día...

¡«Machaco» aun era considerado como un *trompo* por sus enemigos! ¡El, el reconocido por los públicos como un fenómeno torero!

Maestro de la Universidad Central torera, otorga en este año la borla de doctor en cánones taurinos al licenciado Antonio Boto (Regaterín).

El hecho tuvo lugar en la 12.^a corrida del abono madrileño, haciendo el ejercicio práctico con seis reses de D. Pablo Benjumea, que, según Millán, aquella tarde reverdecieron el refrán:

Los toros de Benjumea,
el demonio que los vea.

El cordobés, al año de alternativa justo, había ya doctorado en la plaza de toros de San Roque á «Algabeñito chico», aquel Manuel Molina que compitió con él en aquella novillada memorable.

Por los porrazos de Murcia, y de Madrid, el día 1.^o de Junio, dejó de torear 12 corridas de las 65 contratadas. Toreó, pues, sólo 53, número sufi-

ciente para acrecentar su ya considerable capital.

—El mayor enemigo de «Guerrita» ha sido su dinero—afirmó Peña y Goñi cierto día.—«Machaquito» empieza ya á tenerlo.

A la puerta de su casa de la calle de Capuchinos, 10, suenan las colleras de un coche; en Antequera *merca* un córtijo de una vé.

—Zezenta mir duros en veinte mil olivos, que dan otras tantas arrobas de un *aseite mu fino* cada año.

Las Alberizas, con sus extensos olivares y sus tinaos y su molino, son de un torero á la moa.

—Ni sa juma, ni quema los billetes en las juer-gas, ni arborota en el pueblo; le da por darse güena vida, á lo finoli; ¡e un mal ange!

¡Cómo se está poniendo ya er toreo! ¡Sa acabó lo castizo!...

*
* *

— ¡Te digo que es un trompo, un suicida!

— Hombre, ¡que lleva seis años de matador de toros de 50 pa arriba y aun no tiene más que tres puntazos: el de Zafra, el de Málaga y el de Murcia!

— Además, eso del valor es un mito.

— ¿También cobarde? ¡¡El colmo!!

— Fíjate: el domingo no ha querido venir á matar la corrida de los miuras, que se la han tenido que cargar Fuentes, «Bombita» y «Mazzantinito».

Esta conversación la sostenían en el merendero de los Viveros, en la Bombilla madrileña, una tarde á mediados del caluroso mes de Junio, en derredor de una mesa colocada en la margen del río Manzanares y bien provista de cañas, aceitunas y *tapaderas*, Pepe Riquelme, el popular actor (ya fallecido); Paco Cayuela, el conocido aficionado; una gentil *mademoiselle*, hija del popular «Juaneca», aquel varilarguero famosísimo de la cuadrilla de «Frascuelo», y un servidor de ustedes.

«Machaco» seguía siendo discutidísimo; á pesar de sostenerse toreando con dos eminencias en la clase, Fuentes y «Bomba chico», y de que todos los días se decía de él «toreó de muleta superiormente sus dos toros», como donde estaba su fuerte era en las estocadas, no se le quería reconocer jamás como torero; matando, bueno, se le podía conceder que entraba recto, aunque se cuartease, porque era la costumbre; pero, ¿torear? ¿No se le había tenido desde el primer momento por un trompo? ¿Cómo se iba á rectificar el juicio ya?

En este año (1906) torea hasta esta fecha diez corridas en Madrid, y en todas queda como bueno, cuando no de un modo superior. Mata un miura y un murube en la corrida del 14 de Marzo en honor de Loubet, el presidente de la República francesa, que viene á visitarnos, y en el miura, después «de un trasteo que pone los pelos de punta por lo emocionante, da un volapié soberbio». (*Sol y Sombra*, número 503.)

Inaugura la temporada con «Bombita» y «Regaterín», y mata sus dos Benjumeas de dos estocadas de las suyas, que le valen dos grandes ovaciones. Viene á la quinta de abono con «Bombita» y «Regaterín», y en el único toro que mata (el otro se rompió las dos manos al tomar un puyazo de «Zurito»), dá tal volapié, que *Don Hermógenes*, en su revista, dice de él:

Volapié monumental,
inmenso y de sensación;
al ver estocada tal
se entusiasmó la reunión.

Y en las de 22 y 26 de Abril, y en las del 2 y 17 de Mayo (la de la Prensa), y en todas, menos en la del 17 de Junio, en que toreó Oleas con Fuentes, de muy mediano modo, mató siempre del modo emocionante á que tenía acostumbrado al público.

El 2 de Junio toma «Machaco» parte en la corrida regia, organizada para celebrar las bodas de nuestro rey Alfonso XIII con la bellísima princesa Victoria Eugenia de Battenberg.

Fué este festejo de resonancia universal; asistieron á él las embajadas extraordinarias que al fausto acontecimiento habían venido; en el tendido 9 dieron realce á la función, honor á la belleza de la mujer de España, un núcleo deslumbrante de manolas, que, prendiendo la clásica mantilla, enmarcaban sus caras primorosas en brillantes guirnaldas de claveles.

El programa de la fiesta fué el siguiente: tres novillos de Veragua, que rejonearon los distinguidos oficiales de nuestro Ejército Luzinari, Romero de Tejada y de Benito, apadrinados por los duques de Medinaceli, de Alba y de Tovar; y seis toros de Veragua, Anastasio Martín, Miura, Concha y Sierra, Pablo Romero y Hernández, que estoquearon Fuentes, «Algabeño», «Bombita», «Machaquito» «Cocherito de Bilbao», «Regaterín» y Bienvenida.

En el festejo hubo lucidísimo desfile de heraldos, pajes y carrozas, como correspondía á la gala ordenada. Por vez segunda, los alabarderos no formaron bajo el palco real, como fuera costumbres en otros tiempos.

La princesa gentil, ya nuestra gallarda soberana, poniendo palio á sus rizos de oro con las blondas de la mantilla clásica española, dió con su regia mano orden de empezar esta función, que no brillaba en todo su esplendor porque la nube roja de un brutal atentado la envolvía.

«Machaco» mató el toro de Concha y Sierra, después de un buen trasteo, de un pinchazo y una estocada superior. Cuando acabó Rafael, entre entusiastas ovaciones, salieron los reyes de la plaza.

En Baeza, con Fuentes y «Pepete»; en Nimes, con «Regaterín»; en Córdoba (donde alternando con «Bombita» se hirió en una mano al matar su primero y mató los otros con la mano vendada), y en todas partes donde fué, conquistó aplausos justos.

Sólo en Madrid, el día 17, no agradó; y el 21, al ver que no venía á torear, se buscó la causa. ¡El miedo! ¡«Machaco» en esa época!»

Aquella tarde de la merienda en los Viveros, llegó «Machaco», que paseaba por allí, á la reunión del merendero.

— Hombre, «Machaco», aquí te presento á la hija del «Juaneca», el penúltimo calañé del globo—dijo Riquelme, haciendo un gran cumplido.

— Oye, mal cómico: bromas con papá, no—le respondió la dama.

— Bueno, ¿y qué pasa con los miuras?—le preguntó Cayuela.

— ¿Con los miuras? Que el 22 los mato en Santander.

¡Y los mató!

En Valencia, el 28 de Julio de ese año, fui yo á verle al hotel España, en donde se alojaba «Machaquito», que había llegado esa mañana para torear aquella tarde y las demás de feria con Fuentes y «Bombita».

Iba yo contristado; acababa de recibir la noticia de la muerte del que fué mi maestro en estas lides periodísticas, Pascual Millán, que repentinamente había fallecido el día 17 en Biarritz, donde solía pasar el verano con su familia.

Cuando entré en el cuarto del hotel, estaba el diestro cordobés haciéndose la *toilette*: una camiseta finísima cubría su ancho tórax.

— Traigo una mala noticia.

— ¿Qué pasa?

— ¡Que me han dicho que se ha muerto Millán!

— ¡Lo siento! Era un güen hombre. Pos... casi me tropiezo con él en el camino.

— ¿Cómo?...

— Mira.

Rafael desabrochó la camiseta; en el pecho, hacia su parte izquierda, en la misma línea del corazón, tres rojos costurones marcaban las huellas del rasponazo de un pitón.

— Un mal ange de don Eduardo, que se empeñó en echarme mano y yo en matarle bien; y las tres veces que le metí la espá, me enganchó por el pecho. Gracias á que la última vé, Ricardo me hizo un quite superior, si no, en el suelo me mete la cabeza...

¡Tres veces dejarse enganchar por el pecho por un Miura! ¡Decididamente «Machaquito» no había ido el día anterior á torear á Madrid por miedo á los terribles toros! Cuando fué á Santander el cordobés, acababa de obtener un gran éxito en las corridas de Pamplona; en la cantábrica ciudad se portó de tal modo, que el revistero *Soto* decía después de la faena en el segundo toro de Miura, que brindó al riquísimo indiano don Telesforo García, y que mató de un soberbio volapié:

—¿Y es éste el que no torea, por miedo, ganado de Miura?

Sesenta y cinco fiestas, 161 toros muertos, y de ellos 69, cada uno de una sola estocada por las agujas, de esas estocadas machaquistas que hacen al público levantarse en los asientos. ¡A ver, que

alce el dedo el matador que en este año de 1906 haya tenido una temporada mejor!

¡Y van seis años!

*
* *

En esta prueba «Machaco» que puede matar seis toros, solo, con acierto. En Valencia, el día 20 de Mayo, toreando con «Lagartijo chico» seis toros de Parladé, fué cogido su compañero por el brazo en el toro primero, y tuvo que matar Rafael los cinco restantes. Los tres primeros los mató de tres estocadas, que se le ovacionaron grandemente; á los dos últimos los pinchó bien. Moya, el corresponsal de *Sol y Sombra*, dijo de él: «Todos salieron satisfechísimos, hablando *del tío de los riñones*. Tuvo una buena tarde, aun cuando yo le he visto mejor.»

En San Sebastián, el día 16 de Septiembre, tiene que torear con Fuentes reses de Oleas. Fuentes, *sportman* entusiasta, va en su automóvil á la ciudad donostiarra. Una *panne*, en el camino, hace un pan como unos biscoteles al bravo Rafael, y tiene que apechugar él solo, con su gente, con los seis animales. En la corrida estuvo bien en cuatro toros y regular en uno, el quinto; el último se lo cedió á «Pataterillo», que lo mató muy bien.

Pero no todo han de ser palmas y olés; en Valladolid, el 24 de Septiembre, con reses de Santa Coloma, está *mi niño Rafael como la chata*. (Esta es la frase de Zurito para decir que se está

mal.) Mariano Presencio, el infortunado periodista, dijo de él en esa tarde «Machaquito» fué el héroe de la fiesta... por lo malo.» Siete pinchazos, 14 descabellos; ¡corramos una estera!

En la tarde siguiente, en esta misma plaza, con «Algabeño», Montes y «Regaterín», mató dos toros de Biencinto con dos volapiés de los suyos. ¡La vergüenza torera!

¡Este es «Machaco!» ¡Jamás perdió dos batallas seguidas!

Y las ganó este año colosales en Murcia y en Cartagena, en donde hizo un donativo para los naufragos del *Sirio*; en Córdoba..., ¡qué se yo!

¿Y para qué seguir? El día 4 de Octubre, en el monasterio taurino de Madrid, ante las Constituyentes, compuestas de 13.000 asambleistas (léase aficionados), llevando el manto regio, como pajes, «Quinito» y «Regatero», se le corona rey de los matadores de toros..., leyendo la proclama el imparcial revistero *Don Modesto*, tachado de partidario del otro pretendiente.

Don Modesto, una de las plumas más galanas de esta época, y á quien la fiesta debe gran parte de sus vuelos de hoy (se impone la aviación), nuevo Robert de estas constituyentes, dice así en su entusiástica reseña:

¡¡S. M. «MACHAQUITO»!!

Ha llegado el momento de convocar unas cortes constituyentes taurinas para la proclamación de

monarca en la república — ¡oh, absurdo formidable! — de los cuernos.

Vacante el trono de San Lucas desde que abdicó el poder aquel insigne cordobés que se llamó en la corta, pero gloriosa época de su reinado, Guerrita, hora es ya de que el pueblo de pan y toros, harto de regencias enojosas y de presidentes impertinentes, se aperciba á la elección de soberano y restablezca el verdadero derecho, inserto en los códigos de «Paquiro» y «Chiclanero».

.....

.....

¡Ha llegado el momento solemne y grandioso!

Dos candidatos, *plagados* de grandes merecimientos, aspiran á sentarse en el glorioso solio de San Lucas. Vosotros los conocéis. Son... «¡Bombita» y «Machaquito!»

Fuentes, con su arte de maravillosa elegancia, ha ejercido la soberanía mucho tiempo en calidad de regente, y por cierto bien á satisfacción de todos.

Pero los niños se han hecho hombres. Han llegado á la mayor edad.

Deben, pues, cesar las interinidades, y ejercite el poder real aquel de los dos que obtenga mayoría de sufragios.

No necesito descubrir á uno ni otro. De sobra conocéis á los dos.

Las magistrales faenas del GRAN TORERO, Ricardo Torres, «Bombita», os han hecho en multitud de ocasiones enrojecer de entusiasmo.

La inconmensurable bravura del GRAN MATA-DOR DE TOROS, Rafael González, «Machaquito», ha paralizado muchas veces el movimiento de vuestros corazones.

¿Cuál de los dos?

.....

.....

Pero en mala ocasión se me ha ocurrido poner Córdoba frente á Sevilla, pues las circunstancias hubieran dado fácilmente el triunfo á una de ellas. Casi no hubiera habido lucha.

Al salir ayer de la plaza, todos á una entonaban un himno de gloria para el ilustre cordobés, heredero de aquellos Abderramanes de perdurable memoria.

— ¡Viva S. M. «Machaquito!»

Y declaro que nunca me habrá parecido ni más oportuna, ni más justa, ni más entusiasta la dicha aclamación.

«Machaquito» ayer nos recordó los «grandes días» de la tauromaquia. Por nuestra mente pasaron claras y distintas las figuras de mayor bulto en la historia del toreo».

* * *

«Machaco» mató ese día dos Benjumeas de dos estocadas colosales; puso tres pares de banderillas, dos cambiados, superiores, al 5.º, ¡y había pareado ya Quinito! ¡casi nadie! y hasta toreó de capa bien. ¡Pundonor!

— Yo e uno de los días que he zalío más contento—decía S. M., después de la corrida, sentado en una cama *de ca* e doña Gregoria, en mangas de camisa, y rodeado del cuartel general, Retana, Pellón, Fernández, Talavera...

¡Año de 1906! ¡La cúspide!

CAPÍTULO VI

Toros en Méjico del 903 al 904.—La tarde triste de «Machaco».

Hernán González «Machaquito» prepara en 1903 su primera expedición á Nueva España. Se alistan con él, en la conquista taurina de aquellas tierras fértiles, Montes, «Saleri», «Bebe chico», «Blanquito», «Moyano», «Pulga de Triana» y «Agujetas»; en las reservas marchan «Chicuelo» y «Fai-co», gente buena toda ella, con juventud, con valor y con deseos de *billetes*.

Moctezuma «Mateito» (por buen nombre de persona juncal, seria y activa, Ramón López), les tiene allí como botín de guerra: 75.000 pesetas á «Machaco», con beneficio libre por seis fiestas; 40.000 á Montes, y así en escala descendente á los demás. ¡Buen país aquél!

En Sevilla, en la calle de las Sierpes, en La Campana, en Triana, en la Puerta de la Carne...

en Córdoba: en la calle Gondomar, en el barrio de la Mercé; aquí en Madrid, en las *Cuatro calles... cuarenta mil guerreros* de coleta, los que se quedan, los que no pueden ir porque ni tienen *barcos*, ni arrestos para pasar *la mar*, hacen mil conjeturas sobre los resultados de esta torera expedición.

Hernán González lleva las iras de todos los desrozones envidiosos que desconchan con sus cuerpos indolentes, las *fachás* de las casas blanqueadas en que da el sol de Andalucía.

— ¡Vaya suerte de niño!

«Rafael tiene ya pa comé, y eso á porsión de probes mos güelve locos de coraje», que dijo *Sentimientos* de «Guerrita».

El monarca cordobés Guerra I, da al capitán de sus ejércitos vándalos la bendición para embarcar. No fué la ceremonia en la catedral *mora*, hoy la Zeca cristiana, sobre la cruz de un estandarte y el filo de una espada... Se hizo en una hospedería que, para vergüenza del espíritu comercial andaluz, se llama Hotel Suizo; se lanzó el juramento sobre la muleta de Maoliyo «Espantero»... y la montera de «Paquiro», que en el salón *oficial* del Club «Guerrita» están como trofeos.

¡La cabeza de Curro Montes y la mano izquierda de Manuel! ¡No iba descaminado el mozo!

Machaquito Cortés, se despidió de los suyos, los amigos que le alentaron en las primeras peleas con los públicos... los que pudieron ir, 175, con un banquete el día 15 de Octubre... No faltaron,

¡cómo!, ni Manolito Ruiz, ni el pintor Bertodano, ni *er Galryo*, ni los Usanos, ni *porción* de los íntimos que le acompañan en las juergas y las parrandas cordobesas, cuando no habiendo que *atoreá* se calienta la boca con el montilla de casa Juan ó de la venta, y las manos con una guitarra bien templá.

Entre «Guerrita» y su hermano en el arte «Lagartijo», tomó asiento «Machaco». ¡Y no hubo gente *principá*! El gobernador militar don Diego Muñoz Cobos, el alcalde don Antonio Pineda, el vicepresidente de la Diputación, don Enrique Fuentes Breña... y don José Marín Molina, y don Mariano Franco, y don Rafael González. ¡Aquello más *paresía* una recepción *ofisial*!

El coloso de Rodas de la *Mersé*, echó un brindis: «Vaya porque se grite en Méjico: viva Córdoba!»

Hicieron salvas á la frase los taponazos del champagne, burbujeó el entusiasmo entre la espuma, y... ¡la mar!

En el Club «Guerrita», sobre la cartelera de entrada, frente á la terrible testuz del *Hortelano* (una cabeza de un toro de una vez, ¡vayan pitones!, allí clavada para dar cabal idea de cómo los mataba el maestro «Lagartijo»), se fijó al día siguiente una cuartilla escrita por «Machaco»:

«Se despide de todos los socios del Club, hasta la vuelta, Rafael González (Machaquito).

El 17 pilló el tren. El 22, en la Coruña, se metió en el vapor *Normandie*, acompañado de Luis, que, con un maletín en la mano, le hacía guiños

graciosos á una mocita primorosa que se quedaba en tierra; sonaron las cadenas levantando las anclas, salió un pitido ronco de las calderas del vapor, y...

— ¡Ya la cosa está hecha!

Un lunes, hacia primeros de Noviembre, echó anclas en Veracruz el *Normandie*; al día siguiente, ¡en martes!, llegó «Machaco» á la estación de Méjico.

— ¡El diita era de alivio! ¡un martes!

Ramón López, el empresario, estaba allí aguardándole; subieron á un coche descubierto.

— Al Hotel Sanz, á escape. Un pelao, con un sombrero gaucho enorme, fustigó dos caballos escualidos y sucios. Desde el pescante, Luis le alargó las maletas á un mozo del hotel, que acudió presuroso.

— ¡Mardita zea! ¡Tuerto!

— ¡No se podía entrar con peor pata!...

Y ahora arruguemos el ceño, tomemos un tonillo doctrinal, y hagamos un poquitín de historia. Cuando «Machaco» llegó á Méjico, ya su público no era ni sombra de lo que fué para los diestros. Con un abono, tan fuerte en número y en calidad, casi, como el abono de la plaza de toros de Madrid; con una afición desmedida á nuestra fiesta, ¡suya también, somos hermanos!; con unos aficionados inteligentes é imparciales, aquello de «¡á Méjico se va á cobrar una letra!», había pasado á cuatro años vista. El torero se tenía que estrechar allí tanto ó más que en España

En Méjico, al principio, fomentó la afición Ponciano Díaz; el endeble matador, maestro del Jaripeo mejicano, con un público adepto, con un partido de fanáticos á su toreo, sosote y seco, se metió en el negocio de los toros, levantó una plaza, la de Bucarelli, y empezó á contratar á toreros que él conoció en su excursión á España. Hermosilla, «Cuatrodedos, Paco (Frascuero), Zocato...

El primer matador de importancia que allí dió muerte á un toro fué D. Luis Mazzantini. Gracias á los enérgicos caracteres de él y de Paco «Frascuero», pudieron los toreros españoles hacerse respetar. Aprovechando su estancia en la Habana, donde toreó, en la plaza de Carlos III, destruída poco después por un incendio, le contrató la empresa. A Méjico llegó, y los mejicanos, sin darse cuenta aún, vieron cómo se ejecutaba el volapié verdad.

Con Gaviño, primer torero indio, y con este Ponciano, aun no sabían de otra suerte que la del socorrido metisaca.

Mazzantini tuvo allí que luchar con banderías de partido y contra un público ignorante. ¡Aun debe recordar con desagrado el día en que al salir de torear en la plaza de Puebla, los partidarios de Ponciano le tiraron el lazo, que afortunadamente pudo evitar, el afamado lidiador!

Con Mazzantini fueron allá, «Parrao» «Villita», «Guerrerito» «Ecijano» (que murió de resultas de una grave cogida en el vientre, toreando en el

Estado de Guadalajara, el 98), «Bonarillo», Silverio, Rebujina, Potoco..., los que, como aún estaba allí la fiesta en embrión, tiraban sólo á salir del apuro del momento. ¡Repásense los nombres y podrán comprenderse las campañas!

Por otra parte, sus ganaderías Atenco, Cazadero, Santín, Piedras Negras, Paranqueo, Cieneguilla, Tepayacualco, San Diego de los Padres..., sin sangre aún de nuestras reses andaluzas, daban poco de sí para poder ejercitarse en el toreo perfecto.

Y un buen día, llegó á torear á aquellas tierras un banderillero de toros, Ramón López, hermano de aquel famoso Mateíto, cuyo toreo fino fué objeto de grandes alabanzas cuando empezó su lucha con las reses. Ramón López, que fué con Mazzantini, vió aquello como punto á explotar, y allí quedó. Y un año y otro año, fué teniendo amigos y adquiriendo valiosas relaciones. Este torero no era el mozarrón andaluz, juerguista y pendenciero, vago de nacimiento, chulo de mancebía, ordinario y soez, como eran los coletas sin prestigio que allí solían quedar; era un hombre formal, que veía el negocio, sabía sumar y hablaba de dividendos Españoles de prestigio escuchaban sus planes: el Sr. Sánchez Ramos, el general Sánchez Ochoa, los Sres. Aspe, Solares, Olmedo, le prestaron su apoyo...

Cierta tarde de fortuna encontróse al espada «Cuatrodedos».

— He heredado unos miles de duros y quiero

entrar en un negocio. Vamos á hacer una plaza de toros.

Y en terrenos de la Indanilla, en la Calzada de la Piedad, se compró el terreno necesario. M. Moylan, un arquitecto ¡yankee!, trazó los planos; y de madera, pesada y tosca, falta de estética, de gusto, ¡cómo no!, se alzó la plaza de Méjico, que podía congregarse en su interior 14.000 aficionados.

Fuentes y «Minuto» inauguraron el feudo de Ramón López y «Cuatrodedos» el día 17 de Diciembre de 1899, lidiando tres toros de Cámara y tres de Cazadero.

A partir de esta fecha el renacimiento taurino mejicano tiene lugar.

Fuentes, torero fino, elegante, reposado, sereno, enseña á aquellos aficionados cuál es el toreo verdad. Joven aún, valiente, afianzado ya en su puesto, con aquellos toros de menos nervios que los toros bravos andaluces, desarrolla todo su toreo, aquel que aprendió de su maestro «Cara ancha», y adquiere allí la plenitud de facultades y de arte.

Y pone banderillas, y asombra su finura y elegancia; y torea de muleta, y pasma su gallardía y serenidad. ¡Fuentes! ¡El maestro! Y la plaza se llena un día y otro, y la afición empieza á vislumbrar...

Además, Fuentes va á todas partes con su esposa, una elegante dama, pasea en coche por la avenida de Chapultepec, es correcto y atento, va á la ópera, sabe jugar al *brig*...

¿No os acordáis de Mazzantini, aquel cumplido *gentleman*, señor en todo y en todo distinguido?

¡Ah! El verdadero tipo del torero español no era aquí conocido!, dicen los mejicanos.

¡El mérito artístico, junto al personal del torero español, sube algunos enteros en la bolsa social!

Después llega «Gallito», y en su capote mágico se enreda el entusiasmo popular; y luego va «Reverte», y cuando se le pretende echar por ¡malo! saca su zarpa de león, sacude su melena y da esa nota emocionante, ese toreo de cintura, esa fiereza en los ataques, que eran desconocidos.

¡Y han visto desperezarse á «Parrao» en su apatía!

¡Y han visto matar toros á Mazzantini y «Algabeño!»

¡En Méjico no queda ya nada por ver!

En estas condiciones llega «Machaco» al hotel Sanz, en la tarde de un martes de Noviembre.

A poco de llegar le visita su amigo Salarich, escultor valenciano, que tiene en aquella capital un gran taller de modelado.

— ¿No sabes?... Montes, que ha toreado ya dos corridas, la del 1.º de Noviembre y la del día 8, tiene un escándalo *armao*. En la primera, que ha toreado solo seis de San Diego de los Padres, dijeron ya de él que era un maestro en todo; en la segunda, que toreó con «Faíco», se le ha dado tan bien, que en sus dos primeros enemigos le dieron las dos orejas y le han sacado en hombros los aficionados. *El Imparcial, La Careta, Claro*

Obscuro y los periódicos que hay aquí, le elogian grandemente. Uno de ellos ya se ha atrevido á aventurar que como siga así, los *fenómenos* se van á ir al montón. Se dice que el único que viene aquí como fenómeno eres tú...

— Déjalo estar; ya habrá parmas *pa tos*.

«Machaquito» confía mucho en él, en su amor propio, en su valer. Tiene por cierto que todos los conjuros los deshace un rasgo de valor, y... se va á pasear hacia la calle de Platero, avenida principal de la gran urbe...

*
* *

Día 15 de Noviembre, tercera corrida de la temporada; seis toros de Piedras Negras; espadas, «Bebe chico» y «Machaquito».

— ¡Ya tenemos aquí el fenómeno!

— ¡Y se presenta con el hermanito de su apoderado! ¡El trágala! ¡Habrás pendejo!

Mayor lleno y mayor entusiasmo que las otras tres tardes; «Machaco» hace el paseo en medio de una gran espectación... ¡A verlo, á verlo!

Y sale un toro... ¡una rata! y sale otro... ¡un saltamontes!

— Mardita zea; pero, ¿es que no va á salir uno con tipo y con pitones?

Se mete en los cuernos de las reses, las consiente con el cuerpo, da pases sentado en el estribo, se entrega las tres veces al matar; da dos pinchazos, dos volapiés mayúsculos y media en las

agujas en sus tres toros; el pueblo le premia con tres ovaciones sus faenas... Carlos Quirós, el director de *Ratas y Mamarrachos*, periódico tau-rino y corresponsal de *Sol y Sombra*, de Madrid, afirma en su revista:

«Durante la brega de los dos primeros becerros, Rafael no hizo nada de particular con el capote; y el público, que esperaba que este niño se comiera los toros crudos, se llevó un desilusión de padre y muy señor mío.

Cuando en el segundo toro tomó los trastos, se sentía la atmósfera pesada; los concurrente estaban predispuestos y se *notaban deseos de darle una pita.*»

Y el final de la reseña dice: «En resumidas cuentas, que el nene ha caído de pie y ya tenemos un torerito que nos haga atractivas las veladas de invierno.»

Los periódicos mejicanos en general, venían muy en su contra.

—«¡Machaquito» es un niño que sólo tiene nervios!

—¡El fenómeno no resulta un atropella toros!

—¡No sabe torear ni matar!

El Torilero, en *El Imparcial* de Méjico, se despachó á su gusto. *Patatas largas*, en *La Careta*, igual.

—¡Qué diferencia de éste á Montes!

«Machaco» aquella noche no durmió. ¿Sería posible que le resultase á aquel público una mamarrachada su toreo?

—¡La cosa se iba poniendo mu obscura!

Y llegó su segunda corrida; su presentación con el espada Antonio Montes, que había caído allí de pie... fué al domingo siguiente, y se lidiaron toros de Piedras Negras. En los dos primeros toros, «Machaquito» estuvo alegre y adornado en quites; llegó la hora de matar á su primero, y he aquí al señor Quirós, de *Ratas y Mamarrachos*, lo que escribe:

«El segundo toro llega á sus manos bravo y manejable. Rafael se encara con él, solo, y con mucho coraje. Comenzó con un pase ayudado muy ceñido, sigue con otro alto, uno de pecho... y entrando en corto, recto y en tablas, señaló un buen pinchazo.

En esta parte de la refriega, el chico estuvo muy valiente, toreando casi siempre con el cuerpo, adornándose y sacando la barriga para que se la oliera su contrincante.

Continúa muleteando de cerca, con valentía y embarullándose, para señalar media estocada, quedándose dormido en la cuna.

Termina con media estocada, que no fué entera por arrebatarse el bicho el asador de las manos, estando aculado en tablas y propinando al diestro un fuerte varetazo en la parte interna del antebrazo derecho.»

«Machaco» se retira á la enfermería y no vuelve á salir; Montes mata el resto de la corrida con más voluntad que otra cosa; el mismo Quirós dice:

«Montes se quedó solo y no supo sacudir el ma-

rasmus que por completo se había apoderado de nosotros.»

Pero en la enfermería, Ramón el empresario ruega á Rafael el torero:

—Sal después de curado, para que el público te vea y no se retraiga el domingo: ¡por mi negocio, Rafael!

«Machaco», complaciente, sale de nuevo al rondel, acaba de lidiarse el quinto toro; el público le ve, cree que se ha retirado sin gran daño, para dejarle á Montes el peso de la fiesta, empiezan los denuestos, y el pundonoroso cordobés oye la mayor silba de su vida torera.

—¡Qué pendejo! ¡Encima se bromea!

—¡Ché! ¡Cuánto miedo!

—¡El Montes sí que tiene coraje y es artista!

Los periódicos al día siguiente secundan las descargas. *El Imparcial* pone como no digan dueñas á «Machaco»; Montes empieza á ser ídolo popular.

El infortunado espada sevillano, que años después deja su vida en otro ruedo de esta misma ciudad, toreando con Fuentes y «Bombita», tiene aquí en Méjico un resurgir de su afición y de su arte.

El torero de hielo toma, bajo el sol de fuego mejicano, algo más de calor. El sacristán, como le llaman los toreros, anima su inmóvil rostro de místico, con sonrisas de afecto y de contento. Su toreo de capote, serio, reposado, clásico, se adapta mucho á este ganado, menos fuerte en sus acometi-

das, menos rabioso, más blando, más reposado, más *linfático*, que pasta en unos prados extensísimos en que la hierba hace colchón mullido donde á toda pereza se puede sestear. Estos brutos ahítos de comida le dejan colocarse mejor, con más facilidad, y es más seguro, más lucido en sus envites y más frecuente en sus destellos de clásico torero.

Por otra parte, Montes aquí, transforma su vivir, da acobijo al amor bajo su techo; tiene muchos amigos, y en sus horas alegres, en la imprenta de Pepe Rivero, uno de sus más íntimos, corre el vino andaluz, y suena la guitarra, y se dejan oír alegres risas femeniles. ¡Montes, aquel hombre indolente, torero corto pero bueno, que murió con su afán de conquistar el cartel de Madrid, es otro aquí, es alegre, campechano, rumboso y hasta dicharachero!...

Va siempre con sus banderilleros, Limeño y Calderón: Antonio Montes es torero en la plaza y fuera de ella; sabe alternar, y alterna; el prototipo de aquel clásico diestro que pasó. Montes conquista muy lejos de Sevilla un partido entusiasta.

Llegó con gran modestia. Le adornan méritos positivos, ese deseo romántico en toda multitud de colocarse al lado de los débiles y empujar á los fuertes, le da gran parte de sus triunfos.

A «Machaquito», en los primeros pasos, le envuelve la antipatía popular.

— ¡Gana mucho dinero! ¡Viene en genio tauri-

no! ¡Se va á la enfermería por un rasguño sólo!

A la calle, al teatro, á todas partes donde va le envuelve una atmósfera hostil.

— ¿Será posible?

El 29 de Noviembre recorre su amor propio, su dignidad profesional, una odisea.

Hay encerrada en la plaza de toros una corrida de Barbosa que han de despachar Montes y él. La afición mejicana prevé la competencia y agota los billetes.

— ¡Hoy acaba Montes con ese niño endiosado! — se dice en el Jokey, en los aperitivos, en los bars. A oídos de Machaco llega, que, en el Teatro principal, dos triples de zarzuela, Ursula López y Carmen Fernández, nuestras gentiles conocidas, han hecho una apuesta interesante sobre el resultado de la fiesta. La mayor parte de los actores, Gavilanes, Pastor... votan por su contrario. ¡Hasta los españoles dudan de él!

Camino de la plaza, en un piter que guía su amigo Salarrich, los indígenas, esos hombres bronceados, vestidos con campanudos pantalones blancos, tocados con los altísimos *jaranos*, calzando las albarcas y echado al hombro el bonito *sarape* de colores forman colgantes racimos humanos en los tranvías, que por las avenidas van al circo y le gritan insultantes:

— ¡A ver si aprendes de tu compradito Montes!

— ¡A ver si no eres pendejo y te aproximas á la fiera!...

Y al hacer el paseillo, ya en la Plaza, entre el

mar de cabezas que le atisba y espera su derrota, lee unos enormes cartelones que pregonan: «¡El mejor torero, Montes! Montes, el mejor matador.»

—¡Esto más! ¡Hay que luchar de firme! ¡Paso á un valiente!

Y toda la tarde, corajudo, frenético, lleno de pundonor, lastimado en su orgullo, brega como un desesperado, lo intenta todo, pateando los hocicos de las reses, se mete entre sus cuernos, banderillea muy bien y mata sus tres toros de tres estocadas y un pinchazo, todo arrancando á ley y á ley hiriendo.

El público hostil calla. En el tercer toro, loco ya de furor, no sabiendo qué hacer para arrancar un aplauso justiciero, entra al segundo quite. Montes había hecho uno y había doblado la rodilla ante la cara de la res, alcanzando una ovación por ello.

— No es nada; ahora veréis.

Y acude al quite del picador «El Aceitero», se lleva la res en el capote, la recorta ceñido, y echando la tela sobre el suelo se acuesta temerario sobre ella, y llama, desesperado, al toro.

—¡Toro, ja!

Montes llega con sin igual nobleza á llevarse la res; acuden los peones...

—¡¡Fuera de ahí, miedosos!!

La rabia ahoga la voz, que chasca como un látigo. La pujanza, el valor temerario de este hermano de Gonzalo de Córdoba, bulle en su sangre

moza. La vergüenza torera rompe su valladar, y se sube por la garganta hacia los ojos, y da un tono de violeta á la morena cara del chaval.

— ¡Toro, ja!...

Y en la plaza reina un silencio augusto de emoción, y los ojos acuden con espanto á la nerviosa figura del torero, y en los pálidos labios queda en ahogo un grito de terror.

Córdoba la sultana, ofrenda el cuerpo cenceño de su héroe á las astas del toro de Barbosa en rescate de la fama torera... ¡Ni eso! Después de la intensa emoción, un frío de muerte, una indiferencia bárbara, cruel, despótica. Hacia Montes corren todas las simpatías.

En su segundo toro mira á unos mejicanos que ocupan un tendido de sol, cerca de donde se le cuadró la res.

— ¡Pa que aprendáis á ver matar los toros!

Y se vuelca sobre el morrillo de la fiera, y mete un volapié de aquellos que en España lo elevaron sobre el pavés de la fama taurina... ¡Tampoco!

— Más *jieren* los desprecios que las cornás— dice luego en su casa, mientras Luis le quita el traje de caireles. Aquella noche, con Salarrich, con don Luis Gálvez, con sus íntimos, tiene gritos de queja, se revuelve como un jabalí herido.

— ¡Me tendré que marchar!

— ¡Aguarda, aguarda!

Luego, solo, medita. ¿Se va...? ¡No, no, no puede huir! ¡Qué se diría de él! Quema las naves de sus dudas y tiene un gesto de firmeza.

— ¡Venceré!

Al día siguiente oye á un golfillo pregonar un periódico de toros:

— ¡*El Claro Oscuro*, con el concurso abierto desde hace dos corridas, para premiar al mejor matador!

¿Un concurso desde hace dos corridas? ¡No cabe duda: Montes será elegido!

Un amigo le pregunta en la Maison, Doré aquella misma tarde si ha comprado cupones para vencer en el concurso.

«Machaquito», extrañado, contesta sonriente:

— ¡Me voy á engañar yo mismo!

El día 6 de Diciembre se celebra la sexta corrida del abono. «Faico», Montes, «Saleri» y él tienen que estoquear ocho toros de Santín.

El Claro Oscuro, que ha terminado ya su concurso, tiene grabada una medalla de oro, que ha de entregar aquella tarde, que creo decía así: «A Antonio Montes, el mejor matador de toros.— Méjico.— Temporada de 1903-4904.— La afición mejicana.»

¡Y estaba en Méjico «Machaco»!

El segundo toro de Santín engancha á Montes al lancearlo de capa y lo hiere; el trianero sigue valiente en su puesto y decidido y torero hace una gran taena con el bicho, y lo mata de un volapié perfecto. En medio de una ovación recibe la medalla y va á la enfermería. «Machaco» queda con «Faico» y «Saleri».

En su primero pone cátedra de toreo, corre la

mano, para, carga la suerte, remata con adorno, y tras dos medias estocadas, atiza un volapié hasta el codo.

— ¿Machaquito? — Pues torea superiormente, ¿sabe? La gente empieza á cambiar.

En el séptimo, tras pocos pases bien dados todos, atiza otra estocada en las agujas.

Y banderillea el octavo como un buen banderillero, y hace todos los quites variados.

— ¡Un superior torero, ¿sabe?

Con «Faíco» y «Saleri», dos toreritos finos, sobresale esa tarde «Machaco» toreando.

— ¿Pues, qué pasa, señor?

Aquella noche, en casa de D. Luis Gálvez, ante un arroz á la andaluza, unos chatos de Montilla y unas aceitunillas *aliñás* ¡á la española!, se comenta la fiesta.

— Ya parece que empieza la gente á convenirse.

— Durilla ha estao la cosa.

— *El Imparcial* es el que sigue dando de firme.

— Pos ya se cansará.

Don José Sánchez Ramos, un prestigio español en el país, á ruegos de «Machaco», interviene en el pleito; se hace oír y convence.

El Gato, un periódico taurino, publica, con la reseña de esa tarde, la noticia siguiente:

«Machaquito», molesto con la injusta actitud de cierta parte del público, ha decidido dar por terminado su contrato con la Empresa y embarcará muy pronto para España. Cuando se aleje de nos-

otros y las pasiones se hayan aplacado, se enterará la afición del matador de toros que ha pasado por Méjico.»

La noticia cae como una bomba en todas partes.

— ¡No, no se puede ir!

— ¡Se acabó la alegría y el aliciente de la fiesta!

— ¡Lo impediremos!

— Iremos á Veracruz y no le dejaremos embarcar.

Algunos aristocráticos del Jokey, D. Salvador de la Fuente, D. Rafael Bernal, los Sres. Rivas, se acercan á «Machaco»...

«Machaco no se va.

En el teatro Arbeu, donde se canta *Tosca*, dos brazos de escultura aguardan impacientes en perfumado camerino.

— ¡Oh mío cara! ¡Per Dio!

— Zi no me voy; me queo.

Unos bigotes hoscos tiemblan contrariados con la respuesta ceceante.

Torea luego el 13 con «Bebe» y el «Saleri», mata sus dos toros y otro que él regala, de tres estocadas y un pinchazo en lo alto, volapié «Machaquito» con la marca de fábrica, y torea muy bien, siendo muy aplaudido.

Al matar su segundo se inició el desagravio; la afición se entregó, y hubo protestas fuertes contra algún rotativo.

— ¡«Machaco» era un matador de toros extraordinario! ¡No cabía duda ya!

Y toreó su beneficio el 20, acompañado de «Chicuelo», estoqueando cuatro de Piedras Negras, de cuatro volapiés ¡de los suyos!

—¡Andele mi amigo y cómo mata el gachupín!

Aquel día, además, dió pases superiores, uno de ellos sentado en el estribo de la valla, en un toro que brindó á su amiga la artista gentilísima Luisa de Tétrazzini.

Y repitió el 29, con «Chicuelo», ganado de Santín, y aseguró Quirós que «entró á matar siempre decidido y por derecho».

Y fué el 12 á Irapuato con Montes y «Chicuelo», lidiando ganado de Alenco, y estoqueó superiormente su primero de una *estocá*, y regular el quinto, al que puso un buen par al cambio; galleó, tiró largas á compás... ¡torero!

Volvió á Méjico el 17, mano á mano con Montes, que le ganó en esta tarde la pelea.

Y siguió el 24 con Montes y «Chicuelo», en completo desquite; pues como el primer Tepeyaqualco mandó á la enfermería á Antonio, tuvo que matar cuatro toros, y lo hizo de cuatro estocadas y dos pinchazos, después de una faena lucidísima.

El 1.º de Febrero, toreó el beneficio de «Blanco», con «Jarana», Montes y «Chicuelo». Le correspondió un toro de Muruve y otro de Tepeyaqualco; aquí la ganó él. Empleó en sus dos toros dos estocadas y un pinchazo; y en su primero, después de una excelente faena de muleta, lo citó dos veces á recibir, dando en esta forma un pinchazo y media atravesada, por un extraño de la res.

El 7 mató él solo seis toros de Piedras Negras, ¡de seis estocadas y un pinchazo!

«Las del segundo y quinto soberbias, las demás buenas; manejó la muleta con valentía; toreó á sus adversarios casi siempre solo, desde cerca y parado en ratos...; cambió en banderillas dos veces al sexto toro... toreó de capa como es debido, sin bailoteo ni zaragatas,...» (Véase el número 391 de *Sol y Sombra*.)

— ¡Pues, quién sabe, señor!

— ¡Rafael va siendo el amo!

El 14, con «Silverio chico» lidia, para despedirse del público de Méjico, seis toros de San Nicolás Peralta.

En esta corrida tiene «Machaco» puesta su fe de lidiador.

— Tengo que despedirme dignamente; el público de Méjico, que ha hecho por fin justicia á mi valor, me quiere y considera. Tengo que responder á ese cariño, dejándole un grato recuerdo de mi arte.

Don Ignacio de la Torre, el opulento y concienzudo ganadero, hijo político del presidente, general Porfirio Díaz, le favorece en sus proyectos. Al salir de la morada suntuosa, que en la Plaza del Caballito, habita el ilustre prócer, se lo encuentra.

— ¿Tiene usted toros?

— ¡Para usted siempre, Rafael!

En la frondosa hacienda de San Nicolás Peralta, muy junto á Méjico, pastan los toros bravos mejor cuidados de toda la región. Ya eran de buena casta, El Cazadero, aquellas bravas reses de un his-

torial brillante; pero su nuevo dueño, rico y espléndido, los quiso mejores. Miuras, Concha y Sierras, Anastasio Martín y Veraguas vinieron á sus prados; con el cruce la sangre mejoró, y hoy en día, á tal dueño responde tal ganado.

En un auto llegaron á la hacienda el ganadero, «Blanquito» y Rafael.

— Eze.

— Y eze.

— Y eze.

Quedaron apartados seis animales finos y de presencia hermosa.

— Lo que yo necesito, don Ignacio, es salir muy aplaudido en ese día.

— Y saldrá usted.

— Vaya, pos va el primero por osté.

Salió brava y manejable la corrida, «Machaco» mató sus toros bien y cumplió como bueno, y la afición de Méjico despidió al valiente torero con grandes ovaciones.

¡Córdoba al fin vencía! ¡La raza de esforzados paladines no renegaba de él!

El 21 de Febrero, en Monterrey, llevando á «Jarana chico» como sobresaliente, mata cinco toros de Guaname de seis estocadas y un pinchazo.

¡Y á España! Cortés de taleguilla, decide regresar á su patria, dejando ya clavado el pendón de la bravura cordobesa en el coso de Méjico.

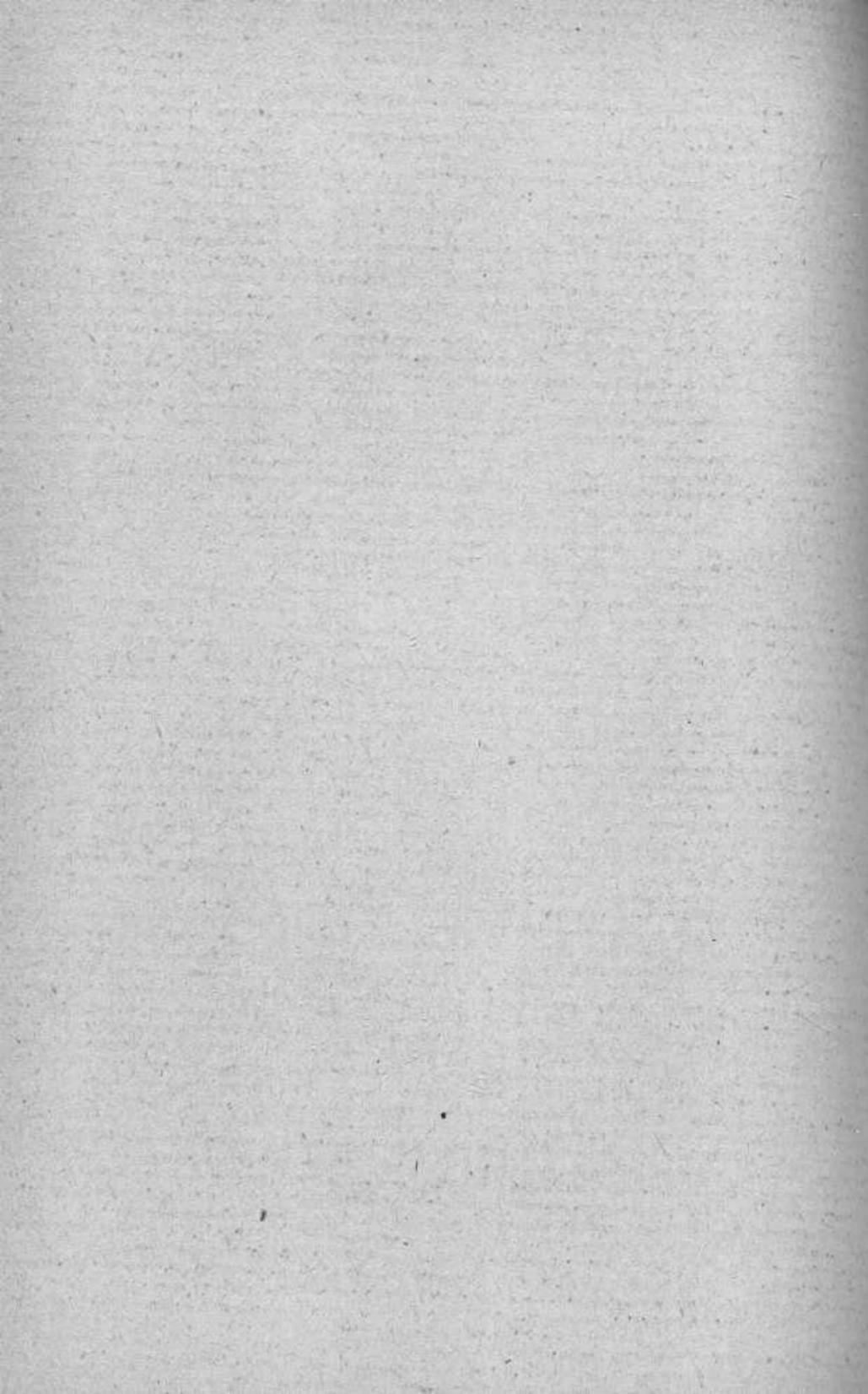
Un diario de allá llegó á decir: «la afición española nos debe estar agradecida; nos enviaron un torerito valiente, zaragatero, nerviosísimo, y le

enviamos un torero tranquilo y hecho.» ¡Las aguas del Atlántico, nuevo Jordán taurino, purificaron las condiciones artísticas del diestro!

Los mejicanos habían ya conocido el volapié con Mazzantini; el toreo fino con Fuentes, habían ya sentido la emoción de la lidia con «Machaco».

En Méjico, desde aquí en adelante, se podía juzgar por comparación á los toreros que allí se presentasen.

«Machaquito» les puso el último jalón. ¡La emoción del valor! ¡Lo que á la fiesta sobre todas las cosas, le da interés y fuerza!...



CAPÍTULO VII

Amores y amoríos. — La boda del torero.

¡La raza! ¡La tradición! ¡La leyenda! ¡Caballeros andantes! ¡Romanticismo heroico!

Mucho sol, mucha luz, aromas de rosas y claveles, jazmín en carne de mujer, suspiros de deseo en blandos vuelos de paloma; un hombre mozo y juncal, gallardo y posturero, con la risa en la boca y en la mano el corazón ofreciéndolo en un estuche de sedas y caireles; un toro bravo y poderoso, que arremete hacia la mano del chaval, y entre colores, sonrisas y algazaras la emoción, la tragedia. ¿Comprendéis por qué el torero se lleva de calle á las mocitas pintureras? ¿Comprendéis el deseo del lidiador? ¡Carmen!...

Antes iba el amor en lanzas de las justas, ahora va en lances de la lidia. Pasaron los campeones de la liza, los farautes, los pajes y escu-

deros, las divisas « Por Dios y por mi dama »; han llegado los matadores de toros, los peones, los puntilleros, los brindis « Por usted y zu compañía ».

« Machaquito » es torero y es mozo y con figura macarena, y tiene dos ojos negros que cuando miran fijo *pá* las hembras parece que se encienden, y en la plaza « Machaco » se *quíe comé* las reses á *bocaos*, y juega entre los cuernos de los toros enseñando unos blancos dientes en su risa y dejando deshacer los bordados de oro de su traje torero. ¡Figuraos! ¡La *joventu!*

¿Las partidas jugadas? En *cuanti* que lanzaban el envío. Suerte la tuvo. ¡Al principio, un Romeo olvidadizo de guayabera y gorra! Una aguerrida lidiadora, que lo rapta en Montoro... Amor lleva en el arco un estoque torero. No se cumple un contrato, quedan presos los fugitivos *lidiadores*, y en la cárcel del pueblo, entre el oro viejo del montilla y la plata de una amorosa voz, la picardia andaluza da sus frutos y el carcelero pasa una noche en vela.

Y en Córdoba, una reja echando sangre de clavetes, y unas tapias muy altas, que cercan un paraíso y que *esuellan* las manos al subir. Y en Granada... ¡Oh, el ingenio de amante!

Una noche, en una calle mora, de esas á las que en Córdoba pone un poco de cielo azul toldo de estrellas, me le encuentro embozado en una capa con cuidado.

— ¡Pero, hombre, si no hace frío!

— No, si es por esto. Y saca unos estribos vaqueros con sus correas puestas.

— ¿Y esto para qué es?

— Voy á hablar por la reja con mi novia, y como está muy alta no le llego á la cara.

¡Oh, el ingenio!

La hembra resuelta tiene siempre un recuerdo para el torero cordobés.

Es temerario, como sus intenciones; es rudo, como sus displicencias; es resuelto y audaz, como sus horas de deseo. ¡Es torero!

En Méjico, una tarde, está ciego en su furia; se adentra en el terreno de las reses, las escupe, asusta, maravilla; al fin, una le alcanza; es terrible el envite y horrenda la cornada. En pie, la plaza entera lanza un ¡ay! de dolor. Entre las sedas destrozadas está el torero en la camilla, blanca su tez morena, negros sus labios rojos. Una gallarda hembra, elegante, gentil, entra radiante de belleza, resuelta y dolorida, en la enfermería de la plaza y echa sobre el cuerpo del diestro un busto perfumado de una amazona herida. Un doctor la conoce. Artista de renombre, hermana de otra artista de fama universal. Un mocetón robusto la acompaña. El doctor dice:—Su marido.

Aquella noche, el sueño del torero lo vela una mujer hermosa.

Pero «Machaco» no quiere amores fáciles: presiente su Julieta. Amor no loco y caprichoso: amor santo, su amor, llega á él un día en el fulgor de unos ojos que ríen en un primor de cara.

Está en Lorca en un palco del teatro, en ferias del 903.

Una gentil muchacha, de ojos de mora y labios de clavel, le ha mirado curiosa.

— ¿Y aquella señorita?

Su acompañante no lo sabe.

— ¡Bah!

Y en Córdoba, en Sevilla, en Madrid, donde va, los ojos de la damita le persiguen.

Al año siguiente torea en Cartagena por las ferias. La noche de la primera corrida, Santamarina y Rafael Barrionuevo, sus amigos, van por él.

— Vente por ahí, que has estao güeno.

— Arzando.

Y entran en la *kermesse*. En uno de sus kioscos, rodeando su cuerpo de sultana un pañolón de flecos, está la hermosa hembra que vió en Lorca, en el palco. Es la misma; no se le ha despintado. ¡Bueno fuera! Ella le va al encuentro. ¡Sonríe! En la mano, como cetro de emperatriz de la alegría, lleva una copa de *champagne*.

Gusta del vino y se le entran por el alma las burbujas.

— Para los pobres.

— ¿Quién no, pidiendo usted?

Dos billetes de cien pesetas abonan su largueza; corren las copas, el donaire andaluz se esparce en lluvia de requiebros; bajo las frondas del jardín, dos corazones novios se pasean.

— Luis, Luis, la he vuelto á ver y la he hablao.

Luis Viudes, el mozo de estoques más formal

que tiene matador, *Cienguíños*, como le llama Eduardo Muñoz, rabioso y vengativo cuando juega con él al *mus* y pierde, porque se equivoca en las señas, mira, como quien duda de la cordura de su juicio, al diestro cordobés, que se pasea agitado por el cuarto del hotel en que se aloja:

— ¿A quién has visto?

— A la de Lorca, so guasón; es hija de un ingeniero inglés muy principal que vive en Cartagena; apunta, apunta ahí... Angeles Clemen... ¡vaya un apellidito!... á ver, á ver, sí. Clementsón; en Los Molinos. Cartagena... Apunta, que no se nos *olvie*.

Desde aquel día, corazón de león torero tiembla de miedo y emoción cuando se sienta ante un pupitre para contar sus cuitas amorosas, procura hacer la letra más bonita, y busca y busca frases que no le salen lo dulces que desea.

Mas... no puede seguir; eso de escribir y escribir es *pa* los literatos; él es un mataor de toros, y no se apaña bien con las finezas de lo escrito. ¡Está *chalao del tóo* por Angeles; tiene casas, cortijos y rentas en el Banco; lleva un nombre que suena á algo glorioso en nuestra España en fiesta. ¡Ea, pues á pedirla!

Y en aquella cesta en que le vimos en San Sebastián aquella mañana del día 20 de Agosto, en cuya tarde tuvo un éxito colosal como torero, se va á Fuenterrabía, en donde se encuentra ella con sus padres en veraneo elegante.

En aras de su dicha ofrece el brillante sacrifi-

cio del toro *Resbaloso*. Ya habéis leído cómo cayó á sus pies.

Y la nueva se extiende; «Machaquito» se va á casar con una señorita de linaje aristocrático! ¡Qué osado! ¡Cómo se atreverá!

¡Alto ahí, sociólogos ilustres, de los convencionalismos existentes! ¿Qué circula por las venas del diestro, sino la sangre pura de la alta estirpe de la raza? ¿Qué ganó para vosotros, descendientes, vuestros blasones nobiliarios, sino el valor, la audacia, sin otro patrimonio?

No es «Machaco» un Machuca que machacara con su maza cráneos de infieles en la guerra, ni un Gonzalo de Córdoba que conquistara reinos con su audacia; pero es un «Machaquito» que domina á las fieras con su estoque, y un González de Córdoba que conquista á los públicos con rasgos de su inmenso valor.

A haber nacido tiempos antes, fuera gran mariscal ó príncipe; nació en esta época de herencias, y ha sido lo más libre, lo que más se acomodaba á su alma montaraz. ¡Un matador de toros!

Rafael González puede ostentar como lucida ejecutoria en sus timbres de esforzado varón, un corazón de oro, y un estoque de torero, todo en *campo de sangre*.

En España, la figura de un diestro de renombre debiera ser tan considerada como la de un alto comerciante ó un banquero. Su capote suele hacer más por la riqueza del país, con las importaciones y exportaciones del festejo, que las sumas y restas

del hombre de negocios. ¡Ah si un país de espíritu industrial tuviese, como su fiesta nacional esta maravillosa de los toros!

Y hubo más. Decidida la boda, los diarios españoles publicaron con pomposos epígrafes:

« Su majestad « Machaco » se casa con una linda señorita de aristocrática familia inglesa, apellidada Clementson, el 4 de Noviembre, en Cartagena. A la boda, que revestirá todos los caracteres de un episodio nacional, asistirán como testigos Pérez Galdós, Rodrigo Soriano, el opulento bilbaino Charvari y « Guerrita ».

¿Cómo? ¿Será posible? ¿El emperador de nuestras letras patrias, el insigne Galdós, y el *príncipe* de los políticos, el luchador Soriano, asistiendo á la boda de un torero?

Y las urracas de nuestra sociedad graznaron, y la pudibundez cursi y ridícula sacó su espada de combate. ¡Galdós! ¡Galdós! Pero, venid acá, aspaventeros locos. ¿Dónde podía encontrar otro más pintoresco, que este episodio hispano, en que lo más castizo, lo clásico español, se *rendía* á Inglaterra sin condiciones ni reservas? ¡Arapiles! ¡Bailén!

Galdós, amigo de « Machaco », admirador como psicólogo del valor en las razas, honró su boda, sin que sus sólidos prestigios literarios padecieran, en la duda menor, Continuator de la *reconstitución* histórica de España, laboró en ella en este acto. ¡Las letras españolas debían prohiar esta figura novelesca, última etapa de la españolería andante!

Rodrigo Soriano, acometedor decidido, brioso, en las contiendas de nuestro Parlamento, era lo natural que á la España viril diera su apoyo; que al decidido y bizarro de los ruedos prestara su concurso.

«Salud al gran «Machaquito», cuyo estoque envidio en las Cortes», puso el poeta diputado en el envés de una tarjeta que, con el regalo de boda, un gran jarrón de plata, le envió.

En esas cortas líneas estaba sintetizado todo su deseo político. ¡Una espada segura! En aquellos días, cuando yo le pedí como testigo de la boda, su impresión sobre tal acto para este libro, me escribió estas cuartillas, trazadas á vuela pluma, sobre la mesa de un café. Lean ustedes; dicen:

«— ¡Viva el rumbo!

Desde las bodas de Canaá, al través de las de Camacho el rico, juntas con las de reyes, príncipes, magnates, gerifaltes y águilas caudales del escudo aristocrático, no hubo, sin duda, en España, ni en lo ancho del mundo ideal, sin fronteras, boda más sonada ni consorcio más legítimo.

Es el amor vuelo en lo desconocido del mundo en todo romántico nido engendrado.

¿Por qué Romeo? ¿Por qué Julieta? Desde que el galán varonés fué á dirigir *La Correspondencia*, y la amada [Julieta, en la amenidad sicálptica diaria, llama al vulgar amor, en anécdota de higiene; el amor histórico, el dúo estereotipado con espasmos y diálogos de balcón, vene-

no y daga, cayeron para siempre. Probablemente doña Isabel de Segura, la amante de Teruel, de vivir hoy, acabaría en el Juzgado de guardia ó en el Viaducto, y su amante don Diego de Marsilla, vestiría capuchón en la Cárcel Modelo.

Romanticismo muerto, fué mortaja, quizás, de verdades.

Al romanticismo vivo hay que atenerse, pues.

Ella era morena (y no sevillana, como dijo el poeta), morena viva, de anchos ojos luminares, de relámpago nacido de tempestad; azabache vivo, en brillo de potro andaluz, y de mantilla aterciopelada en palco de toros y en *Miserere* de española catedral...

Era, sin embargo, la raza y la enjundia de conquistadores del mundo. Ayer, españoles; hoy ingleses y *boers zahoríes* de minas del Transvaal, despertadores de la africana selva; el fuego africano incendiando los hielos del Norte...

Y ella estaba en un palco...

En la ardiente arena, el bruto pérfido, el pérfido bruto embestía la muleta, afeitando en alamares dorados bestial codicia... La bestia hincó en las carnes de artista su bárbara inconsciencia... Desde el palco bajaron raudales de compasión en rayo de amor confundidos... ¡Oh, Alejandro Dumas! ¡Oh, Próspero Merinéel! ¡Oh, Carmen! ¡Oh, *Escamillo!* ¡Reid, excépticos! ¡Si España no fuera esto, no sería España!

El amor de la arena, el amor del palco. ¡Todo un símbolo!

Por eso, cuando se consorciaron en un culto amoroso, el valor y la audacia, la energía moderna práctica, en velos nupciales, uncida con

la energía española romántica, yo asistí á la boda de «Machaquito» para consagrar en ella, á los futuros hijos de una gran raza, frutos del amor, de la gallardía, de la belleza, de los cuadros de Goya, de los aventureros españoles; la espiga dorada, azotada por vientos, emperadora de la tierra, cuna de fecundidad, sin más dueño ni amo que el sol y el viento, el amor y la vida...

RODRIGO SORIANO.»

*
*
*

El día 4 de Noviembre de este año de gracia de 1906, estaba Cartagena como en días de gran feria. Gran gentío en las calles, los hoteles abarrotados, toreros, periodistas...

Yo llegué á la ciudad el día anterior, acompañando al Maestro, á Galdós.

Ya estaban allí. Félix Chavarri, el opulento bilbaíno, que había llegado en su yate *L'aurak-bak*; Eduardo Muñoz, el famosísimo N. N., que firma en *El Imparcial* las crónicas de toros; Caamaño, el popular *Barquero*; Manolo Serrano, García Vao, *Dulzuras*; Ginés Carrión, el director de *Sol y Sombra*; el conde de Casillas de Velasco, Manolito Ruiz, Barrionuevo, Germán Adell..., los íntimos del diestro.

Soriano llegó aquel día con Usano. Sólo faltó «Guerrita».

— Vendrá; me lo ha prometido muchas veces.

— Hombre, es de ley; maestro del toreo y cor-
dobés.

— ¡Pero hay aquí tanta *eminensia!*

En la mañana del día de la boda entró «Macha-
co» en el hotel con marcada expresión de dis-
gusto en el semblante.

— ¿Qué te sucede?

— Mira,

Un telegrama fechado en Córdoba, decía:

«Siento no ir á acompañarte al casamiento, te-
miéndole al frío.— *Guerrita.*»

.....
— Hombre, abre esa puerta, que hace mucho
calor...

El día anterior, como á las dos y media de la
tarde, nos fuimos, en tartana, una pandilla, á co-
nocer á la familia de la novia. Llegamos en un
vuelo al lindo hotel de Los Molinos, residencia
habitual de los señores Clementson, y en donde se
iba á celebrar la ceremonia: un hotelito de dos
pisos, blanco y alegre, rodeado de un jardincillo
inglés.

En la terraza, ante la puerta, recostados sobre
un esbelto barandal de piedra, en conversar idíli-
co, se encontraban los novios; un poco más allá, el
padrino de la fiesta y de «Machaco», D. José Hur-
tado de Mendoza, profesor de la Escuela madrile-
ña de Ingenieros Agrónomos, sobrino de Galdós y
más que amigo, padre de «Machaco», leía un pe-
riódico.

— Los señores de Clementson.

D. Carlos Clementson y su esposa doña Soledad Palma nos hicieron, con distinción británica, los honores de la casa.

—¡Los regalos! Sombreros, trajes con etiqueta *Antoine*; brillantes, perlas, rubíes, esmeraldas, bolsos de plata, sombrillas *dernier cri*, jarrones tarjeteros... En uno de los extremos de la sala se veía un mueble lujosísimo de ébano; dentro de él, en cajones estrechos, una obra de orfebrería prodigiosa.

—¿Regalo de un nabab?

—De D. Félix Chavarri, aquí presente.

—Lo he traído yo mismo, y lo han hecho todo ello mis obreros, ¡honra y prez para España.

D. Félix, cortés en sus reservas, dió á su cara encarnada un rasgo de alegría desusado. ¡Su amigo «Machaquito»! ¡Eso no valía nada!

—¡Nada! ¡Unos veinte mil duros!—musitó José «Machaco» que, enfundado con gran formalidad, en un trajecito negro con trencilla, recontaba las piezas, con la vista. —¡Nada!

—¿Y estos pendientes de brillantes?

—De la cuadrilla de mi hermano, «Zurito», «Gordo», «Chatín», «Mojino», «Camará» y «Patatero».

—Eso se llama bregar bien.

Por la noche, en el hotel, nos dió «Machaco» su despedida de soltero. En el champagne, Soriano y Eduardo Muñoz felicitaron al torero. Maraboto, un compañero del «Eco de Cartagena», echó también lo suyo.

— Ahora hay que distanciarse un poco.

«Machaquito», oportuno, resumió su brindis con esta frase lapidaria:

— Ahora me arrimaré yo más.

— ¿Más? ¡Qué fenómeno!...

A la una del día señalado para el acto, llegamos á Villa Potosí. Una compacta muchedumbre rodeaba las verjas del hotel. ¡Los novios, los novios! ¡La señorita Angeles! ¡El «Machaquito»! ¡Que vivaan!

En la primer salita de la izquierda se había instalado la capilla. Entre montículos de flores, sobre los paños finos, la imagen de Jesús; como dosel, un mantón de Manila primoroso, ¡aquel mantón que en la verbena afortunada ciñó el esbelto talle de la novia! Aquí y allá, por todas partes, invadiendo las estrechas estancias, invitados, lindas cartageneras, nata y flor del señorío murciano; las Ripoll, las Angosto, las Zarauz...

Los novios..., los esposos, ocupan el centro de la estancia. Caen los encajes blancos por el gallardo cuerpo de la novia, que lleva con arrogante majestad, como manto real, su blanco velo; una línea de azahares da realce á su pálido semblante, al que las azucenas de un búcaro que en el altar adornan, miran con cierta envidia... Viste el novio un trajecito largo, negro, seriecito y correcto, como un burgués en fiestas; en su fuerte entrecejo se mece un meditar profundo.

Yo confieso que aquí, sufro una decepción; ya pasaron los tiempos de la majeza histórica, en que,

en las bodas de toreros, el calañé, la mantilla, el vino tinto y la guitarra, eran todo un derroche. La vida avanza con el progreso, y la del lidiador avanza más, en alas del dinero; pero, ¡qué no hubiera dado yo por ver á «Machaquito», airoso y macareno, ajustando á su pantalón negro de talle una chaqueta corta con caireles! ¡Andalucía garbosa!..

Don Juan de Marturana, un capellán inteligente y bondadoso, reza la epístola. Ella sonríe al esposo. El abre á la lectura todo su entendimiento, para enterarse bien. Las arras, en monedas de oro, pasan de mano á mano.

Junto á mí, en un ángulo de la capilla, José González, el hermano mayor, el que fundó la dinastía «machaquista», mira á su hermano y humedece con lágrimas sus labios.

— Que firmen los testigos.

Pérez Galdós, Soriano, Chavarri, por el novio; Aznar, Benítez y Muñoz, por la novia, se adelantan y estampan sus ilustres firmas en el acta.

Abrazos, apretones de manos, felicitaciones sin cuento. «Machaco» abraza á su hermano fuertemente.

— ¡Si estuviera aquí mamá!..

Después pasa de brazo en brazo.

— ¡Ya está hecho!

En este crítico momento, un reloj de pared sueña dos campanadas.

— ¡Señores, á la mesa!

Galdós, Soriano, Chavarri, Muñoz, los que allí

representamos al sexo fuerte y tenemos la suerte de que nos alcance una pareja, damos el brazo á las señoras y las llevamos al salón-comedor. En la mesa central, los novios, los padrinos, los testigos, el cura, el elemento oficial. Surgen las risas frescas de mujer; las flores de la mesa adornan pechos femeninos; los rojos claveles sangran en los ojales como una condecoración: la del *mérito galante*.

Los taponazos del *champagne* hacen salvas á la alegría. Soriano envía su copa al sacerdote, en acto de cortesía radical.

— Padre: aquí no hay otras ideas que las ideas del amor.

El padre alza la copa y bebe en comunión de afecto, con aire campechano.

La señora de González ¡ya! pasa de mesa en mesa, poniendo su firma en los *menús*.

En el mío, su nombre y apellido, en clara letra inglesa, cae entre un «jambon glacé» y unas «pyramides de perdrix». ¡Emparedado delicioso!

Se brinda, se hacen frases galantes... Los fotógrafos sorprenden grupos animados. .

— ¡Que se escapan los novios!

«Machaco», cambiado ya su traje de *etiqueta* por otro gris, sujeta la coleta por sombrero de ala ancha, del brazo de su esposa, que viste claro traje *tailleur*, sale, como si escapara de un sitio en donde su ventura peligrase; la pareja pretende deslizarse, taimada, y escapar; pero ¡ca!, advertidos todos les salen al encuentro.

— ¡Los novios! ¡Vivan los novios! ¡Que se escapen!

En la puerta, la muchedumbre estacionada responde en inmenso clamoreo á este viva amistoso.

Los novios suben á una tartana; todos buscamos vehículos. ¡A la estación!...

El tren avanza; desde la ventanilla un sombrillo negro de alas anchas y un pañuelo de encaje responden al saludo de mil pañuelos que se agitan. Y en una estación, y otra, y en todas, los grupos de curiosos parados ante el vagón donde va «Machaquito» con su esposa.

Ella, recostada en los almohadones del coche, gusta con indolencia de la admiración pública. ¡El triunfo!... ¡El triunfo!...

En la casa
de
Córdoba.



Las
mañanas
de
invierno.

CAPÍTULO VIII

La estocá de la tarde y el periodismo de «Machaco» años 907 y 908.

En la tarde del 9 de Mayo de 1907, fiesta de la Ascensión, salía yo de la plaza de toros de Madrid, entre un grupo de machaquistas entusiastas.

— ¡Cómo ha estado hoy Prim, señores!

— ¡Eso es matar toros con vergüenza!

— ¡A ver, uno que haya sentido emoción parecida que la sentida hoy en la muerte de ese toro *Barbero!*

— ¿No decían que no quería matar Miuras Machaquito?

Se había celebrado la sexta función de las dadas por la nueva empresa Castillo-Mosquera *and Company* (este año el día 31 de Marzo, Pascua de Resurrección, se inauguró la temporada de toros en Madrid, con una novillada que organizó una empresa volandera, y no se dió la primera co-

rrida del abono hasta el 14 de Abril, en que «Algabeño» y «Machaquito» inauguraron con reses de Veragua la etapa Mosqueril.) Para estas seis corridas se había anunciado una extraordinaria con toros de Miura, y como espadas Fuentes, que no había figurado en el abono por diferencias con la nascente empresa, ya ahora orilladas, «Bombita chico», «Machaco» y «Cocherito de Bilbao».

Los ocho toros de Miura salieron bravos y manejables. Fuentes y «Bomba» habían trabajado con gran éxito; «Cocherito» había ocupado con dignidad su puesto; y, sin embargo, á la salida de los toros ningún aficionado hablaba de otra cosa que del toro *Barbero*, muerto por «Machaquito».

¡Señores, qué estupendo!

Fué el tercer toro de la tarde, cárdeno chorreo, con bragas, muy buen mozo, abierto de pitones y con abundante leña en ellos. ¡Un toro!

Andrés Fernández, con su gracejo peculiar, describía así la faena del cordobés, su ídolo.—No; zier zeñó Prim es un trompo; tres pases naturales, dos de pecho, desabrochándose el chaleco con las púas, á gorpe cantao, y un volapié, metiendo hasta el apellido en el morrillo, zon cozas de ignorante. ¡Probetillo!

Y esa fué la faena; metido entre los pitones, sólo con la mano izquierda (hoy esto quizás parezca un sueño), jugó los brazos con soltura, llevándose al miura en los vuelos de la tela, y arrancándose recto y muy despacio, doblando la cintura en el pitón, metió el estoque hasta la bola, y el toro sacó tam-

baleante un trozo de pechera de la camisa chorreada del *espá* en el pitón derecho. ¡Así eran las estocadas de «Machaco»! ¡Las había quizás de ejecución más limpia, pero no tan á ley ni de tanta emoción! ¿Y no está aquí el arte de los toros? En cuanto á torear; esa faena que el cordobés repetía tan á menudo, no la hace hoy parecida, ninguno de los que se tienen por maestros del toreo. ¡Son otros tiempos! los de la rebolera y el paso de cancán!

«Hace muchos años que no se veía una faena tan completa, ni toro tan bien matado en nuestra plaza» — decía *Jalcato* en *Sol y Sombra* al reseñar esta corrida.

— Una faena así, es muy difícil verla — aseguraban los aficionados al salir de los toros.

Esa tarde, en el trayecto, de la calle de Alcalá á la Cibeles, me encontré entre el bullir incesante de la gente que se estaciona «á ver pasar á los que salen de los toros», distracción madrileña muy castiza, á el famoso banderillero retirado Bernardo Hierro.

— ¿Ha visto usted? — me dijo; — pronto se ha desquitao «Machaco» de lo pasao en Bilbao. Es mucho pundonor torero el de este mozo.

Lo de Bilbao, había sido, que el día 2 de Mayo ¡siete días antes de esta fecha!, toreando con Fuentes toros de Miura, había tenido Rafael una de las peores tardes de su vida torera. Dos avisos en el segundo toro y en el cuarto, había oído el cordobés por sus malas faenas, además de la bronca consiguiente del público de aquella capital,

A la tarde siguiente, con toros de Veragua, estando bien, no logró ¡desquitarse. ¡Mardita zea la vela! ¡Fíjate tú en cuanto que me sarga otro Miura!

Y le salió en Madrid, y ya vieron ustedes lo que hizo.

— ¿Ha visto usted? — me decía Hierro camino del café. — ¡toro más bien matao!... ¿Y ha visto usted el lleno que se ha colao en la plaza?

Bernardo Hierro había sido, en nombre de unos capitalistas bilbaínos, otro de los que acudieron con Ildefonso Gómez, y con Durán, y con Castillo, y con Mosquera, y con Dindurra, y con Juan Manuel Rodríguez, y siete ú ocho más ¡nadie! á la subasta de la plaza, que se quedó á nombre del señor Mosquera.

— ¿Vamos á hacer entre todos un arreglo? — se dijeron — sí, sí, que no haya primistas.

— ¿Y quién presenta el pliego?

Un señor con un largo levitón, un sombrero de copa y unas gafas doradas que le daban un aspecto de licenciado en Teología, y hombre de buena fe á carta cabal, tenía entre sus manos enguantadas un sobre bien lacrado. Oñoro se acercó á él.

— ¿Viene usted á la subasta? — Este señor puede entrar con nosotros en la combinación y presentar su pliego.

— ¡Bien, encantados! — ¡Tiene cara de ser un infeliz!

Y el hombre de la levita y la chistera se sacrificó por la *comunidad*, y se quedó solo con su

pliego Después fué despejando uno por uno á sus consocios...

A un jesuíta, hombre de gran talento, un confesante agradecido quiso dejarle una casa como herencia.

— No, hermano; eso no puedo consentirlo yo, con que me deje usted en el testamento, que pueda usufructuar un clavo en la pared, de uno de los cuartitos encantados.

— ¡Qué hombre más raro!

— ¡Qué inocentón!

Los herederos se reían del padre bonachón, y un día y otro día, por la mañana, por la tarde, á todas horas iba el padre á colgar su capa ó su sombrero del clavito en cuestión... y no pudiendo soportar ya las visitas, los herederos de la casa concluyeron por dejársela habitar al padre inocentón...

¿No gusta el cuento?

A Bernardo Hierro, uno de los *herederos* de la finca, le molestaba el lleno aquella tarde. ¡El *confesor* la estaba usufructuando con gran suerte!

Y así llegamos al Lion D'Or, el café Madrileño, donde nos congregamos á diario un grupo de aficionados al festejo.

En una de sus mesas Pepe Loma, el entusiasta *Don Modesto*, escribía una carta.

— ¿Qué escribe usted ahí?

— Lea y verá.

La carta decía así:

Para Mariano Benlliure, escultor,

«Prepárate, ilustre *alfarero*. ¡Ha llegado la hora!

Afila tu cincel de oro y «mete mano» en ese barro *divino*, que conviertes luego en obras inmortales, porque ya no es posible esperar ni un momento más.

La afición reclama tu concurso para la obra magna que proyecta. Tú, aficionado de pura sangre, que en el lienzo y en el mármol tantas preciosidades taurinas tienes hechas, no te puedes negar á tan justa demanda.

.....
Es necesario, absolutamente necesario, que hagas una estatua á «Machaquito».

El inmenso valor de este cordobés ilustre debe perpetuarse en mármoles y bronces. *Otros* que no tuvieron en los supremos momentos de la vida su asombrosa serenidad y su incontrastable bravura, se ofrecen en estatuas á la admiración de las gentes.

Ahí va para este caso una modesta idea.

Un toro herido de muerte con una estocada monumental, hasta el puño, se tambalea como un beodo. En el pitón derecho lleva prendido un trozo de pechera de la camisa del matador...

Nadie vacilaría al pronunciar el nombre del diestro...

¡MACHAQUITO!

¿Quién puede haber dado *esa* gran estocada, dejándose en los cuernos las chorreras de la camisa?

Sólo... ¡¡MACHAQUITO!!

.....
 Empieza á modelar. Inspírate en aquella soberbia faena de «Machaquito» con *Barbero*, el tercer miura de la tarde... Sigue modelando...

¡El rey de los escultores y el rey de los matadores de toros!

— ¡Entre mónstruos anda el juego! Te admira, etc., *Don Modesto.*»

— ¡Qué! ¿Qué le parece á usted?

— ¡Admirable!

— Pues voy á echarla ahora mismo al correo, no se retrase en llegar...

Benlliure recibió la carta en su estudio; había visto la faena; su alma de artista había sentido la sacudida de la inspiración para una obra genial; el insigne escultor tuvo en la carta complemento á su idea; se puso á trabajar; al día siguiente recibía un telegrama:

«Bilbao, 14.—5, 907.—Enterado hace escultura «Machaquito» faena Miura, ruégole véndamela precio que pida.—*Félix Chavarri.*»

El artista acabó su obra al poco tiempo; ahí tienen ustedes su boceto, que honra las páginas de este libro del cordobés famoso, como antes honrara en un bronce glorioso su faena. Ahí van también haciendo honor al que esto firma, la impresión que al artista laureado produjo «Machaquito» en el toro *Barbero*.

Mi querido amigo *Claridades*:

.....
.....
.....

Podría incluso reproducirle con todo detalle en el papel aquel momento sublime: conservo aún mi impresión en la retina; cierro los ojos y lo veo: el toro era grande, largo, bien armado: un buen ejemplar de su raza, con mucha bravura y con un cuello... de tira y afoja. «Machaco» cogió los trastos de matar, se metió entre los pitones, y sólo al salir rodando el toro se le vió fuera de ellos. La faena fué breve, pero emocionante en extremo. Tanto se agrupó el torero, que al separarse tan bruscamente el toro no tenía más remedio que arrancar el trozo que los unía en aquel momento; afortunadamente fué un trozo de pechera.

Hace falta mucho valor para matar cerca y perfilarse como es debido.

Es cosa segura que el pitón derecho ha de llevarse algo del torero, tal vez ropa. Pero ¿qué cubre esa ropa? El corazón. Por eso se dice que en el corazón está la fortuna del torero (naturalmente, con arte). Por eso se llama suerte suprema la de matar.

De los toreros que más veces al ejecutar la suerte suprema he visto expuestos á salir rodando al mismo tiempo que el toro, han sido «Frascuelo» y «Machaco».

Si esta suerte, tan magistralmente ejecutada por «Machaco», se premiase, mereció aquella tarde la medalla de honor.

Todavía salió la casa más larga de lo que creí; corte usted por donde quiera, hasta por lo sano. Yo quedo satisfecho, porque le he demostrado mi buen deseo en complacerle.

Suyo buen amigo, *Mariano Benlliure*.

Villalba, 6 de Agosto de 1912.



En este toro de Miura acredita el pundonor torero, una temporada completa; «Machaquito», el diestro combatido, que lleva siete años de matador de toros en el abono de Madrid, jugándose todas las tardes el pellejo; de quien se llega á decir que no quiere miuras, mata este año veintidós toros de la ganadería discutida, y de las sesenta corridas que torea, sólo estoquea dos toros de Saltillo y trece de Muruve. Y mata miuras superiormente en Valencia, y los mata en Salamanca, y los mata en Bilbao, ¡cómo no!, en la tercera corrida de la feria (20 de Agosto), y en Algeciras, donde el quinto toro le coge, produciéndole fuer-

tes contusiones, y en Málaga, desde donde dice *Varetazos* en su reseña refiriéndose á la muerte del último toro *Lucifer*, dada por Rafael: «La lidia y muerte de este toro se harán célebres en los anales taurinos...»

En Valencia, en San Sebastián, en Salamanca, donde tuvo un disgusto pequeño con «Bombita» al parear el quinto toro, de Pablo Romero, en la segunda tarde, por negarle Rafael los palos á Ricardo, ¡el excesivo amor propio!, y en todas partes donde va deja su cartel muy en alto. En Madrid la suerte, en general, no se le muestra muy propicia en las nueve corridas que torea; pero se le nota mucho más completo toreando, aunque siempre temerario y ciego por su furor en los momentos de pundonor torero. En casi todas las corridas de este año coge las banderillas y obtiene grandes ovaciones con sus pares de frente y cambiando. ¡Ya en el año anterior, toreando con Fuentes en San Sebastián, causó asombro en un toro quedado, por su excelente maestría en tres pares al cambio que le obligó á tomar! ¡Se hizo banderillero! ¡¡Voluntad!!

El día siguiente en que mata la corrida de Beneficencia, que lidian este año Fuentes, «Bombita» y él, llega al hotel en que se hospeda una Comisión del Centro Regional Bético, círculo madrileño ya extinguido y de muy corta duración.

— Venimos á contratarle á usted para una corrida á beneficio de los pobres andaluces.

— ¿Quiénes son los mataores?

— Fuentes «Bombita», usted y don Vicente Segura.

— ¿Cómo?

— Don Vicente Segura, un millonario mejicano, íntimo amigo de Fuentes, y que ya éste hizo matador en su país.

— A mí con que me den lo que yo gano...

— Pues conformes.

«Machaco» contribuyó con Fuentes y «Bombita», los tres reyes taurinos de esta época, á que la Plaza de Madrid encubriese un capricho de señorito adinerado, rompiendo así su seriedad. Luego siguió Gaona, y después Dios dirá... Conste, en honor de Vicente Segura, que después nos probó que, de empezar como debiera, hubiese sido un buen torero, porque llevaba la condición primera: ¡valor!...

El 15 de Septiembre en nuestra plaza doctora «Machaquito» al tercer novillero de su serie, á su paisano «Manolete»; fueron los toros de don Esteban Hernández, y en el acto intervino «Cohero de Bilbao».

Y cierra su temporada el 17 en Tomelloso con un percance grave, toreando con «Minuto». El primer toro, de Jiménez, le da dos cornadas: una en el borde de recto y otra muy profunda en la cadera derecha.

De Tomelloso, acondicionado en un vagón, sobre un colchón de lana, viene «Machaquito» á Madrid á ponerse en manos del doctor Bravo.

— Camará lo que pasemos después de la corná—dice José «Machaco».—Ni enfermería ni ná

había en aquel pueblo; sobre un corchón, tirao en el suelo de un cuarto mu oscuro le hicieron la primera cura; y para lavar lo tenían los mé dicos el agua de un botijo.

— ¡Zi no fuérais á torear á esas plazas tan malas!—dice un paisano de «Machaco» sentencioso.

— Como que de lo primero que se debía uno preocupá es de la enfermería; ya lo sabes, Luis: desde aquí en adelante visitas por la mañana el sitio de las curas—añade «Machaquito» escarmentado.

Los toros, que antes rompían batistas solamente, comienzan ya á rasgar las carnes del torero. ¡Y cuando empiezan!...

Valladolid, Córdoba, Sevilla, Zaragoza se quedan sin ver á «Machaquito» en sus corridas últimas. El año, que se abre de luto en las filas toreas con la trágica muerte del desgraciado Montes, el ¡13! de Enero en la plaza de Méjico por el toro de Tepeyahualco, «Matajaca», y que se cierra en luto para los ganaderos con la muerte, en Diciembre, y en Sevilla, de don Anastasio Martín, el inteligente poseedor de una vacada de renombre, acaba aquí para «Machaco».

En Valencia, en la feria, sufre el torero cordobés las luchas enconadas de la política de bandería y de partido de la ciudad del Turia.

«Machaco» jamás hizo política. El no ha entendido más que de meter *espás* por los morrillos de las reses. De ser algo, sería republicano de Pérez Galdós, como era su paisano y maestro «Lagartijo» liberal de Romero Robledo, por amistad y ca-

riño; pero, amigo particular de Rodrigo Soriano, se le ocurrió invitarle á su boda. ¡Para qué más! En Valencia los partidarios de Blasco Ibáñez fueron desde ese día sus más terribles enemigos. Y llegó la segunda corrida de feria y de presidir el circo se encargó un concejal blasquista y de estar de alcalde de plaza (cosa exclusivamente valenciana, para intervenir en la apertura de las puertas del redondel) se encargó otro *amiguito* del partido. No se sabe si fué premeditado ó por poca aptitud para ocupar los puestos, el caso fué que los dos toros de «Machaco» pasaron casi sin ser picados á la muerte, entre la extrañeza general; á «Zurito» no le dejó salir al redondel la autoridad blasquista.

Y... ¡buenos están allí ambos bandos contrarios! Apercebidos de la cosa algunos sorianistas, hacen correr la voz, y capuletos y montescos se vienen á la lengua y á las manos, el presidente tiene que escapar por una puerta falsa de la plaza y «Machaco va ese día á la fonda en que vive, entre una muchedumbre sorianista que le aclama con verdadero frenesí.

— ¡Tú has visto, hombre, cómo han tomao la cosa!

Luis, el fiel mozo de estoques, entra á la mañana siguiente en la alcoba del diestro lleno de sobresalto. Luis ha ido por medias de torear á casa del único industrial que las hace bien en España.

— ¿Qué te pasa? — le pregunta «Machaco».

— Na, que me ha dicho fulano (aquí el nombre del industrial famoso) que como él, es blasquista, que pa ti no tiene ya más medias; que te las *pueé jase* Soriano ó algún amigo suyo...

*
* *

Media el mes de Septiembre del 908. A pie, cuesta del Guadarrama arriba, vamos varios amigos *haciendo piernas* (así le llaman los toreros á su entrenamiento para adquirir fuerzas).

Delante caminan Dionisio Peláez, el conocido capitalista madrileño, íntimo de «Machaco», que, llevado de su afición á la fiesta de toros, acaba de comprar la ganadería salmantina de Teodoro del Valle, y «Machaquito», el diestro cordobés, repuesto ya de su percance de Bilbao, en cuya tercer corrida de ese año (26 de Agosto) un toro de Parladé le cogió, al matarle de un volapié soberbio, causándole una herida en el muslo, que le tenía ya un mes sin torear.

Ambos á dos, visten á la andaluza usanza: el torero, su traje típico de chaquetilla acoderada, con caireles de seda, ¡á lo torero!; el señor, el traje de etiqueta que usan los ganaderos, en tierras de sus dehesas, calzonas, marsellés... ¡á lo señor!

Vamos á ver algunas reses de las recién compradas, que acaban de llegar al cerrado de Fuente Maillo, que ha adquirido Peláez.

Detrás de ganadero y diestro, marchamos Luis de Tapia, Miguel de Blas, Fonnat, el crítico tau-

rino de *La Correspondencia* y yo, que entonces firmaba mis revistas en *España Nueva*.

Queriendo mostrarme ágil y fuerte, me adelanté á mis acompañantes, y voy á los alcances de los que van en avanzada; me canso pronto; me detengo y aguardo al grupo rezagado.

Tapia, zumbón, me dice sonriendo:

— Te ha pasado igual que le ha pasado en este año á «Machaquito»: *cansado de subir*, te has detenido á descansar.

¡La frase no pudo estar más acertada! ¡Es el compendio de la labor de «Machaquito»! Cansado de dar estocadas hasta la cruz de su estoque torero, durante ocho años seguidos, ¿quién había hecho otro tanto? «Machaquito» pretende en este año descansar; pero... ¡en seguida se lo van á consentir los públicos!

«Machaquito», como «Bombita», estaban ya gastándose en Madrid. En todos los tiempos del toreo, las primeras figuras del abono de nuestra plaza, se tuvieron que renovar cada cuatro ó cinco temporadas.

«Lagartijo el Grande», el califa, el que fué ídolo de los públicos por su carácter rumboso, desprendido, gallardo, humilde, bondadoso, prototipo del toreo legendario; el Séneca taurino, decía hablando de la plaza de Madrid:

— Cá tres ó cuatro temporá, conviene darse una güertecita por provincia, pa que lo orvien á uno, y no se lo sepan de memoria.

«Guerrita», el torero más completo y más vario

que ha habido en el toreo, también practicaba esta máxima. De vez en cuando dejaba que el abono de Madrid se publicara sin su nombre.

«Machaco» con «Bombita», llevaba ocho años seguidos en el cartel de abono, y sin sentir aplausos no había salido una sola tarde de este ruedo. ¡Que salte otro torero de coleta y lleve á cabo hazaña parecida!

Desde Mazzantini y «Guerrita» á «Bombita» y «Machaquito», últimos que abarcan esta etapa taurina (veinte años), el torero de primera fila, el considerado como indiscutible, está la mayoría ¡con un 95 por 100! de las tardes, bien en la lidia de sus reses; los públicos se acostumbran á ello; por eso sostener el cartel es obra de titanes; ahora ya es otra cosa; la reacción contra «Bombita» y «Machaquito» á variado el toreo grandemente; más ya hablaremos de esto.

«Machaquito» empieza ya á cansar; los aficionados, los mismos que le elevaron justamente, esos grupitos dictadores que aquí, como en todos los órdenes sociales, llevan la voz cantante, empieza á querer tirar á Rafael, á socavar el pedestal en que le colocaron. Ya está arriba, y se sostiene y sigue en la pelea sin querer dejar su alto puesto conseguido. ¡Fuera, fuera! Además ha adquirido millones; y todo ello, ¿por qué? ¿Por su valor? ¿Quién es capaz de reconocerse carente de él, para llegar á hacer lo mismo? ¡Sólo, que no se quiere! ¡La condición social!

El torero, bueno que nos divierta y que se jue-

que la vida para distracción nuestra; ¡pero hacerse opulento, escalar un nivel social por encima del nuestro, los que chillamos, los que sin valer mucho nos creemos que lo valemos todo, vamos, hombre!... ¿Se puede eso aguantar?

Además «Machaquito», como torero de este siglo, es precavido, es prudente, compra acciones de Bancos, adquiere fincas, entra en negocios financieros, no tira el oro que gana en sus contiendas, no es juerguista, no es rumboso, no es el torero de la leyenda macarena; ¡no es ídolo de las multitudes fuera del ruedo, como lo fueron «Lagartijo», «Tato», «Espantero», como lo es hoy el «Gallo» (hijo)!

Con poco, pues, que se le vaya la mano, se le puede destruir; pero ¿y el amor propio del torero, y la dignidad del hombre, y la vergüenza profesional? «Machaquito» no será nunca vencido por completo, porque es un caso de dignidad profesional.

Se le desea chillar cansado de verle siempre en su terreno, y se le chilla; este año da algún motivo á ello. La campaña en Madrid es bastante mediana; en las cinco primeras fiestas, sobre todo en la primera de Saltillos, con «Bombita», «Lagartijo» y Pastor, pincha bastante; ¡él! ¡«Machaquito»! Los que desean silbarle, le silban á contento; hasta en los toros en que, como en el quinto de la tercera tarde, en que alterna con Pastor, se acuerda de quién es, y da uno de sus volapiés asombrósos. Entre esas fiestas torea la del 5 de Abril, en que el espada

Fuentes hace como que se va á su cortijo, é inaugura la brillante primera serie de sus atentas despedidas, en Madrid, estoqueando Veraguas...

— Me pilla con desgrasia — dice «Machaco» cuando se empieza á recordar su campaña taurina sentados sobre el césped, junto á la casa del cortijo, en un momento de descanso en la excursión de aquella tarde.

— Es que ya no te arrimas — le contesta bromeando Peláez.

¡No se arrima! En el día 3 de Mayo torea Veraguas en Madrid, con «Lagaritjo» y «Manolete». ¡La córdoba totera! En su primer toro estuvo «Machaquito» muy mal; perdió completamente los papeles; pinchó nueve veces, todas de muy mediano modo; dió tres descabellos y recibió un aviso; ya descompuesto se metió entre los cuernos, fué achuchado, lo pisoteó la res. ¡La *debacle* se inició! Los pitos atronaron el espacio; ¡á él, á «Machaco»! ¡al acostumbrado á las ovaciones!; pero aún no estaba Napoleón en Waterloo; aún Marengo y Austerlitz podían llegar; la vergüenza se le subió á la cara; su público le increpaba justamente. ¿Se le acabó el valor?... Y salió el quinto, «Machaco» se fué á él, le vió la res, se arrancó, tiró el temerario lidiador el capotillo, y erguido, sonriente, con los brazos cruzados, esperó á cuerpo limpio el hachazo brutal; fué un momento de suprema emoción; el terror ahogó el grito en las gargantas, las respiraciones se contuvieron al espanto.

¡Se va á dejar matar! Llegó la res, dió una cornada fiera, vació el espada la ruda acometida con un quiebro de cintura,.. ¡y el peligro pasó! En el cuerno derecho de la res, un hilacho de oro daba al viento la hazaña. La plaza entera crujió impo- nente en alarido de entusiasmo. «Machaco», páli- do, se inclinaba en ademán de gracias. ¡La ver- güenza torera estaba allí! Aquel toro murió de un volapié hasta el codo. ¡Vencía!

Don Modesto decía en *El Liberal*: «Machaqui- quito» es, ante todo y sobre todo, el lidiador de mayor vergüenza torera entre todos los que hoy pisan la arena de la plaza».

Llegó la reacción; tuvo el gesto que le llevó á la cumbre del toreo. ¡El paso estaba dado! ¡Había que desquitarse por completo! ¡No podía admitir que el público de Madrid le buscase afanoso un sustituto! Y fué en pos del desquite.

El día 15 de Mayo, fiesta de San Isidro, toreó con «Quinito» y «Bombita», reses de Surga. El tercer animal, primero suyo, un jabonero corna- lón, que atendía por *Chamizo*, fué el toro mejor muerto de aquella temporada que mediaba.

¡Y así llevaba ocho!, según confesión de *Don Modesto* en su reseña.

«Machaco», solo, entre los pitones de la res, dió siete pases primorosos, todos con la mano izquier- da y haciéndose ensuciar la seda de su traje con la baba del toro ¡como ahora! El público, subyu- gado, emocionado, aplaudía con ciego frenesí. Cuadró la fiera, se perfiló el espada, arrancó á

ella, y por la cola, salió rodando el formidable matador, mientras el animal, metido el estoque hasta la cruz, en su morrillo, daba sus cuatro patas al aire en mortal estertor.

«¡Bien, muy bien, «Machaquito»! — le decía Ginés Carrión en su revista.— El día 15 demostraste de nuevo que sigues siendo el de antes, el bravo «Machaquito.»

¡Y lo era!

— Esto parece que cambia— dijo á su primo «Camará», al dejar la muleta en la barrera.

— ¡Ya lo creo!

¡Pero no cambió así por completo! La apatía y la desgracia volvieron á hacer de las tuyas alguna vez que otra.

En Zaragoza, en Lorca, donde el 28 de Junio da, con toros de Olea, la alternativa á «Serranito», en Carabanchel, cuya plaza de Vista Alegre, pesadilla constante de Mosquera, inaugura á beneficio de la Prensa, lidiando reses de Castellones con «Bombita» y «Gaona», doctorado este año en Tetuán por Jerezano; en San Sebastián, en Valencia y á todas partes donde va (torea 60 fiestas y pierde, por heridas, 19), por regla general, sin mostrarse cobarde, ¡eso, jamás!, se dice de él: ¡Este no se parece á «Machaquito»!

Este año, además, la suerte le es adversa.

El 18 de Mayo, en Baeza, toreando con «Bienvenida», el primer toro de Castellones, le da una cornada en la región glútea izquierda, que le tie-

ne sin torear hasta el 24 de Junio, en que reaparece en Tolosa, lidiando solo cuatro Oleas.

El 26 de Agosto, en Bilbao, toreando con «Lagartijillo», «Cochero» y Martín Vázquez, el segundo toro de Parladé (ya había tenido que matar un miura, por ser cogido «Lagartijillo»), le da la cornada en el muslo, cuya completa curación estamos festejando. ¡Y no paró aquí la cosa!

—No sé qué me pasa este año; pero no me encuentro en mi sitio—dice «Machaco», pensativo.

Viniendo de San Sebastián, de las corridas de Agosto, en el mismo vagón en que viajábamos Leandro Villar, el famoso fuentista, Bonnat y yo, nos dice Rafael: Este año no me hallo muy á gusto. ¡asoman las primeras desconfianzas!...

—Pues vaya porque el próximo día 20, en que reapareces en Valladolid, no te echen al corral ninguno—dice, alzando un vaso de Montilla, burlón, y dándole pelea en esa tarde, Luis de Tapia.

—¡A mí un toro al corral! Por los ojos en fuego de «Machaco», pasa toda su dignidad de hombre.

—¡Aun tenemos torero!...

En la noche del 21 de Septiembre voy yo en un vagón del expreso de San Sebastián, camino de Burdeos. Como estoy solo en un departamento, corro las cortinillas, doy al botón de la luz y me echo á dormir. A media noche, oigo abrir la portezuela; siento que echan una maleta sobre mí; entra un hombre de prisa, hace girar la luz... ¡«Machaco»!

—¿De dónde vienes?

—¡Hombre! ¿Eres tú? ¡Me alegro! Acabo de torear la segunda en Valladolid, y me voy pa Logroño.

—¿Y qué tal se te ha dado?

—No he quedao disgustao en las dos tardes; con los Veraguas y los Anastasio [Martín me han tocao muchas palmas. Lo que hay encerrao pa el 23, es una corria de miuras, de las mayores que yo he visto. ¡Vaya tela, lo que ha mandao don Eduardo!

—¿Y vas á volver á torearla?

—Por supuesto; ¿qué se diría si no?

Ya se pregonaba en Madrid que «Machaquito» no quería matar esa corrida.

Al llegar á Logroño me despedí de él.

—Que tengas suerte con los miuras. ¡Sabía que que volvía!

—Gracias—me dijo.—Y toreó en Logroño con «Bombita»; y á pesar de que el último toro de Guadalets le cogió al entrarle á matar y le dió una horrible pateadura, volvió á Valladolid y mató, no dos, sino tres (por herirse «Cohero» en una mano) de los terroríficos miuras, de tan valiente modo, que no cesó de escuchar ovaciones en toda aquella tarde; y afirmaron completamente convencidos los que le vieron, que si no llega á ser por él, no se acaba el festejo.

—Si no llega á ser por los miuras, con la pateadura de Logroño, no vuelvo yo á Valladolid, decía Machaco luego. ¡Igual que dicen hoy los pincha ratas!..

En Madrid, el día 8 de Octubre, torea en la despedida de «Conejito», con «Bomba» y «Manolete»; sale decidido á arrimarse; mata su primer toro de una de sus soberanas *estocás*, y á su segundo, de dos pinchazos y una estocada buena.

En Barcelona, el 10, va á matar reses de Arribas con «Bombita», «Gallito» y «Cocherito de Bilbao», que sustituye á «Minuto». Cuando llega á la ciudad condal no oye hablar más que de «Bombita» y de «Gallito», de toreros vistosos, de pases de molinete, de artistas... ¡qué se yo! De «Machaquito, ¡ni palabra! ¡*Borrao der too!*

— ¡Zí? ¡ya veréis ustedes!

La tarde del festejo sale mi hombre decidido á ganar la pelea, ¡y la gana! ¡Pregúntenle ustedes á Franqueza y á Juan Manuel Rodríguez y á cuantos presenciaron la corrida!

Dos faenas de las de ¡venga tila!, dos *estocás* por too lo alto del morillo, saliendo en la primera de ellas «empalao» por la corva; dos ovaciones de las gordas, las dos orejas de los *socios* de Arribas, y... ¡viva Córdoba!

El año empieza *esaborío*, y acaba con una *esaborición* mayor.

El 24 de Octubre se da en Madrid la primera corrida del Montepío taurino, que tiene ya feliz realización, gracias á «Bomba», á quien ayuda «Machaquito». En ella deben estoquear seis benjumeas «Bombita», «Machaco» y «Cocherito». El segundo toro de la tarde, *Ojinegro* de nombre y de pelo castaño, engancha al cordobés al darle un

pase, lo recoge en el suelo, y le produce una herida en el muslo izquierdo, de 10 centímetros de extensión por 12 de profundidad, que le hace acabar aquí la temporada.

¡1908! ¡Mal año!

— ¡Le digo á osté que cuando empiesan las cornás, son como las *seresas*! — dice «Zurito», sentencioso.

— Lo que *sa* menesté es que no salga la sangre brava amontoná — decía «Lagartijo»...

*
* *

Y ahora un alto en este fárrago de citas, para dar á conocer á los lectores una nueva aptitud de «Machaquito». «Machaquito», escritor taurino. Cierta día, en San Sebastián, vino á verme «Machaco»; en el patio del hotel en que vivía, me halló escribiendo unas impresiones de viaje, para enviarlas á un diario de Madrid.

Iba ya por la sexta cuartilla, y al ver «Machaco» que aun seguía escribiendo, me dijo con asombro:

— Prefería yo matar ocho miuras, que llenar dos *papelillos* de esos con lo que me se ocurriera *der serebro*.

Y, sin embargo, escribió un día; llenó dos *papelillos*; fué revistero de una fiesta de toros. ¡Lo que él creía más difícil!

El 2 de Enero de este año encontré en la calle de Sevilla de nuestra villa y corte, á Luis Viudes, el nervioso y fiel mozo de estoques de «Machaco».

— He venío hoy de Torrelodones, de escogerle á Oñoro un novillo, pa que lo lidie el mataor en Lorca el día de Reyes; es un berrendo mu güen mozo; me escribió el mataor, diciéndome que lo enviase encajonao, y que si viesse á osté, le dijese que se vaya pa allá, que se va á dar ese día una encerrona superió.

— ¿Pues qué pasa?

— Na; que, como sabe osté, Rafael está pasando con la familia de su mujer el invierno en Lorca; que allí se ha formao una sosiedá de los señoritos del pueblo pa dar becerrás que preside «Machaco»; que el otro día echaron un becerro mayor de la cuenta, que no se atrevían los aficionados, que tuvo que bajar el *mataor* á despacharlo, que le echó mano al darle el tercer pase, que se enco-rajinó, que sitó á resibir y que, metió toa la espá por lo alto del morrilo en esta forma; luego, como se dijo por el pueblo la cosa, tos querían volverle á ver torear, y antiayer resibí carta suya, en la que me desía lo der novillo y lo de osté.

— Hombre, siento muchísimo no poder ir.

— También lo sentirá el mataor; si quie osté argo, yo me llevo al toro encajonao pasao mañana.

— Nada, que os divertáis.

¡Y sí que se divirtieron de lo lindo! Cada vez que me acuerdo de esta fiesta siento un gran pesar por no haberla presenciado. A mí, estos festejos íntimos, en los que un diestro ó un cantante, dan su arte para un grupo de amigos, me agradan más que nada. No es el sol, ni la mancha policroma

del público, ni el destellar de los caireles y las sedas, ni la belleza de nuestras hembras de mantilla, ni la vistosidad de todo el cuadro lo que á mí me seduce de la fiesta de toros; es el estado del alma del torero, su serenidad ante el peligro, la confianza en su valer, la seguridad en su maestría, la gallardía de sus gestos. En estas corridas á puertas cerradas, el torero aparece en toda la amplitud de su valor artístico; ni tiene que esforzarse en aparecer tranquilo cuando tiembla, ni sonreír cuando una mueca de dolor viene á sus labios; está solo ante él, no finge, no engaña, no chala. El par de banderillas que yo recuerdo como el mejor que he visto, fué uno que le vi poner á «Blanquito» á un toraco de Aleas, en una encerrona de amigos, que organizó el espada Fuentes en la placita de Puerta de Hierro.

Sólo, ante diez ó doce espectadores (amigos todos) llegó á la cara, alzó los brazos, clavó los rehiletes, y los cuernos del toro (tenía cuatro años) rozaron el pecho del famoso rehiletero, como para llevársele colgado en ellos al menor descuido. «Blanquito» sonreía. ¡Por eso lo sabía hacer igual luego en los ruedos!

«Machaco», en ese día 6, dió un volapié de los que él daba ante los públicos de toros. ¡No podía ser de otra forma! ¡Era «Machaco»!

Afortunadamente no quedó en el anónimo la valiente faena; el periodista, ¿á qué adjetivos tratándose de él?, Darío Pérez y el escultor, ¡nuestro escultor!, Benlliure, la presenciaron. Hé aquí

cómo la brillante pluma del cronista describe aquella fiesta:

«El gran torero no se adornaba de luces. Vestía traje oscuro, cazadora larga y entallada, gorra gris, camisa blanca con alfiler de brillantes en la corbata y zapatillas de faena. La expectación fué inmensa. ¡Ahí es nada ver matar á «Machaco» un toro en pleno invierno, el día de Reyes!

Me decía Valcárcel:

— ¡La boca agua se le haría á la afición de Madrid!

Fué el torero de siempre: trabajador, valiente, inteligentísimo. Banderilló muy bien, y dió una colosal estocada en la cruz, acostándose, sin acordarse de que podía salir del trance en brazos de la muerte.

Cuando acabó la ovación, y llevaba trazas de no concluir, «Machaco» subió al palco á despedirnos. ¿Por qué no hacer él su primera reseña de toros, cuando no estaba allí mi inteligente colega Eduardo Muñoz?

— ¡Pero si yo no sé de eso! — me decía el diestro excusándose — ¡Que lo haga don Mariano!

— Bueno; pues usted me dicta, yo escribo y usted firma.

— ¡Pues vaya por ustedes!

Y me dictó esta cuartilla, que entrego á las cajas y á sus devotos, firmada por el nuevo revistero taurino:

El toro, de don Fernando Tabernero, era corniabierto, bien armado, berrendo en colorao, escurrido, buen mozo.

Los picadores han estado regular.

Yo he puesto un par de frente y luego otro idem. Camará otro á la salida de un capote, saliendo tropicao. Jardinero, medio par.

Yo encontré al toro descompuesto.

Le dí el primero con la derecha, otro con la izquierda, uno en redondo. Un pinchazo saliendo rebotao; otros pases y una estocada para que no necesitase puntilla. En fin, todo regular. Y na más.

Machaquito.

En concisión y en claidad no puede pedirse más á ese toro reseñado.

¡Abramos los brazos, pues, al «Machaquito» revistero!»

Enero del 908. Nuestro compañero en la prensa, Machaquito, da muerte á un toro de Tabernero, igual que pudo hacerlo un diestro de renombre.

¡Así se puede predicar!...



CAPÍTULO IX

El lío de los Miuras y la salida de Madrid, año de 1909.

Para estudiar bien la historia de «Machaco», para ver claro en dónde se fundó su última competencia, es necesario este capítulo.

«El lío de los miuras» fué, para los toreros, la mecha que ellos mismos pusieron, para que los rencores contenidos de la afición á toros contra los *consagrados*, estallasen. «El lío de los miuras»

creó reputaciones absurdas, y quiso matar de raiz famás consolidadas por el valer personal.

Desde que la fiesta de toros es tal fiesta especulativa y profesional, los dos elementos principales de ella, ganaderos y toreros, han tenido aspiraciones opuestas, han hecho campañas encontradas, han tendido á fines muy contrarios; ¡claro, son los dos enemigos del combate! Los ganaderos desean vender cuanto más toros, mejor; dar todos los mansos que debieran ir al matadero, á las plazas de toros, donde se pagan más las reses; hacer pasar, á fuerza de darles grano para que adquieran poder artificial, los toros de cuatro y de tres años, por reses hechas, de los cinco cumplidos que marca el reglamento; por bravos en los porrazos que dan á los picadores, los mansos que en las huídas estrellan los caballos.

Los toreros, al contrario, desean ¡siempre lo desearon! que los toros sean cuanto más chicos y sin poder, mejor; que salgan bravos y nobles; que lleguen á la muerte destrozados. Y el punto de combate, la *madre* del cordero ó del *novillo manso* en toda esta cuestión, estuvo siempre en las puyas. Los ganaderos quieren aumentar el poder de sus toros para que luzcan más, y achicar cuanto se pueda las puyas, para que no hagan más que arañar la piel de sus *borricos*, y no pongan con su castigo, al descubierto, la mansedumbre de las reses. Los toreros, procuran darles lanzas á sus piqueros, con objeto de que el toro, llegue ya muerto á su poder, y con un descabello terminar. En el

año de 906, después de muchas discusiones, llegaron unos y otros á un acuerdo. «Machaquito» fué uno de los que firmó el acta siguiente:

«Excelentísimo señor ministro de la Gobernación:

Los que suscriben, de una parte, ganaderos asociados, y en representación de la Unión general de criadores de toros de lidia, y de la otra, los lidiadores de reses bravas abajo firmantes, en su deseo de evitar para lo sucesivo las frecuentes gestiones originadas con motivo de la forma y dimensiones de los topes y puyas que deben emplearse en las corridas de toros y novillos, han convenido en aceptar, como único modelo para todas las plazas de España, el que ha sido adoptado en la de Sevilla, por acuerdo de 31 de Mayo de 1905, cuyo modelo se custodia, debidamente autorizado, en aquel Gobierno civil.

En su propósito de dar cumplimiento á este recíproco compromiso,

A V. E. respetuosamente suplican se sirva ordenar á los gobernadores de provincia y demás autoridades encargadas de la presidencia de las corridas de toros se observe fielmente este compromiso, con carácter de generalidad y como parte integrante de las disposiciones que han de regir en adelante en este género de espectáculos.

Dios guarde á V. E. muchos años.

Madrid 15 de Mayo de 1906.—El duque de Veragua.—Eduardo Miura.—Felipe de Pablo Rome-

ro.—José Antonio Adalid.—Antonio López Plata.—Marcos Pellón.—Juan Manuel Sánchez.—Manuel García.—José García.—Antonio Moreno, «Lagartijillo».—Antonio Fuentes.—José García, «Algabeño».—Antonio Montes.—Ricardo Torres, «Bombita».—Antonio Guerrero, «Guerrerito».—Rafael González, «Machaquito».—Juan Sal, «Saleri».—Tomás Alarcón, «Mazzantinito».—Antonio Boto, «Regaterín».

No firmaron este documento, por hallarse ausentes de Madrid, los espadas «Quinito», «Minuto» y «Lagartijo»; pero enviaron su conformidad con lo convenido.»

Hoy, cuando ven que á pesar de esa puya elegida, siguen saliendo mansos y más mansos, ¡claro, lo dan todo á toro de lidia! quieren los ganaderos volver á reformarla, y alzan la voz al cielo, seguidos por la gran mayoría de los aficionados que, por regla general, van contra los toreros.

En todo hay excepciones; aquí también, aun cuando muy escasas.

Resultado de estos antagonismos, surgió el «Lío de los miuras»

Don Eduardo Miura es el mejor *hombre de campo*, el ganadero más entusiasta y entendido, (que me perdonen los demás), el dueño de vacada más esperto, que tiene hoy por hoy Andalucía.

Todas las mañanas, al despertar los campos á la luz, suenan por el Paseo de las Delicias de Sevilla las colleras del coche que lleva á *don Eduar-*

do á sus cerrados. En todos los crepúsculos, cuando las sombras de la noche caen sobre el Guadalquivir, se ve al afamado ganadero del rostro patillado volver de bien cuidar á su ganado. Cada toro, cada vaca, cada becerro de la dehesa, tiene en la excelente memoria del señor Miura su historial, paso á paso.

Si puede algún ganadero asegurar alguna vez, «¡ahí va un toro de nota!» ó «¡ahí va un *esaborio!*» es él, á no dudar.

Dicen que su ganado procede de mil castas. ¡No lo sé á ciencia cierta! Lo único que puedo asegurar es que lo mas bravo y noble, y lo más manso y difícil, que yo he visto en los ruedos, llevaron la divisa verde y negra.

Los toros de Miura trajeron á la fiesta una leyenda trágica.

«Pepete», «Espartero», «Dominguín»... algunos matadores de fama, dejaron la vida entre sus astas, y el vulgo, la afición, los toreros, le dieron á esta vacada tal luctuosa fama, que la superstición meridional, logró, que cuando una res de esta divisa se corriese, los diestros, con sus temores, muchas veces (las más) infundados, hiciesen faenas desdichadas. De todas suertes, por su dureza de *canillas*, por su agilidad de cuello, por sus nervios y músculos, los toros de Miura que salen mansos y quieren defenderse, son bastante más difíciles que todo otro ganado, se hacen más de sentido, y su lidia presentan un peligro mayor.

Y como, en general, todos llevamos dentro un

algo de alma á lo Nerón, como el *placer de la catástrofe* es intuitivo, como las emociones fuertes nos seducen, como la tragedia del circo nos atrae, los públicos empezaron á abarrotar las plazas de toros, cuando se anunciaban miuras, las empresas comenzaron á aumentar los pedidos al excelente ganadero, y á cada cogida de un torero, el crédito comercial de la divisa, subía á lo incomparable.

Los diestros, ya dieron en temer; la invasión de los ruedos por los terribles toros aumentaba; las primeras figuras, si antes lidiaban en toda la temporada tres veces, reses de este acreditado ganadero, ahora las lidiaban doce ó catorce. ¡Era éxito de empresa! Y vinieron entonces las reservas de los matadores que podían tenerlas, y empezaron á preocuparse ya de su defensa personal antes del espectáculo.

Don Eduardo Miura, como hombre inteligente, vió el peligro; si los matadores de primera fila se negaban á torear sus reses, estaba perdido como ganadero. Con «Guerrita» ya había tenido un percance en ferias de Sevilla; con «Frascuero» otro por el toro *Colin*; con «Lagartijo» también debió tenerlo, si no él, su hermano don Antonio. cuando en una brillante biografía, como todas las suyas, del Bachiller González de Rivera (número 714 de *Sol y Sombra*) leí yo lo siguiente, refiriéndose á los *campanilleros* que expulsaron al gran torero cordobés del ruedo sevillano:

«Franca y abiertamente los capitaneaba un amigo de «Currito» don Braulio Navas, y compartían

con él la jefatura, sin dar la cara ni hacer alarde, el famoso empresario Bartolomé Muñoz y un hermano de un famosísimo ganadero que, andando los años, fué dueño de la ganadería y lo es en la actualidad. Claro es que me refiero á don Eduardo Miura ».

Para atajar el mal, ideó ó *contribuyó* á que se idease, la Asociación de ganaderos andaluces, que después se hizo «Unión de ganaderos general», y que fué presidida en Sevilla por el propio señor Miura y en Castilla por el señor duque de Veragua.

En los estatutos de la asociación, figuraba como base principal la fórmula siguiente, que quedó incluida en los contratos de los ganaderos para con las empresas:

«Igualmente se compromete (el empresario) á que para las corridas que se celebren, ningún espada ponga en sus contratos la *condición de no lidiar toros de algún ganadero de la Unión*».

¡Estaba claro!

«Machaquito», por estar con «Bombita» ocupando los dos puestos más altos del toreo de su época, tenía todos los años que lidiar un número mayor de toros de Miura que de los otros ganaderos. Don Eduardo subió el precio del ganado y aumentaba sus toros de modo tan alarmante, que «Machaquito» había leído que Miura, con menos vacas que Veragua, dando éste el 904, 73 toros de lidia, y el sevillano sólo 57, el 907, año anterior al en que empezó este pleito, había dado á las plazas

105 animales, mientras el prócer castellano seguía dando los mismos 73. ¿Qué es lo que aquí pasaba? ¿Sería que Miura, en virtud de las demandas recibidas, daba como toro de lidia todo cuanto tenía? ¡Oh, los terribles mansos de Miura! ¡Siguiendo así, casi todas las corridas que en adelante torea sen, serían de Miura!

Y empezaron á germinar ideas de defensa, y un día, en la plaza de Zaragoza, sentados en el estribo de la valla Ricardo y Rafael, después de haber sudado lo indecible para ver arrastrar *uno* de los difíciles del ganadero sevillano; se debieron decir:

— Oye, esto no puede seguir así; puesto que don Eduardo pide más precio por sus toros, y las empresas ganan con ellos más, porque viene la gente á ver si nos desacen, vamos á pedir nosotros más dinero también por torear estas reses, que nos cuestan mayor trabajo que otras.

— Arsando.

«Machacó» se *embarcó*. ¿No era esto lógico?

¿Titta Rufo ó Anselmi, Benlliure ó Querol, Sorolla ó Romero de Torros, todos los artistas de los distintos órdenes, no ponían libremente el precio á su trabajo, sin sujetarse á pauta alguna? ¿Por qué no los toreros? A hacerlo fueron. Pero sin emboscadas ni tapujos, dando el pecho y la cara, haciéndolo público, con noble proceder.

Y aquí precisamente estuvo el mal; en primer lugar, por que, con poco aprecio de su valer torero, Bombita y Machaquito los dos que aquí podían *alzar el gallo*, se rodearon de otras firmas, y en

vez de hacerlo ellos dos por sí solos, lanzaron á la afición un manifiesto antipático, que en el último párrafo llevaba un conato de coacción, y en el que estamparon sus nombres además «Guerrerrito», «Lagartijillo», «Pepe-Hillo», «Saleri», Vicente Pastor, «Gallito», «Lagartijillo chico», «Cocherito», «Mazantinito», «Pepete», «Bombita III» «Manolete» y «Segurita».

En segundo lugar, porque el pueblo, la afición, que juzga á los toreros como figuras novelescas, exentos de toda baja pasión, de todo mercantilismo, paladines esforzados de todo desinterés y de toda acción romántica, vió, con la desilusión consiguiente, que sus héroes hablaban de temores, y de dificultades y negocios, como un mortal cualquiera de poco más ó menos.

Y teniendo los toreros razón en este pleito, tuvieron enfrente á la afición. Los vocingleros, aquellos mismos que echaron á Guerrita y que ya estaban afilando sus dientes contra estos dos toreros desde hacía algunos años, vieron propicia la ocasión y avivaron la llama, y «Machaco» navegó con «Bombita» en el mar encrespado, de las reconvencciones y censuras que le restaron simpatías.

¡Hicieron mal los toreros, sí señor! Aquí, como dijo Dicenta, preferimos las viscosidades de la alcantarilla á las garrazos del vendabal, y el que no va con la corriente es motejado de cursi ó de infame. Hipocresía, mucha hipocresía, que con ella se llega á todas partes; un acuerdo secreto contra Miura, y nada habría pasado; pero tuvieron la osa-

día de lanzar á la publicidad lo que trataban de hacer, y hasta el enharinado don Tancredo se atrevió á llamarles cobardes.

Sobre este pleito dió todo el mundo su opinión; en todos se veía un algo de interés ó de pasión; sólo ese noble rebelde que fué un gran banderillero, Mazzantini (Tomás), regentando una ganadería, la del señor Olea, se puso al lado de sus antiguos compañeros y los defendió con razones atinadas. «Fíjese usted, amigo *Claridades* — me decía en una carta que *España Nueva* publicó— que este pleito está lanzado para defender á un solo señor, el que ideó la Asociación de Ganaderos...» ¡Y daba luego unas razones convincentes!

«Quinito» y «Rerre», en cambio, tuvieron un bello gesto de entereza; ambos se negaron gallardamente á hacer causa común con sus *temerosos* compañeros; lo malo fué, que se dijo en seguida que «Quinito» se había disgustado con su antiguo amigo y apoderado señor Pacheco, porque le comprometió á torear en el otoño del 902 una corrida de miuras; precisamente aquella en que se jugó el toro *Catalán*, honor de la temida ganadería sevillana.

Hubo reuniones de toreros en casa de «Bombita». Las hubo de ganaderos en el domicilio de La Unión, se excitaron los ánimos y se enviaron *ukas*, por una y otra parte á las empresas, graciosísimos.

— Si usted contrata á esos toreros, nosotros no le daremos toros.

— Si usted compra toros á esos señores ganaderos, nosotros no los toreademos jamás.

A todo esto el público se frotaba las manos de placer, preparándose para asistir á la batalla.

El Marqués del Saltillo, Anastasio Martín, la Viuda de Concha y Sierra, el señor Pérez de la Concha y el señor Benjumea, vieron el juego claro y se separaron de la unión.

Pero intervino al fin el caballeroso Duque de Veragua, vinieron á Madrid los ganaderos disidentes, solos ya con la hostilidad de todos, los toreros cantaron el yo pequé, se arregló caparrotta, y... siguieron saliendo mansos á los ruedos, y hasta se llegó á tomar por algunos ganaderos, el acuerdo de considerar como toro, todo el becerro que tuviere ¡desde tres años en adelante! ¡Inri! ¡La afición ó quien llevara la voz cantante y muy *desafinada* entonces, puede apuntarse esta victoria!

Un día, Paco «Frascuelo», el famoso torero hermano del *matador de bronce*, me dijo á mí, mientras en su popular Academia taurina daba lecciones prácticas á «Chiquito de Begoña» y á Gaona, ante un toro de mimbre.

— Créame osté: lo de los toros se arreglaba con que á los ganaderos les obligase el público ó la empresa á estar en un sitio visible de la plaza para aguantar las broncas. Así, cuando el ganado fuera manso, no pagarían los toreros.

El público, sufrido en este pleito, como en todos, no hizo más que perder...

Y entra ahora la segunda parte de él. El señor

Mosquera, el del *clavito*, fué poco á poco despejando factores de su empresa, hasta quedarse solo...

—¡ A mí, el nombre, sólo el nombre! ¡ La finca para ustedes!...

Don Indalecio, hombre inteligente y ducho en los negocios, como de éste no tenía noción alguna, buscó en seguida quien lo ilustrase en esta empresa, pero sin que pudiese hacerle sombra, y que fuese un servidor fiel y sumiso y un amigo verdad; ¡ y lo encontró!

Un sastre de toreros popular, aficionado entendidísimo, experto en estas lides empresarias, porque las había tocado muy de cerca, y conocedor, por largos años de experiencia, de toda la chismografía del toreo, se le ofreció...

Retana pulsó la opinión en los corrillos de los cafés céntricos: Inglés, Lion'Dor, Gran Café, Universal... Vió que los contertulios, esos aficionados que tienen fama de entendidos en la fiesta, porque hablan mucho de toros, chillan en los tendidos, saludan á los diestros y conocen al dedillo fechas de ajuste é íntimos detalles (equivocados la mayoría de las veces), habían declarado á «Machaquito» y á «Bombita» la guerra sin cuartel, y juzgó llegada la ocasión de su plan:

Mejorar la condición de las empresas, atadas á los diestros de pies y manos por ciertas exigencias; las *escrituras abiertas* y las *sustituciones*.

Escrituras abiertas son, lector, aquellas que hacen los toreros, en cuya virtud tienen derecho á torear todas las fiestas extraordinarias que se cele-

bren en Madrid. Esto, en vez de perjudicar al público le favorece, porque como el torero que tiene esa imposición, es generalmente uno de los dos ó tres primeros que hay siempre, el público ve en las extraordinarias á los toreros mejores. A quien fastidia es á las empresas, que no pueden hacer tales combinaciones.

Las *sustituciones*, y esta era la cláusula leonina en las escrituras de los diestros, consisten en que si el torero salía herido, aunque fuera en otra plaza distinta de la en que se hacía el contrato, tenía derecho á enviar otro torero en su sustitución, con su cuadrilla, y cobrar como si él torease. Como era natural, como sustituto se anunciaba un torero de segunda fila casi siempre. Esta cláusula sí que dañaba á los públicos, porque obligaba á las empresas á dar malas combinaciones por el mismo dinero que le costaban las mejores.

Retana explicó á don Indalecio el caso, éste vió luz en el asunto, se aprovechó de las pasiones desatadas, se presentó víctima á los aficionados que más se hacían oír por la bondad de sus pulmones, y presentó su pleito.

— No, no es sólo lo de los miuras; son las escrituras abiertas, y las sustituciones y cuarenta exigencias más que no se pueden tolerar.

Y la afición oyó estos nombres y estas cosas, y sin darse perfecta cuenta, creyendo inocentemente que iba á ir ganando, chilló también.

— ¿Y quiénes son estos pobres endiosados?
¡Como si no hubiera más que ellos!

— A ver, á ver, ¿no hay ahora novilleros, que pueden ser los sustitutos? ¡Pues á buscarlos entre los que había antes! ¡Los dos que fueran mejorcitos!

— «Pastor» es madrileño, y mata mucho; «Gallito» es mixto, y dijeron en tiempos que era un fenómeno torero.

— ¡Nada, nada, esos dos, y si no otros; cualquiera! «Bienvenida», «Pepete», Martín Vázquez. Uno.

— Todos, menos esos dos *mamarrachos*, si es que no se doblegan.

Y el empresario, ayudado por la afición, puso la ley; no entraron los toreros y quedaron descartados del ruedo de Madrid, con gran satisfacción de muchos.

— ¡Uf! ¡Gracias á Dios que se fueron! ¡Nueve años todas las tardes bien!

— ¡Qué empacho!

— Que se vayan, que ya están ricos, á sus casas.

¡Y se fueron! La afición cambió; el toreo de prudencia empezó á distraernos. ¡Malo! ¡La viril fiesta se moría!

¡«Pastor» y «Gallo» en el abono de Madrid! Los años 1903 y 1904 salen de él porque no gustan; el 1908 y el 1909 vuelven á él y nos resultan dos fenómenos, sobre todo Gallito, desde el primer momento.

No obstante, Pastor y «Gallo» son los mismos; léanse las revistas de aquellas fechas.

¡El lío de los miuras, y los ocho años seguidos

de «Machaco» y «Bomba», en nuestro abono, habían modificado las condiciones artísticas de nuestros simpáticos muchachos! ;Yo me alegré por ellos!

A más, á don Indalecio, de suyo rencoroso, no le basta observar que el público se ha puesto de su parte, sin saber dónde va, sólo por ese gesto romántico tan español de ayudar al que se cree débil; le precisa llevar á cabo el aniquilamiento de los que no se daban por vencidos; y como además tiene aficiones á comunicarse con el público, la literatura le subyuga; lanza y hace repartir en su plaza unos prospectos anunciando la temporada del 1909, y diciéndole al público, en ellos, que «Bombita» y «Machaco» no venían al abono de Madrid por no querer ceder en lo de la *escritura abierta*, mezclaba ésta con las sustituciones, y sacaba á pública luz sus contratos, en el preciso momento en que salían á jugarse la vida, en la corrida de la Prensa verificada el 25 de Marzo de este año, en la que el «Bombita» «Gallo» y Gona, mataron cuatro toros de Miura, y cuatro de Pablo Romero.

Además, por si faltaba algo, el cartel del desahucio llevaba la siguiente coletilla:

«Por último; entendiendo el empresario que por culpa de unos y otros, la fiesta de toros decaería fatalmente sin el concurso y entusiasmo de los señores abonados, se propone corresponderles en la medida de sus fuerzas, muy inferiores á las de su

deseo, y al efecto, además de la rebaja general de precios antes referida, les hará una bonificación *del diez por ciento* y les autorizará á presenciar gratuitamente el apartado de los toros de las corridas de abono, con sólo la presentación del telón correspondiente.

Madrid 25 de Marzo de 1909.—*El Empresario.*»

¡Este es un hombre! se dijeron. ¡Ahora es cuando se va á arreglar la fiesta! ¡Ahora es cuando vamos á ver toros de balde! ¡Fuera, fuera esos dos inquisidores!... y la salida de las cuadrillas se silbó.

Hoy, Agosto del 912, los precios de las localidades de la plaza de toros, por regla general, son más caros que nunca. A la plaza, en este mismo año de 909, se tiró el público como protesta contra unos becerretes famélicos de don Gregorio Campos, que el 13 de Junio se quiso hacer pasar por toros. A pesar de que las escrituras abiertas se acabaron, al público no se le indicó jamás en los carteles del abono qué combinaciones y en qué días las iban á poder presenciar. ¡Todo fueron promesas! ¡Todo muy buenas intenciones!

«Bomba» y «Machaco» se fueron excomulgados. ¿Qué ganó el público?

Este fué el fin de aquel famoso pleito de los Miuras...

*
* *

Afortunadamente para «Machaco» ¡cómo no!, aquellos silbidos con que se le recibió, fustigaron su amor propio; aquella tarde, su segundo toro, el celebre *Palillero*, de Miura, terror de aficionados, por su excelente tipo, desde que se desencajonó, fué muerto por «Machaco» de un modo magistral; siete pases, todos con la izquierda, entre ellos dos naturales y dos de pecho colosales, y un volapié hasta el codo, algo contrario de afianzar, echaron á tierra á aquella mole con pitones, que desde que salió, llenó de alarma á los que lo veían; ¡aún era «Machaquito»!

Y volvió á Madrid en la fiesta mayor de la Beneficencia, el 17 de Mayo, con «Bombita» y «Cochero», y mató dos toros de Veragua y uno de Santa Coloma; bien el segundo y quinto, y mal el sexto, que le cedió «Cochero», por tener que abandonar la plaza y salir para Orán. Todavía no se le admitían á los toreros de primera fila los sablazos en el cuello, á la media vuelta, que luego se consideraron clásicos con un manso difícil; el Veragua que le tocó á «Machaco», se apencó en los tableros y no bajaba la cara; éste se desesperó inútilmente, antes de pincharle la primera vez le dieron un aviso; entró á matar tres veces, sin pasar de los cuernos, y en la última agarró un bajonazo, que le pitaron con justicia y con saña.

—Abreme por aquí, abre que llevo prisa.

Huyendo de la bronca, se marchó por la puerta de Madrid; hubo que ver lo que se dijo de esta marcha.

—¡Se ha huído!

—¡Ese no vuelve más!

—¡Se le acabó el valor!

—¡Ya han visto ustedes cómo corre!

Yo me fui con «Machaco» en aquel mismo día; iba con una comisión á Argelia, é hice el viaje en compañía suya, por Orán. En el tren fuimos con Cristóbal de Castro, que marchaba á Valencia, y con Lola Bremón, que iba en artística *tournee* á Alicante. Hablamos de la corrida de aquel día; «Machaco», contrariado por la protesta con que le despidió su público, exclamó varias veces:

—¡Volveré, volveré!

En Orán, una tarde, después de haberle visto matar con gran fortuna seis toros de Peláez, paseábamos con el fabricante de tabacos señor Bastos, por una de las plazas céntricas de aquella capital, francesa oficialmente, pero en espíritu española.

Arabes de aspecto arrogantísimo, franceses reverentes y amables venían á saludarnos, felicitando al espada por sus triunfos.

—¿Oh le vaillant toreador!

—¡Oh le gran Machaquito!

—Maestro, ser fuerte y ser valiente.

Aquellos mocetones del rojo fez y de chilaba parda, que hablaban mejor el español que la lengua oficial, veían al hombre de su raza cuando era fuerte y prepotente.

—¡Maestro!... en las negras pupilas de sus ojos irradiaba una intensa alegría admirativa.

—¡Vencía á los toros con una imperturbable serenidad! ¡Era muy fuerte!

— ¡Era grande!

«Machaco» renacía en su días de triunfo indiscutible.

— Yo volveré á Madrid—me dijo, sacando á flor de labios su amor propio, empeñado en aquella su última derrota.

— Harías mal—le argüí:—tú has estado ocho años seguidos en aquel cartel; recuerda á «Lagartijo» y á «Guerrita». Ahora Madrid tiene sus simpatías por otros dos toreros. Aguarda á que llegue el desengaño. Ten todo el estoicismo de estos moros. «Espera en tu portal á que el cadáver del enemigo pase.»

Aquel año no volvió; pero no tuvo paciencia para esperar el tiempo necesario. ¡Le atraía la plaza de Madrid!...

«Machaco» seguía en la racha de desgracia.

— Mire usted—le decía «Lagartijo» á un aficionado que en San Sebastián le denostaba por una faena pesadísima en uno de sus toros.— Esto del toreo es un infundio: los toreros zemos como los canjilones de noria, que unas veces vamos pa abajo y otras pa arriba. ¿Quién zabe zi ze va usted á mori de gusto en verme matá er otro toro?

Rafael este año marchaba, por regla general, en los canjilones de abajo. Toreó en San Sebastián, en Córdoba, en Cartagena...

Desde Alicante, en donde el 29 de Junio, to-

reando con «Bienvenida», estoqueó muy bien tres toros de Murube, fué á Palma de Mallorca el día 4 de Junio, y aquí tuvo uno de los percances más funestos (el más si no hubiese venido luego lo de Madrid), de su vida torera.

Mataba con Gaona seis toros de Saltillo, y al torear el cuarto, el diestro mejicano fué enganchado aparatosamente y magullado. Rafael cogió los trastos, fué á dar su primer pase y colándosele el saltillo por debajo de la tela, le enganchó y le dió una cornada en el muslo izquierdo, de siete centímetros de profundidad.

La corrida se dió por terminada. «Machaco» fué desde la enfermería de la plaza á la fonda, en una camilla, y los médicos de Palma dijeron confiados:

— No es nada. Un mes, y á torear.

La afición, que al principio se alarmó con la herida, quedó tranquila y se dedicó á comentar la bueyada que había enviado el ganadero, al que, en protesta general, envió la Sociedad de allá La Veda, el siguiente telegrama:

«Marqués de Saltillo.—Casino Sevillano.—Sevilla.—Protestamos enérgicamente cobrar 12.000 pesetas por mansos bueyes. Con nosotros protesta público Palma. Cuente con amigos para acreditarle célebre ganadería.—Socios Veda.»

Machaco» llevaba ya seis días sin alivio ninguno; antes bien, unos dolores agudísimos en la pierna herida le tenían sin dormir.

— ¿Pero cómo ez posible que ziendo chica la corná estemos toavía azi?

— Ya mejorará, ya mejorará — decían los doctores — esto marcha despacio.

— Mira, mira, dijo un día José, vámonos *pa* España (José «Machaco», en cuanto pasa un río ya cree que está en el extranjero); estos tíos me paece á mí que no *chanelan* de estas cosas.

— Me paece á mí que va á *sé* lo mejó.

Y á los diez días, con la oposición de los doctores, que no juzgaban oportuna la salida, le llevaron al vapor, le acondicionaron en él y llegó á Barcelona con su hermano.

— Si llega usted á tardar — le dijo Raventós, á cuya clínica acudió para ser asistido — es muy posible que se hubiese quedado cojo.

— ¡Qué te *paese!*...

Y el doctor Raventós, cirujano expertísimo, confianza de todos los toreros, le hizo una cura dolorosa, en el acto, y empezó á mejorar, y atendido por su esposa, que llegó con su hija para cuidarle, antes de un mes salió, dado de alta, en el expreso para Madrid.

¡Le digo á osté que cuando empiezan á sucederse las cornás!

Por ésta, perdió de torear tres meses y 32 corridas ajustadas; las ferias de Pamplona, Salamanca, Valencia, Santander, Albacete, Bilbao, San Sebastián, y las corridas sueltas de Cartagena, Barcelona, Almería, Logroño, Gijón, etcétera; 32, más las 29 que toreó este año, 61, más las que hubiera ajustado en los tres meses que tardó en curar de su herida. Las 70 de

siempre, en números redondos. ¡Sin Madrid!
¿No salen bien los cálculos?

El día antes de marchar de Barcelona, correspondiendo á las atenciones que con él habían tenido sus amigos más íntimos, les obsequió con un banquete en la *Maison Doré*. Luis Castillo, el empresario del circo nuevo de la ciudad condal; don Vicente Gil, Ors, Serrano, Punsoda, Pinillo, Ferreira, Guerra, los hermanos Inglés y algunos más, fueron los comensales. A la hora de los brindis, Castillo dijo levantando su copa:

— Pa que vuelvas á la pelea como siempre.

¡No había de volver! El 22 de Septiembre re aparece en Logroño con «Bombita», y en el primer toro de Peláez se entrega; el 10 de Octubre torea en Barcelona con «Moreno de Alcalá», Lombardini y Pedro López, dando la alternativa al primero de éstos (Moreno hizo doctor á López), cuatro toros de Olea y cuatro de D. Esteban Hernández.

Franco, el corresponsal de *Sol y Sombra*, dice de él en su revista de aquel día:

«Machaco» fué el héroe de la tarde. Una buena tarde de torero, y como matador, fué el «Machaquito» de los *riñones por toneladas*.»

Su primer toro murió de un volapié fenomenal, y su segundo de un pinchazo superior y media en las agujas. Le otorgaron la oreja de la víctima.

¿Volvía?

Este año cerró sus fechas en Valencia, el 17 de Octubre, matando á beneficio de la Asociación de Caridad reses del Saltillo, con «Regaterín».

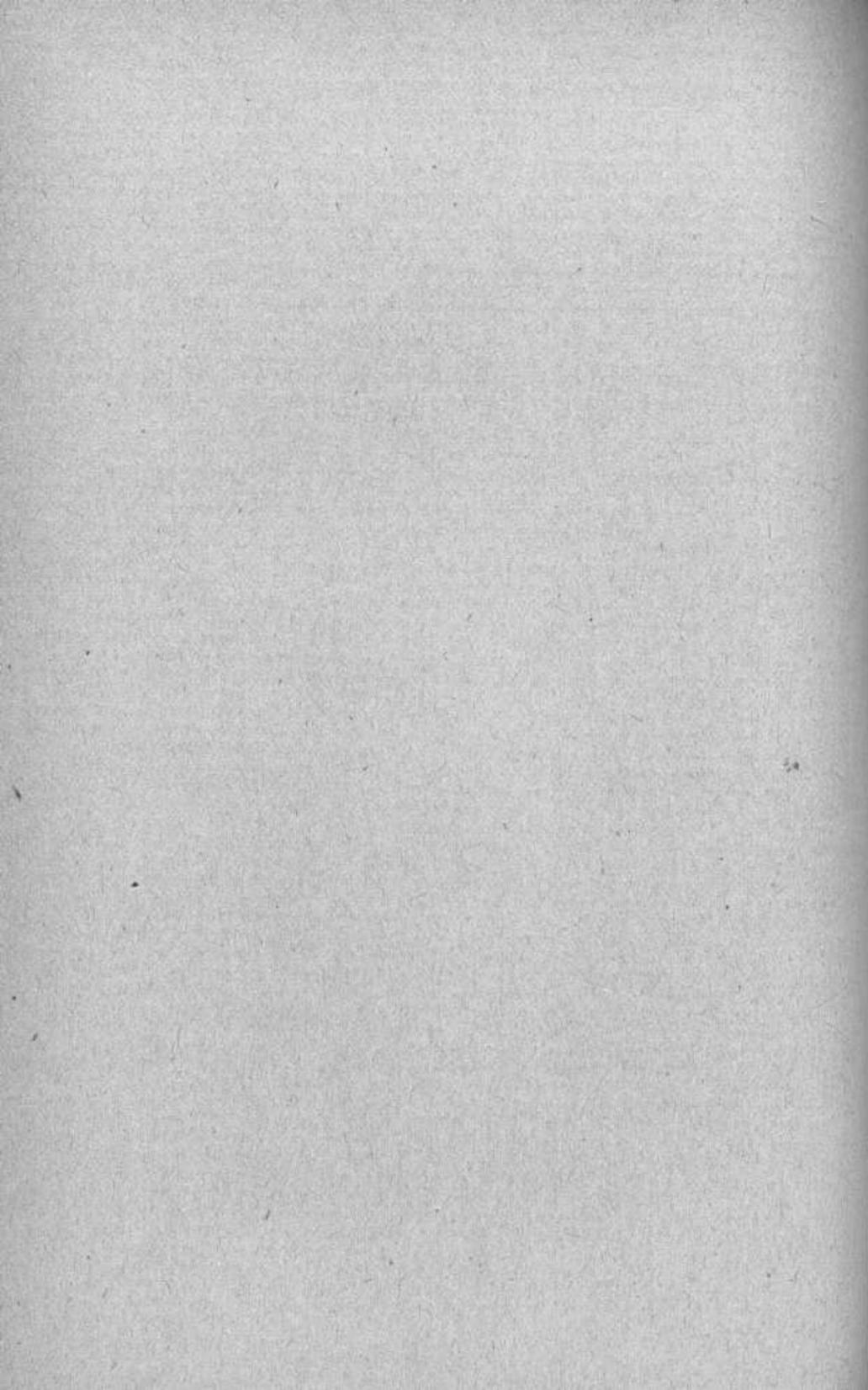
Moya, un revistero de la ciudad del Turia, afirma en su reseña, después de asegurar que en su primer toro dió un volapié colosal:

«En el segundo se jugó materialmente la vida, de lo que se arrimó, á pesar de ser un buey que se revolvía y achuchaba por ambos lados... Después de una faena laboriosa, igualó al asesino y se tumbó sobre el morrillo, agarrando una estocada monumental.»

¡Será la última!

—¡Tóo lo de este muchacho es hasta que lo *jiera* un toro bien!

¡Los hombres!



CAPÍTULO X

La última competencia.— La muerte de Pepete.—Una carta de Frascuelo.

¡Pocas ganas tenía Madrid de tener un matador de fama! ¡Córdoba pagó el pato! Es decir, se pretendió que lo pagase.

Sobre «Machaco» sigue la reacción que quiere á toda costa expulsarle de su sitio. Acabada la temporada del 909, se le da también a él por acabado. Diez años de matador, marchando rápido á la cumbre, y consolidando su nombre luego en ella, contra toda sentencia, contra todos los pesimismos, era cosa que no se podía tolerar. «Machaquito» engañó á las reputaciones de la afición á toros, á esos aficionados que tienen como alta estimación de su valer social que se diga de ellos, no «Ahí va don Perengano, el sabio médico, el abogado ilustre», sino «¡Ahí va don Perengano, el inteligente aficionado á toros!»

¡Inteligente aficionado á toros! Estos fantásticos Perenganos, no saben ó no quieren saber que, en las aulas libres en que se estudia *su carrera*, salen inteligentes todos.

¡Cualquiera se reconoce inepto, en una cosa en que no hay que exhibir un título oficial!

¡Cualquiera le discute á un señor, la ejecución de una estocada, después de descuartizado el toro!

Pues bien, «Machaco» dió un mentís absoluto á esos aficionados sabiondos, que, al verle tan bajo de estatura, repasaron documentos taurinos, toda su base de cultura torera; las colecciones de *El Toreo*, *La Lidia*, *El Tío Jindama*, algunos Boletines de Loterías y Toros y algunos libros de Peña y Goñi, de Sánchez Neira ó el gran Adbenamar, y no encontrando precedentes, se dijeron: «Podrá ser *torerito*, pero matador de toros ¡jamás!» ¡«Punteret», «Marinero», «Minuto», no llegaron á serlo!

¡Y qué casualidad! «Machaquito» fué un matador de toros estupendo; la cualidad absoluta, que le hizo ocupar un primer puesto en el toreo, luchando con ¡Mazzantini!, con Emilio «Bomba», con «Algabeño», con «Reverte», matadores de toros colosales; que le hizo vencer á los tres últimos, pues duró más que ellos y fué, por regla general, bastante más seguro.

Cuando los sabiondos tuvieron que ceder á la evidencia, agoraron proféticos, con la solemnidad de un Franklin, al exponer uno de sus descubrimientos portentosos: «Bueno; mata porque está

muy valiente, pero será *carne de toro* en breve,
¡Carne de toro!

Y sin querer notar su vivacidad y aptitudes extraordinarias, su buena maña para escurrirse de los pitones, su inteligencia para sortear las reses, le creyeron uno de esos héroes de hierro que, con la leyenda luctuosa que echa sobre sus hombros de ídolos trágicos, la multitud fanática, cruzan por nuestros circos, fieles á su destino, aguantando clavados en la arena, con valor espartano, el choque horrible de la testuz de un toro, con sus cuerpos de bronce... «¡Espartero!» «¡Pepete!» «¡Dominguín!»

No fue así... «A mí que me den un sastre que esté cosiendo mucho sin clavarse la aguja», decía el famoso «Curro Cúchares», prototipo del torero habilidoso, para hacer notar la bondad de su toreo, porque no se clavó nunca un pitón. «Machaquito», en los cinco primeros años, casi puede parodiar ¡á «Currito»! Luego vinieron las *cornás*; se clavó la aguja muchas veces..., pero no tantas como se la clavaron Fuentes y «Bombita», los dos toreros de su época.

El trompo, el del *tú ó yo*, según los entendidos, toreaba 60 corridas todos los años y sorteaba con tal habilidad las reses, que tenía muy pocos accidentes de importancia. Cinco ó seis en quince años de ejercicio!

Y un año y otro, pregonando que al cordobés se le *acababa el gas*, y el gas seguía dando una luz intensa y brillantísima. ¡No se podía aguantar!

Faltó de Madrid, se puso frente á la afición, tuvo la cornada de Palma de Mallorca... ¡Llegó la hora!

—¡Ya se acabó!

—¡Si no tenía más que nervios de comedia!
¡Mucho quererse comer los toros á *bocaos* cuando el pitón pasaba!

¡Eran para él muchos años de lucha!

¿Comedia su valor? ¿Corazón de león iba á temblar? Oid.

Este año de 1910, hacia fines de Marzo, fuimos á una de las fincas del ganadero D. Dionisio Peláez, algunos de sus amigos íntimos.

Invitados por él, íbamos á ver castrar unos novillos, que, por cobardes, dejaban de ser machos, sultanes de un harén, al que ponían tapiz los prados verdes, fuentes de surtidor los manantiales, y que limitaban, como paredes de una gruta, los pedruscos enormes de las cercas..., y á comer un arroz á pleno campo, entre las brisas sanas, que nos traían las rachas de airecillo, que de allá, de los picachos de la sierra, pasando por entre ventisqueros, por entre jaras y tomillos, llegaban á nosotros aromando la mesa que cada comensal formaba en las inmensas peñas, que se levantan gigantescas en estas serranías de Castilla.

Eramos los de la expedición un núcleo de aficionados conocidos.

De Benito, el capitán de nuestro ejército, rejonador un día en la corrida regia. Julián Cañedo práctico excelente; Pepe Cañas, Orgaz, Andrés Fernández, Aceña, Goñi, el popular fotógrafo de

Blanco y Negro, N. N., *Dulzuras*, *El Barquero*, prestigiosos seudónimos taurinos, que en *El Imparcial*, *A B C* y el *Heraldo*, firmaban y firman hoy, por su fortuna y la de sus lectores, revistas modelo de buen estilo de escritor. «Machaquito» y los novilleros de tronío en esta fecha, «Punteret» y «Celita».

Pérez de Ayala, honor de nuestra gente joven de valer, ilustre autor de *Tinieblas en las cumbres*, y «A. M. D. G.», hacía por entonces su primera expedición tauro-campestre, para documentar un libro, que ya leeréis un día, sobre el arte supremo de esta fiesta de toros.

Con el señor de aquellas tierras, sus hermanos Clemente y Agustín, hacían los honores.

¿Quiéren ustedes más testigos?

Pues fué la hazaña como sigue: Salió á la placita-tentadero donde tuvo lugar la jira, un novillo colorao, listón, largo de cuerpo y de pitones, manso de condición, y como casi todos los mansos, de intenciones aviesas.

Antes, «Machaco» y «Punteret», con el traje de etiqueta de estos campos de toros, chaqueta corta, calzona con bellotas de plata, sombrero cordobés—á lo andaluz, á lo torero, ¡á lo suyo!—y «Celita», con su americana larguita, pero sin almadréñas, sin la montera de los suyos. ¡Lugo! ¡El rapaz es matador seguro!, torearon y marcaron toda clase de suertes con otros dos novillos, á los que Cañedo, Benito y yo, dimos también nuestro capotacito.

... Y salió el colorado de los pitones largos y de la mansa condición.

«Punteret» fué á torearlo á capote extendido, y el novillo le encerró en un burladero. «Celita» fué á tirar una larga, y el manso se quedó.

— Está difícilísimo.

— A éste, lo que hay que *jasé* es consentirlo; córrele ahí; tú verás.

Y «Machaquito», provisto con dos palos de muleta, se colocó en el centro del corral, llamó con la voz al toraco, que se le arrancó, viendo presa segura; le esperó, le quebró de cintura, juntó las manos, elevó los codos, se asomó en el morrillo, y en él dejó, con las puntas metidas en sus carnes, los dos palillos de muleta. ¡Fué un cambio colosal! Pero se ciñó tanto, dejó tanto llegar, que, cogido por la corva, le tiró el toro al suelo, y fué á meterle la cabeza.

¡Yo le hice el quite! ¡Testigos hay de aquella hazaña mía! Al ver en el suelo al cordobés, grité desesperado al toro; le llamé la atención (yo no llevaba nada raro, ¿eh?), y dejando su presa, corrió hacia mí no tan aprisa que no me diera tiempo á meterme de zambullida en un estrecho burladero, en el que, sin haber dos, cupimos, por comprensión del miedo, cuatro. ¡Y aun nos sobraba espacio!

«Machaco» se alzó rabioso, empuñó una muleta, y, á fuerza de muletazos ceñidísimos, cansó á aquel animal que, jadeante, se echó al suelo rendido... De él se levantó, ya mísero cabestro,

pregonando su despreciable condición, con el ¡tolón, tolón! de su cencerro.

Esto hizo Rafael González (Machaquito), ante catorce amigos, el año 1910, después de la cornada horrible de Palma de Mallorca, cuando se daba por muerto en su valor.

— ¡Mira que eres atroz; es gana de exponerte!

— ¡Qué quieres! Tenía que ensayá cómo andaba en el cambio...

¡«Machaco» ensaya así! ¡No son farsas sus nervios!

Y otro día pasó...

En Caudete, un pueblecito alegre y coquetón que en la provincia de Alicante mece al viento los penachos gallardos de sus palmeras altas, vive un acaudalado aficionado á toros, D. Francisco Albalat, hombre de tantos billetes en gaveta como deseoso en gastarlos, y que, llevado de su entusiasta afición á nuestra fiesta, construyó en aquel pueblo, una de las más bonitas plazas de toros que se alzan hoy en España.

Fué esto también el 1910. ¿Quiénes habían de inaugurar el circo de este Creso taurómico? ¡Pues lo mejor de lo mejor! Y dicho y hecho; le escribió al Marqués de Saltillo: mándeme usted seis toros escogidos, de esos de *vuelta abajo*. Telegrafió á «Bombita» y «Machaco»: Pidan ustedes lo que quieran, y á torear el día 15 de Mayo aquí.

Y por si era poco, hizo venir al más famoso rejonador lusitano, el caballero Bento de Araujo, y encargó de despachar, los dos novillos que éste

rejonease, al espada regional Yeclano. La linda plaza se inauguró entre el contento de los 2.000 espectadores que como *sumum* allí podían asistir; «Bombita» herido, fué sustituido por «Minuto», y el señor Albalat pudo decir al fin: «si buen dinero me cuesta, buenas corridas gozo.»

Dió tales pruebas de destreza y de valor «Machaco» aquella tarde, que el singular empresario le visitó al final del festejo, y le hizo esta pregunta:

—¿Qué fecha tiene usted libre?

—Hombre, así de gorpe... no sé...

—El 17 de Julio es un buen día, apuntó Luis Viudes, que es un vicario de Zarauz para esto de los contratas de su amo.

Y el 17 de Julio volvieron á anunciarse Saltillos para «Machaco» y «Bienvenida», que también fué sustituido esta vez por «Gordito» (hijo); y volvieron á darse de propina los dos novillos de rejones para otro caballero portugués, Eduardo Macedo.

Entre unos mil espectadores con *música y acá*, dió principio la fiesta.

Al señor Albalat, ¡qué le importaba!

Transcurría la lidia de los saltillos en familiares pláticas:

—¡Has visto qué bien mete la cabeza!

—¡Oye, vaya un coscorrón que te ha largao!

—Le *vi* á entrá ahora, pero por este lao, que *acude* más mejó.

—¿Por qué no le llegas con la izquierda, que está suave, por ahí?

Del tendido al ruedo, y viceversa, corrían consejos y observaciones. Los animales pegaron tan de firme, que se llegaron á reunir en la enfermería, cuatro elegantes caballistas, de los del castoreño. ¡Tute de coscorrones!

Y salió el tercero, un animal finísimo de tipo y bravo como un *jabato*, que dijera «Zurito» el picador. Se le picó, se le banderilleó, y allá fué Rafafael González á matarlo. «Corrió el papel de primo, dice Francisco Moya al reseñar la fiesta en *Sol y Sombra*, y no sé para qué aquel derroche de valor, ¡si en la plaza éramos treinta y los músicos.»

Ante aquellos treinta espectadores en asombro, «Machaquito», del que decían algunos aficionados que sus nerviosidades de valor eran ¡pura comedia!, se metió entre los pitones de la bravísima res; dió pases ceñidísimos, en que la baba del animal furioso empañaba los golpes áureos del chaleco torero, puso su corazón en la punta de aquellos cuernos finos, le escupió en la testuz al toro, le pateó con desprecio de vencedor en el hocico húmedo, que bajaba á la arena con humilde acatamiento, y acostándose materialmente en el morrillo, sin mirar á otro sitio que á aquel hoyuelo de la muerte, sepultó allí el estoque hasta la cruz, y el animal salió rodando de la mano, no sin que su pitón derecho se enganchara en el pecho del espada, cortase la pechera de su camisa tableada; y en la violenta sacudida, para soltar su presa, le rompiese una cadena de plata, en que el torero llevaba una

medalla de la virgen que su madre le colgó al cuello, con su bendición, en el albor de aquella mañana cordobesa en que hizo su primera salida, á los campos de sus temeridades, armado ya con su tizona torera, este Quijote de los toros.

Sin zapatillas, con toda la ropa destrozada, con la cara arañada por la arena fina del redondel, se levantó Rafael González, loco de ira y furor, babeando denuestos para el Saltillo bravo, que, en aquel duelo á muerte, buscó también la vida de su enemigo poderoso; le presentó su pecho descubierto entre las telas desgarradas, mientras el animal, asombrado de tanta temeridad, retrocedía y daba en rápida agonía sus patas al aire, como en un hurra formidable al vencedor.

José González, el caballero portugués y algunos íntimos, se arrojaron al redondel y á puñados se llevaron á «Machaquito» á la enfermería, con todo el cuerpo magullado, mientras los 30 espectadores y los músicos y los acomodadores y ¡los guardias! aplaudían frenéticos y proferían gritos de entusiasmo.

— ¡Enorme!

— ¡Colosal!

— ¡«Frascuero»!

En la enfermería, Peláez reconvino al espada.

— ¡Pero si serás lila! ¿De modo que sin público te buscas la cornada?...

«Machaco», el ¡comediante!, respondió, fijos sus grandes ojos en su amigo, con toda la candorosa ingenuidad que tuvo siempre este niño león.

— ¡Era muy bravo!... Estábais aquí vosotros!...

Hacia muchos años, el 1875, en Oviedo, respondió el temerario negro, aquel Salvador Sánchez, prototipo del matador de toros, á un su amigo, don Santiago Iglesias, que le reconvino también, por haber hecho una cosa parecida, ante muy poca gente, é ignorante la mayoría de ella, en la plaza ovetense, con un buey de Valdés:

—Don Santiago, es que estaba usted y estaba yo.

¡«Frascuero»!

Aquella tarde, en Caudete, mientras «Machaco» permanecía en la enfermería, el pregonero del pueblo voceaba en la plaza principal:

«Los que se hayan encontrado en la plaza de toros una medalla de plata de la Virgen de la Fuensanta, deben devolvérsela al espada «Machaquito», que le recompensará...»

El tambor redoblaba...; el pregonero volvía á hacer oír su pregón...; la medalla no llegó á aparecer...

«Machaco» tuvo uno de sus más vivos sentimientos: aquel recuerdo sagrado, de su madre, el amuleto en que él fiaba la suerte en las *cornás*, quizás fuera enterrado por las pezuñas del Saltillo, y recubierto con la tierra enrojecida por la sangre, que «Machaquito», vencedor, había vertido allí.

Y dando González de Córdoba estas notas de extraordinaria valentía, cansados de su nombre, las veletas taurinas, voltean su decadencia, y hasta se llega á asegurar que no viene á Madrid, por-

que teme encerrarse con Vicente Pastor, que desde el año anterior ha logrado fijar en él la atención de la afición, de tal manera, que ya se le considera como el sucesor, nada menos, de «Frascuelo». ¡Las pasiones taurinas son así!

No basta que en un concurso abierto por el periódico *Los Toros*, que, admirablemente editado por la Empresa de *Blanco y Negro y A B C*, empezó á publicarse en esta época... concurso al que concurrieron 49.120 votantes, fuera el nombre de «Machaquito» elegido como el mejor matador de toros actual, las cornejas de la afición, los amargados, los apasionados, los ofendidos, siguieron propagando su decadencia absoluta, consiguiendo llevar las dudas á las Empresas.

«Machaco» supo al fin los rumores; al principio tuvo pocos contratos.

Ya vendrán las 60—dijo á un amigo, un día que sobre ello hablaban—. En el mes de Marzo, durante su estancia en Madrid, Mosquera le tendió cables para su contrata en el abono de esta plaza.

Los pastoristas, envalentonados con el año de éxitos de su diestro, aseguraban que era mucho más matador que «Machaquito» ¡De los demás ni hablar...!

Mosquera, hombre entendido en números y cifras, dijo, frotándose las manos: con «Machaco» y Pastor, ocho ó diez llenos segurísimos; si no viene «Machaco», cansada ya la gente de favorecerme con los toreros que en el pasado año les presenté en el abono, me va á volver la espalda. Y en el

Hotel de Rusia visitaron á Rafael los emisarios de la Empresa y amigos cariñosos; se cruzaron dos cartas, no se llegó á un acuerdo y la contrata quedó en pie. ¡Por las sustituciones no pasaba Mosquera!

Uno de los amigos, más amigo quizás del Empresario, conocedor del pundonor del diestro, se encargó de hacerle entrar en el redil.

— A tí te conviene torear en Madrid; los toreros buenos nunca le han vuelto las espaldas á esta plaza... y luego, que hay que desvanecer errores infundados; ya ves: se ha llegado á decir que tú no quieres venir aquí porque temes que Pastor te acabe de borrar.

— ¿Eso se dice?

— ¡La *chipén!*

«Machaco» empezó á reflexionar. ¡Dudaban de él! ¡Creían que era miedo lo que era sólo defender sus fueros de artista de fama, y los intereses de todos sus compañeros!... no lo podía tolerar, había que saltar por el compañerismo, por su orgullo... ante todo su dignidad de hombre, su valor... Y en un almacén de alfombras, que en la carrera de San Jerónimo tiene don Joaquín Menchero, un atardecer de Mayo, en esa hora en que los arcos voltáicos parpadean su luz blanca y suave sobre las lindas damas en paseo, y en que, sobre el asfalto de esta calle, se deslizan los autos y los coches, estuches de mujeres hermosas, en lindos atavíos, «Machaco», viendo pasar por el cristal del amplio escaparate toda esa feria de la belleza, en los deseos

mozos, quedó vencido. Un sábado (el 14 de este mes), famoso en los anales de los escándalos taurinos, porque en la Plaza de Madrid promovieron los aficionados un motín espantoso, que terminó con arrojar al centro del redondel casi toda la madera de la Plaza para pegarla fuego, debido todo ello á que esperando la gente, ya en sus puestos, la salida de las cuadrillas que habían de capitanear Pastor, Regatero, «Gallito» y «Bienvenida», el espada cañí perdió el tren en Sevilla y no se presentó á la hora indicada en nuestra plaza, teniendo que suspenderse la función... Mosquera y «Machaquito» sellaban el contrato con un apretón de manos cariñoso, mientras Regatero y «Bienvenida» eran paseados por el ruedo en hombros de las turbas y se pensaba en soltar los toros encerrados, obligándoles á ellos dos á lidiarlos. ¡Oh, el pacífico reinado de Mosquera!

Aquella tarde murieron (veremos por cuanto tiempo) las odiadas sustituciones de las escrituras de los diestros. La falta de compañerismo de todos los matadores de toros que no se sumaron á «Bombita» y «Machaco» para apoyarles en su actitud de rebeldía, y el amor propio de Rafael, dieron el *descabello* á aquella cláusula que sólo á ellos beneficiaba. El público quedó contento y satisfecho. Fueron vencidos los toreros... Mosquera pudo apuntarse el triunfo. ¡Veremos hasta cuándo!

Y... ¡entró «Machaco» en el abono de Madrid! ¡Ya le tenían aquí! ¡Ahora iba á verse cómo le deshacía el madrileño! ¡El ídolo! ¡Vicente!

No envuelven estas líneas censura alguna al matador de toros madrileño. Vicente Pastor, todo modestia y todo pundonor, tiene mis simpatías.

El valiente madrileño no tuvo culpa alguna, en que los antimachaquistas, que los había á montones, todos los que el carácter reservado y poco dado á *torear fuera del ruedo* del cordobés no complacía, los que la envidia ó la pasión les dominaba, y los aficionados madrileños, que tenían en Vicente, por fin, un matador de primer orden; le quisieran, en su odio ó en su cariño, elevar á un lugar en que aún no podía asegurarse si iba á poder quedar. ¡Por desgracia, los hechos posteriores no les han dado del todo la razón!

Pastor, carácter noble, al que la envidia jamás rozó, y que había conocido las amarguras de un olvido injustísimo, supo ver siempre claro.

Un día veníamos juntos de El Escorial, á cuya plaza fué, por mi súplica, á dirigir una de las brillantes becerradas que dan allí los alumnos de la Escuela de Montes, ¡aún el papel Pastor no había llegado á cotizarse en la bolsa taurina como se cotizara luego!, hablábamos de toros; sacamos á plaza los nombres de «Bombita» y «Machaco».

— Dos muchachos con suerte — dije yo, y Pastor me replicó en el acto.

— Crea usted que esos dos están ahí porque valen muchísimo.

Y otro día que en el Inglés un matador modesto se quejaba á Vicente de que ellos estuviesen sin *torear* mientras había otros cuantos que, valiendo

menos, toreaban cincuenta, le respondió Pastor:

— ¡Desengáñate tú, nosotros dos estamos aquí sin torear porque somos muy malos!

Exceso de modestia del muchacho, como después se vió.

Con Pastor y «Machaco» sucedió, repitiéndose los hechos en la historia taurina, aun cuando en reducida escala, lo que con Mazzantini y con «Frascuelo».

A «Frascuelo» le echaron á pelear el señorito cuando éste empezaba, en el 84, de matador de toros, dando estupendas estocadas, y el churriane-ro llevaba ya diez y siete años de alternativa y estaba muy castigado de los toros y fatigado de la vida.

A pesar de todo, el estupendo matador de Elgoibar, que empujó más que nadie y más que nadie tuvo popularidad, no arrolló al *matador de bronce*, como llama Sotelo á Salvador.

A «Machaco» le echaron á pelear el madrileño cuando, preparado éste desde largo tiempo, conservadas todas sus energías, desarrollada su fuerza en plenitud, tuvo esa sacudida que le obligó á empujar, mientras el cordobés, con doce años de torero seguidos, de cuarenta á sesenta corridas en todos ellos y de jugarse casi todas las tardes la vida en los pitones, estaba ya fatigado y mermadas, á fuerza de cornadas, sus facultades y entusiasmos.

A pesar de eso, el fácil matador, que tuvo más partido que nadie en este ruedo, el de más importancia, no pudo arrollar á Corazón de León.

Pastor, como matador, no podía resistir la comparación con «Machaquito».

Fácil, muy fácil, con gran habilidad para salvar el pitón con un pequeño salto y enterrar el estoque derecho en las agujas, ni emocionaba matando, ni producía jamás ese conjunto de belleza plástica, en el que un hombre, erguido y arrogante, presenta su cuerpo á la testúz del toro, en desaffo gallardo.

Los toros sí, salían rodando de su mano, y á tal efecto, levantaban sus muertes ovaciones al vencedor; pero el momento estético, ese instante de la suprema gallardía en la lucha, del mayor elemento emocional en la composición de un cuadro, todo vigor, fuerza en la expresión y colorido, no lo daba jamás.

Y el *arte* de matar toros está aquí, en ese momento de arrancarse para herir, en que el espada, confiado en su bravura y poderío, se crece ante la cara de la res, perfilándose sereno y arrogante, como pudiera hacerlo un gladiador romano bajo el cincel de Agasias de Efeso.

— Pa matar bien hay que estirarse en la cara del toro—decía el «Chiclanero».

¡«Frascuero», Mazzantini, «Machaquito», los grandes matadores, tuvieron ese momento, de una belleza trágica, sublime!

¿La estocada? ¡Acordaos de Padilla, de «Jarana», de «Villita», de cien más!

¡La estocada no es todo! ¡La emotividad de esta suerte hay que buscarla desde el arranque de ella!

«Machaquito», hasta ahora, ha sido el último de nuestros matadores de emoción.

Pastor, el serrote «Chico de la Blusa», con sus *espadaños secos*, hizo furor de novillero; pero ya de matador, que se aquilata más el mérito, no podía gustar tanto. De 902 al 907 seguía matando igual, y el público le despreciaba, aunque algo injustamente. ¡Estaban «Algabeño», «Reverte», Emilio «Bomba», y, sobre todos ellos, «Machaquito», más joven y animoso, ganador de la *copa taurina*, desde luego!

Pero llegó el 908; á Vicente, la Empresa de Madrid, Luis Castillo, le dió toros, y una corrida y otra el muchacho madrileño fué entrenándose. Se fueron los maestros el 909, quedaron sólo los desterrados hasta entonces, y he aquí que Pastor, afinzado ya, con su frialdad de carácter, su linfa, sus asombrosas facultades, asombra ¡como torero!

El fuerte de Pastor ha estado aquí, aun cuando muchos no quieran reconocerlo.

Cuando el famoso día de San Juan del 909 nos sorprendió Vicente con su toreo reposado, parando y aguantando como ninguno hasta entonces—y se repitió un día y otro día con toros que se iban á la muleta,—hice una profecía yo.

—Si este muchacho torea así á todos los toros bravos, echa á su casa á todos los embusteros del toreo.

Se había éste invertido de tal forma por causa de ganaderos, de diestros, de público y de prensa, que quien paraba en la ejecución de las suertes

ahora, era el toro, y el que se movía á su alrededor, el torero, en danzas vistosísimas, que se llamaban clásicas.

Por desgracia para nosotros y la fiesta, Pastor, desengañado, escéptico, ya no muy joven ni muy animoso, no ha querido seguir en la ruta emprendida, y hoy, á los tres años sólo de su empuje, cansado ya, hace muy pocas veces estas faenas estupendas, que me obligaron á mí á levantarme en el asiento del tendido algunas tardes, lleno de sincero entusiasmo.

«Machaco» lleva catorce años de este modo, y salvo alguna temporada, ¡un par de ellas tan sólo!, que quiso descansar, sigue lo mismo. ¿Comprendéis?...

Pues bien; en tales condiciones llegó «Machaco» al ruedo de Madrid, dispuesto á contender con el torero predilecto, su rival peligroso.

¡Y contendió! Y surgieron los bandos pastoristas y machaquistas, y se aplaudió con locura, y se silbó con saña á uno y á otro, y la pasión se enseñoreó de los tendidos, y volvieron los buenos tiempos del toreo. ¡El entusiasmo! ¡La competencia noble! ¡Los bandos! ¡Las peleas! ¡Romero, «Pepe-Hillo», «Gordito», «Tato», «Lagartijo», «Fras-cuelo»!...

¡El estupendo matador al que se daba por muerto, tuvo un brioso resurgir! ¡Era el mismo «Machaco»!; ¡Pundonor!

En Madrid toreó seis fiestas, una en Vista Alegre, en la de la Prensa, con «Bombita» y «Gaona»,

en que mató muy bien dos toros de Moreno Santa María; otra, ya en la plaza de Madrid, el 22 de Mayo la de Beneficencia, con «Bombita» y «Co-chero»; estuvo superior en los tres toros de Saltillo, que mató. «Continúa subiendo; si lo dejan, mata los nueve toros; decisión y vergüenza..., dice *El Tío Campanita* de él, en la reseña de ese día en *Sol y Sombra*; otra, el 29 de Mayo, con «Gallo» y «Bienvenida», estuvo bien.

Y se presentó con Pastor, ¡al fin! el 19 de Junio, llevando de intermedio á «Manolete» y lidiando reses de Colmenar.

No salió muerto del encuentro; mató su primer toro muy bien, de un buen pinchazo y una estocada hasta la mano, después de banderillearlo y torearlo de muleta, con aplauso, y á su segundo no lo pudo matar, porque se echó, destrozado de un puyazo hondo de Zurito. Pastor entró á matar en su primero cuatro veces, y al quinto lo despachó de un volapié en lo alto.

Volvió con Pastor el 24 (aniversario de la resurrección torera de Vicente); estoquearon ambos con «Gallito» seis muruves, y aunque los dos estuvieron muy bien, los ánimos, excitados por las ciegas banderías, silbaron y aplaudieron á contento.

Cerró en Madrid la temporada el día 9 de Octubre, á raíz de la famosa oreja concedida á Pastor por su faena valiente con el toro de Concha y Sierra, *Carbonero*

Se anunció la corrida con toros de Vicente Mar-

tínez, y ellos dos con «Gallito». Los *amigos* dijeron que no venía «Machaco» por temor. ¡No estaban convencidos!

«Machaco» vino. ¡Cómo no! La plaza se llenó hasta el tejado.

Salieron los toros, uno á uno, como decía Gonzalito cuando se le preguntaba cómo había salido el ganado de sus corridas, y uno á uno mató los dos suyos «Machaco», con sobra de valor, lucido y acertado. En los dos recibió muchas palmas. «Como siempre que se ciñe el traje de torero, defendió su *elevado y merecido* puesto, derrochando su inacabable valentía», decía aquel día de él, Eduardo Rebollo, escritor taurino de aquella pléyade que pasó, que jamás otorgó un aplauso inmerecido en sus escritos.

«El de Córdoba venía dispuesto á probar que su entusiasmo no decae, que su amor propio, su dignidad profesional están en auge siempre», decía en *Respetable Público*, otro semanario ilustrado, su director D. Pancho.

La tan decantada competencia cordobesa-madrileña terminó así este año. «Machaquito» tapó todas las bocas que se abrían, en apóstrofes á su ausencia de nuestro circo, y en dudas insidiosas á su valor. Ni fué arrollado, como se pregonaba, ni perdió una línea del puesto en que se colocó desde el primer momento, sin vacilar un solo instante. Es más: espoleado su amor propio, hizo una campaña muy completa, de las mejores de su vida torera. Hubo, sí, antimachaquistas furibundos por al-

zar á Pastor, como hubo antipastoristas rabiosos, por no querer que «Machaco» descendiera. Las pasiones estuvieron desatadas por los tendidos de la plaza, muchas tardes. Los bastones midieron las costillas muchas veces. Mientras tanto, Mosquera se frotaba las manos en su despacho de billetes, y los dos rivales paseaban por la Bombilla, en tardes de descanso, sus mutuas simpatías, y los afectos de buenos compañeros.

«Machaquito» decía de Pastor: es un matador de toros de una *ve*.

Pastor decía de «Machaquito»: es un fenómeno matando. ¡Pastoristas y machaquistas seguíanse *zurrando la badana!*

Rafael González continuaba este año por las plazas provincianas su campaña, como si empezara de nuevo su cartel, y salvo en la primera de San Sebastián, en la que (el 27 de Marzo) recibió dos avisos, fué á Toledo, y el corresponsal de *Sol* y *Sombra* dijo de él: ¡Ese es «Machaco»! el que tiene eso de matar toros como nadie hoy; y fué á Valencia (corridas de la feria), y afirmó Moya: «Machaquito» demostró que no le afligen los pitones, y que disfruta, á Dios gracias, del mismo valor de hace doce años. Hasta en la dirección de plazas se hizo aplaudir; y volvió á San Sebastián los días 14 y 15 de Agosto con «Bombita» y «Gallito», y Santo Magno afirmó en su revista: el día 15 «se nos mostró «Machaco» tan bravo como el día anterior, y las mayores ovaciones, el triunfo verdadero de la tarde fué para Rafael González»; y en Bilbao

(el 21 y 22 de Agosto, con «Bombita y «Cocherito), en las dos tardes tuvo en sus toros «ovación y oreja». En la segunda fiesta, al salir de matar un toro de Muruve, su segundo, se cayó al suelo, clavándose una banderilla en una pierna y produciéndose una herida que le impidió torear los dos días siguientes, y que duró abierta hasta que acabó la temporada... Y en Murcia... pero esto merece párrafo aparte.

Fué en la tarde del 7 de Septiembre de este año; tarde trágica para la afición á toros de la florida Murcia, porque en su ruedo perdió la vida un lidiador.

Salieron á torear en él seis toros de Parladé «Machaquito» y «Pepete»; el infortunado diestro de la Puerta de la Carne, en sustitución de «Bombita» herido aquellos días; ¡la única sustitución que aceptó el ídolo sevillano, de la cara de Cristo en el martirio, de las piernas de trapo y el corazón de acero!

Por la noche vocearon los vendedores de periódicos madrileños: *El Mundo*, con la cogida y muerte de «Pepete» y el triunfo de «Machaco»; *España Nueva*, con la muerte de «Pepete» en Murcia; *Heraldo*, con los últimos momentos de «Pepete» y la heroicidad de «Machaquito». En Madrid no se habló aquella noche de otra cosa. Los rotativos se agotaron en seguida; aquel pregón en que anunciaban juntos un triunfo de vida y una mortal derrota, conmovió la opinión. En los telegramas de Murcia se decía que «Pepete» había

sido cogido al hacer un quite en su primer toro; que herido gravemente en el vientre, había fallecido en la enfermería antes de terminar el espectáculo, y que «Machaco», sobreponiéndose á la catástrofe, mató los seis toros de seis estocadas colosales y un solo pinchazo, entre ovaciones estruendosas á su enorme valor. El cordobés cortó las seis orejas de sus víctimas, y fué aclamado hasta llegar á la fonda en que se hospedaba.

¿Quién recuerda otro caso? ¡Aquellas ovaciones debieron sonar á canto funerario al denodado lidiador! «Machaco» salió á torear en ese día vendada toda su pierna derecha por la herida reciente de Bilbao.

No presencié en la tarde trágica el triunfo de «Machaco», pero me hizo asistir á él, con su relato hondo é interesante, uno de los testigos presenciales, el banderillero ya entonces de «Bombita», Curro González «Patatero».

No he visto—me decía—ná más triste, ni más emocionante; llevaban ya dos quites los *espás*, cuando al tomar la cuarta vara, el *Estudiante*, que así se llamaba el negro *azezino*, se salió suelto en el momento en que «Pepete» corría á hacerle el quite. Toro y torero se encontraron; el pobre José no pudo evitar el embroque; zufrió el encontronazo; entró el pitón secamente en el vientre; cayó el torero á tierra; siguió el animal el viaje; se levantó el *espá* de un salto; corrió tres pasos hacia la valla; se llevó las manos á la ingle, y sacándolas llenas de sangre, cayó en mis brazos murmurando:

¡Me ha matao! ¡me ha matao! El pobre se hizo bien pronto cargo de que su vida *sacababa*.

«Machaco» se dió cuenta de la cosa. —¿Una corná de muerte, no? Grande sí es, pero no debe ser tan grande, le dijimos. ¡Pobre «Pepete»! respondió y siguió, con la bravura de un jabalí, la lidia. Yo te aseguro que no he visto *na* iguá. En aquel toro, como si quisiera vengar la corná de «Pepete», se metió entre los pitones, y le arreó media por las agujas sin vacilar en un solo momento. Y luego, se multiplicaba en los quites, ponía banderillas al sexto, y después de esas faenas suyas en que los pitones le iban quitando gorpes, metía las *estocás* hasta el codo, por lo alto, y los toros salían dando volteretas de su mano. ¡No zabas, no zabas!

Yo iba y venía de la enfermería al redondel pa ver cómo zeguía el pobre Pepe. Veía á los médicos *mu* cavilosos; ví llegar un cura y rezar junto al pobre mataor, que se moría sin remedio. De rodillas, en el silencio de aquella pesaumbre, llegaban hasta nosotros las parmas del reondel; ¡no zabas, no zabas...!

Pepete una de las veces me llamó.

— Paco, me muero; no hay remedio, da muchos besos á mi madre.

— ¡José, por Dios y por la virgen! ¡No estás tan grave, hombre! No veía; yo tragaba una coza mu amarga que me bajaba de los ojos; zalía al reondel, y «Machaco» seguía entre los pitones, como zi aquellos animales no pudieran haber mandao á un

hombre á la enfermería, destrozao, como lo acababa yo de ver. ¡No zabes..., no zabes...!

.....

A la tarde siguiente, después de conducir el cadáver de «Pepete» á la estación, con destino á Sevilla, volvía «Machaco» á salir en el ruedo de Murcia con Pastor para matar seis toros de Peláez, del quinto de los cuales cortó la oreja en premio á una faena de las suyas.

Esto hizo «Machaco» en el año 1910, cuando llevaba diez años de alternativa con éxitos, y tenía el cuerpo lleno de cicatrices y el corazón de desengaños, cuando se dijo de él que se le había *acabao la rabia*.

Este año toreó 62 corridas, perdió dos, dejó de contratar siete y estoqueó 151 toros con general aplauso.

— ¡Ya torearé las sesenta! ¿os acordáis cómo lo dijo un día?

¡Tenía fe en su valor; seguridad en su triunfo!

Dulzuras, en su libro *Toros y Toreros*, dijo este año de él como resumen:

«Ha sido un año muy brillante, y en él ha demostrado que de los toreros de esta época, es el que más puntos de contacto tiene con el inmortal Frascuelo».

¡Corazón de león sabía sostener su puesto!

Dulzuras hablaba de «Frascuelo» con las limitaciones naturales en la comparación. He aquí un buen golpe de enemigos del diestro cordobés: «¡los antiquistas!»

En verdad que los amigos de «todo tiempo pasado fué mejor» formaron legión siempre; yo, en esto de los toros, no voy á discutir; por mi fortuna, ¡es un canto á la vida esta expresión!, no alcance á los *divinos* tiempos de Rafael y Salvador, la edad de oro del toreo, según los antiguos que hoy existen y textos y documentos de la época. Los de edad más remota, los de «Curro Cúchares» y Cayetano Sanz, dicen que fué la suya; ¡todo tiempo pasado...! Pero sin discutir, y aún menos sin agraviar á nadie, me voy á permitir algunas ligeras digresiones que son del caso aquí.

Yo tengo un muy amigo mío, anabaptista furibundo (se llamaron así los partidarios de «Lagartijo» magno), que siempre que me habló de estos toreros de hoy, una de las cosas que más les criticó fué que desde «Guerrita» á acá, pidieran siempre ganado muy pequeño.

— ¡No quieren más que monas! — me decía. — Ratones con dos pitones, del *tío acá* — y al decir lo del «tío acá», cortaba con los pulgares en sus índices dos dimensiones reducidas... — ¡Del tío acá! ¡máscaras! ¡Aquéllos, los de mi tiempo, eran los que mataban catedrales!

No he dudado jamás de tales aseveraciones; creo, y lo digo sinceramente, que «Lagartijo» fué el fenómeno mayor, en gracia y elegancia, del toreo, y que Salvador Sánchez, el intrépido negro, fué el más valiente, el más pundonoroso matador que se registra en los anales de la taurina historia.

Pero fué el caso, que cierto día, hallándome en

Jerez de la Frontera, me dió por visitar un museo taurino, admirable y minuciosa recopilación de datos de otras épocas, que en la ciudad de los viñedos poseen los descendientes de aquel ilustre ganadero y cosechero que en vida se llamó don Iñigo Ruiz.

Entre los documentos del museo, vino á mis manos una carta que voy á dar á conocer, no sin antes hacer unas observaciones.

«Frascuero», el matador de bronce, el estupendo lidiador, que un día, en Valencia, cogido el «Gordo», sin compañeros en las corridas de sus ferias, se ofrece él sólo, y mata tres corridas de ocho toros; el que en San Sebastián, por salvar de un conflicto al empresario Arana, sale á matar sin reponerse aún de una horrible cornada en una pierna; que en Pamplona, el 1880, herido con un puntazo profundo en el bajo vientre en la primer corrida, para salvar de un conflicto también á la Comisión de la Plaza porque el otro matador que alternaba con él se negaba á matar solo las tres tardes restantes, las lidió él, teniendo que permanecer entre barreras sentado en una silla hasta que tocaban á matar; el héroe de tantos hazañas bien probadas, el que mató sólo casi todas las ganaderías de Colmenar, no podía pedir á un ganadero, y menos á un novato en el oficio, que le criara toros chicos; esa carta, firmada por Savador, que van ustedes á leer, envuelve toda la fuerte ironía de un valiente que conoce á los que le rodean y los desprecia en su burla; pero como caso concreto á

los demás, á la época, que nos pintaron sin prejuicios ni defensas, y que fué como todas, en que, por regla general, agradaron más las cosas dulces, la reproduzco aquí.

Dice el documento, cuyo autógrafo va adjunto:

«Frascuero» escribió esa carta porque sabía, ¡su historia le abonaba!, que nadie podía dudar de él. ¡Pero los otros!...

Esa carta, que refleja la opinión en general de los toreros de la época *grande*, no empaña lo más mínimo la figura venerable de aquel hombre de bronce y de cabellos blancos, que, cuando en mis viajes de Avila á Madrid, allá por el 96, veía yo con el respeto á su pasado, en su tienda de Torrelodones, generalmente sentado en un banquillo de madera, haciéndose pitillos, solía saludar con la veneración á un héroe legendario.

— Señor Salvador, que tenga usted felices días.

Pero abona esta época; el «Frascuero» de ahora, como el otro, el auténtico jamás exigió esas *monas* que se decía. «Frascuero», Mazantini, «Machaco» ¡los matadores! apechugaron casi siempre con la *leña mayor*. Los *toreros* en todos tiempos fueron favorecidos. «Frascuero» habla claro en su carta, Mazantini pudiera decir mucho. El moderno sorteo lo dice todo ya.

Y aquí entra «Machaco» en el oncenno año de su alternativa.

El 1911 tiene Rafael una vacilación en su carrera; por un momento pasa por su imaginación cortar en él su historia. El público de Madrid, algo

duro con él; el de provincias, deseoso de ver toreros nuevos; sus facultades algún tanto gastadas. ¡Era necesario marcharse! ¡Que se quedasen los mismos que se habían quedado sin «Guerrita» sin ver matar toros á ley por largo rato! ¡Dios sabe cuánto!

«Machaco» debió hacerse ésta ó una parecida reflexión.

Su campaña, en general, comprobaba estas suposiciones; él no dijo á nadie nada en concreto; pero...

Un día en San Sebastián, en su cuarto del hotel de Inglaterra, hallándose vistiéndose para ir á torear una corrida, me preguntó, sin querer darle importancia alguna á la pregunta, mirando en al espejo el plegar de su faja:

— Oye, ¿tu crees que estoy fuerte y en el sitio debido para torear sin perder mi terreno?

— ¿Pues cómo no, señor?—le dije echando á broma la repuesta.

«Machaco» tenía entonces treinta y un años, mucho poder, mucha afición; estaba ya tan hecho, que hacía quites distintos y ceñidos; banderilleaba con un arte admirable; toreaba de muleta en general muy bien; mataba como siempre... No le empujaba nadie... Pastor, «Gallito», no sostenían por las provincias sus proezas... Esto debió pensar luego «Machaco», y acabó el año sin exteriorizar aquella resolución, que esperaban con ansia los enemigos, los que creían ó se complacían en pensar que familia y millones habíanle metido el miedo corazón adelante. ¡A Machaquito!

Empezó mal; en Madrid, el 2 de Abril, en la corrida de la Prensa, mató, buscando alivios en él desconocidos, un toro de Martín y otro de Santa Coloma, y fué pitado; le acompañaron en la fiesta Pastor, «Regaterín» y «Gallo».

Fué á Barcelona el 10 de Abril con «Bienvenida» y «Relampaguito, y solo en su segundo toro, al que entró á herir cinco veces, escuchando otras tantas ovaciones, fué «Machaco». En ese toro hizo una faena de muleta, de las mejores que en la ciudad catalana se recuerdan.

En Ronda, los 20 y 21 de Mayo, en cuya plaza en la segunda tarde estuvo muy mal en el segundo toro, por lo que recibió dos avisos presidenciales y oyó la bronca consiguiente, y en Valencia, en la tercera corrida de sus ferias (27 de Agosto), en la que mató sus dos toros de Miura mal sin atenuantes, sobre todo su segundo, que le entró á matar seis veces, y en Irún, el 30 de Julio, donde mató solo cuatro toros muy chicos, fué su trabajo censurado. En Granada, en Pamplona, en Albacete, en Gijón, en algunas otras plazas más estuvo desplaciente, si bien se le aplaudió, pues no hizo nada malo.

En cambio, tuvo tardes completas, de éxitos ruidosos, de los suyos; aunque éstas, en el año que corre, fueran pocas; sólo allí donde su amor propio torero, creyó deber ganar una batalla, la ganó decisiva.

Y una de ellas fué en Madrid. ¡Pero en qué forma!... Leed...

CAPÍTULO XI

El toro de la oreja en Madrid y la última temporada.

En la Plaza de Toros de la Corte llevaba «Machaquito» toreando cuatro fechas: la de la Prensa, la de Beneficencia el 14 de Mayo, y dos de abono, los días 17 y 23 de Abril; en todas ellas estoqueó con Pastor, en todas, las pasiones desatadas hicieron blanco en él, y en todas la fortuna no le fué muy propicia. El nombre de Pastor, que había matado dos toros muy bien, entre los de esas cuatro tardes (en las demás también había andado mediano), le fué lanzado al rostro muchas veces, como el de su seguro vencedor.

El madrileño desde el año anterior había subido á la cúspide del prestigio torero. El día 2 de Octubre, su médico de cabecera, además de celoso concejal del Municipio de Madrid, Sr. Pindado, hombre de gran pasión, y de entrañable cariño á

su cliente amigo, presidiendo el festejo, y entusiasmado por el brillante modo con que Vicente dió muerte al toro de Concha y Sierra, *Carbonero*, le concedió la oreja á petición de los pastoristas entusiastas y del resto del público que, emocionado ante la valiente faena, no se detuvo en consideraciones relativas á los prestigio del ruedo madrileño. ¡Las muchedumbres jamás reflexionaron! Tenían para ello como cabeza visible al Sr. Pindado, y éste... ¡tampoco reflexionó! ¿Hizo mal? ¿Hizo bien?

En la afición verdad, imparcial, sensata, la cosa no gustó. Aquí donde se negaron tales honores á diestros de la historia taurina de «Lagartijo», «Frascuelo», «Guerra», Mazzantini... era una gran precipitación conceder el galardón supremo á un diestro que, sólo en unas cuantas tardes, se había portado como matador de grandes éxitos. En la plaza de toros de Madrid sólo se concedieron dos orejas: una á «Chicorro», en una corrida del 1876— á la que asistieron los reyes y los príncipes de Weimar (Sajonia) — en la que con el toro de Lafitte, *Medias negras*, hizo todas las suertes del toreo, incluso saltar con la garrocha: y otra, en broma, á Leandro Sánchez «Cacheta», famoso novillero, más bien de *trueno* que de *tronio*. Después... se concedió el honor á un matador indígena, á Pastor ¡y bien en serio!

Cuando á «Machaco» se le hablaba de la dureza del público de Madrid para con él, respondía siempre, con optimismo sano:

— Porque ahora no me se da la cosa bien, pero ya habrá *pa toos* lo mismo; este público es justo.

Y bastó que se espoleara en este año su amor propio, enormísimo, para que se probasen sus asertos. El día 17 de Mayo del 911, quinta corrida del abono abierto por Mosquera, la córdoba torera, representada por su González bravo, ganó ese galardón que no pudo alcanzar «Guerrita», porque aún no lo *desenterrara* el concejal señor Pindado.

Se lidiaron en esa tarde reses de la divisa verde y negra. ¡Miuras! Se fué á la plaza pensando en lo que se tendría que pitar á «Machaquito», *el niño de los riñones ful*; así le motejaban los *amigos*.

Rafael, antes de ir á la corrida, ya había dicho á su gente:

— ¡Vamos á demostrar quiénes somos! Vamos á ver lo que valemos!

En esa tarde quedó demostrado plenamente. Ya, al hacer el paseo, se notó en «Machaquito» que venía dispuesto á que se le aplaudiera por todos, amigos y enemigos; envuelto en su capotillo blanco, bordado en rosas de colores, miraba á los tendidos del sol, donde se hallaban los contrarios, con un aire de reto valeroso.

¡Ahora veréis quién soy! parecía decirles. Y salió el primer toro de Miura, un buen mozo, de capa castaña, ojialao, de piel lustrosa, cabos finos y gacho de cuerna. El hermoso animal fué bravo y poderoso. Los espadas hicieron bien sus quites y... llegó el momento de matar.

«Machaquito» brindó ante el presidente, por

rara coincidencia aquel señor Pindado que había concedido la oreja del toro *Carbonero*; tiró con un movimiento pinturero su monterilla enmadroñada, y fué á buscar al toro, que se hallaba en los tercios del tendido 3.

Mucho antes de llegar, como á diez metros de distancia, hincó el espada las dos rodillas en tierra y citó al toro. Le miró éste sorprendido y no acudió. «Machaco» no desistió por ello de practicar el peligroso muletazo que en su temeridad había pensado. Tranquilo, sonriente, incitando al Miura con la voz, fué deslizándose sobre la arena, sin despegar las dos rodillas, hacia la cara de la res, que seguía mirando atónita aquel reflejo de caireles en serpenteos de reptil. En el público, el rasgo temerario produjo una *convulsión honda*. Con silencio de angustia se le siguió en aquel acto de locura suicida. ¡Iba á ser clavado, por el cuerno del toro, el corazón de aquel muchacho irreflexivo!... Y dueño de sí, tranquilo, consciente, el torero avanzaba; estaba ya á menos de dos metros; no tenía distancia para librar la cabezada; se debía levantar; ¡fuera, fuera! nadie osaba gritar por no precipitarle en la catástrofe. Al fin, el animal partió, ciego, veloz, hacia el torero, que temerariamente le retaba; la muleta hizo un giro como bandera desplegada en la victoria. Un grito de horror cruzó el espacio y una salva de aplausos estruendoso acogió la figura gallarda del espada, ya libre del peligro y puesto en pie llamando al animal, que corría despistado, perdida ya la presa.

Y se volvieron á encontrar, y entre los cuernos, siendo despedido muchas veces por los lomos de la furiosa res, de su terreno, hizo «Machaco» una de esas faenas nerviosas y apretadas que le dieron la fama, y en la que los pitones iban saltando lentejuelas de su traje torero. Igualó para herir, y dió un pinchazo soberano, cimbreándose el esto que en el encuentro á la fuerza empleada en el ataque.

Volvió á muletear, se fué el toro *Zapatero* frente á la puerta de toriles, y en aquel mismo terreno, difícil, porque las reses, por instinto, tienen en él querencias naturales, entró á matar despacio, mirando sólo al sitio de la muerte, y en él dió tan soberbia estocada, que el toro salió rodando de la mano apenas se desvió ésta del puño del estoque, clavado hasta la roja cruz en el morrillo.

Trece mil pañuelos, imitando en sus giros una bandada de palomas en vuelos caprichosos, pidió para «Machaco» la oreja de la víctima, roto ya el precedente con Pastor. Justo el señor Pindado, acatando valiente las consecuencias de aquella tarde de su entusiasmo madrileño, abrió ya completo el ruedo de Madrid á esta costumbre provinciana. La oreja fué otorgada.

El amor propio de «Machaco», su pundonor torero, su vergüenza de hombre, ganó una gran batalla. Su larga historia quedaba así premiada. Su prestigio taurino quedó igual. «Lagartijo», «Fras-cuelo», Guerra, Mazzantini, jamás tuvieron ese honor. ¡Y fueron los colosos! ¡Qué más daba esa oreja...!

Se dijo del pase de rodillas del cordobés, que fué un acto de demencia. ¡No!; fué un acto de *arte* y de *valor*. La demencia es algo así como el orgullo de un valor irreflexivo. «Machaco» se arrojó á este paso tan grave sabiendo dónde iba, con la reflexión de su bravura de alma (verdadero valor). Su habilidad supo salvar el peligro á que fué, y le condujo al fin deseado (*arte*).

A «Machaquito», los que le atacaron en esto, no le hicieron justicia. En la fiesta de que hablamos, alternaron con él Pastor, «Gallito», Agustín García y Malla, que recibió en ese día la investidura de matador de toros. Pastor cortó también la oreja de uno de sus dos enemigos de Miura.

Posteriormente, á Ricardo Torres «Bombita», premiándole como á «Machaco» en su historial taurino, se le otorgó otra oreja el día de su presentación en la plaza de toros de Madrid, ya puesto también bajo el zapato de Mosquera, ¡Todos! Después, el 2 de Mayo de este año que corría, ¡el símbolo no podía envolver más ironías!, se le concedió á Rafael Gómez «Gallito» otra, por una de sus vistosas faenas, con un toro de Bañuelos.

¡«Chicorro» y «Cacheta» se confundían ya en un estrecho abrazo! Afortunadamente vino la reacción y se cortó el abuso... ¡Corcito IV llorará ahora en su casa, seguramente, esa medida, que le priva de ese honor madrileño!

Después del triunfo de Madrid, siguió Rafael su campaña, de este año sin notables salientes. En Bilbao tuvo un disgusto con los representantes de

la Casa de Misericordia, que allí explotan la plaza en las corridas de sus ferias. Fué allí, contratado por una empresa particular, los días 30 de Abril y 2 de Mayo, y no hay que decir que demostró quién era, á los señores que pretendían desairarle!

Los seis toros de ambas tardes, murieron de seis estocadas y un pinchazo; en la primera, con toros de Peláez, se le otorgaron dos orejas. En la segunda, el primero de Gómez, llegó á sus manos medio muerto de un enorme puyazo de «Zurito».

En las dos alternó con «Cochero». La afición bilbaína le hizo una gran ovación de desagravio. «Machaco», en un banquete de la primera noche, dijo:

— Mientras sean empresa esos señores, yo no güervo á Bilbao, aunque me den las minas...

En un viaje de recreo por Francia, me detuve en este mes de Agosto, en la alegre Burdeos. En la estación, vi un cartel de una fiesta taurina que se anunciaba para celebrarse el 29 de dicho mes, y en la que «Machaquito» y el bilbaíno «Chiquito de Begoña» debían lidiar, seis toros del marqués de Villagodio.

— Voy á verles — me dije — aun cuando á buen seguro que en una plaza así, donde no habrá aficionados inteligentes, tirarán sólo á salir del paso.

Y fuí; y no fuí solo. Cerca de mí, en las gradillas de la plaza, toda ella de madera, cuya sombra cubierta le daban el aspecto de las tribunas de un hipódromo, vi sentados á los aficionados madrile-

ños Sres. San Jinés, Núñez de Prado, Peláez, Bascaran, Caños y Belsolá, y los escritores españoles López Marín, Vicente Almela y Carlos Caa-maño.

«Machaco», que toreó toda la tarde como si to-rease en el ruedo de Madrid, ante un público com-petentísimo, dió en el segundo suyo la nota de su valor.

Fué un toro jabonero, cobarde y avisado, que hizo la lidia muy difícil. El cordobés salió sólo á matarlo. Le pasó de muleta defendiéndose; le en-tró á matar y dió un pinchazo bueno, quedandose la res. Volvió á la carga, y, al arrancar de nuevo, le recibió el morlaco tirando con un derrote á des-armarle; el estoque quedó clavado en su mitad, en sitio delantero del morrillo; y entonces, impa-ciente, rabioso ante aquella defensa, volvió á igualar, se echó sobre la testuz del jabonero, y hundió la *espá* hasta el pomo, en las agujas, mien-tras uno de los pitones, enganchado en su pe-cho, le destrozaba la camisa y le arrojaba á tierra, donde, al buscarlo, rodaba muerto del enorme vo-lapié.

Sus otros dos toros murieron también de dos es-tocadas superiores, y el público le concedió la oreja de cada uno de ellos.

Después de la corrida le fui á saludar. —¿Para qué te expones así en estas plazas, donde no van á ser conocidas tus proezas?—le dije, estrechán-do-le la mano.

«Machaco» me repuso en el acto: — No zon las

plazas, zon los toros los que le hacen á uno estrecharse de este modo.

Yo brindo esta respuesta filosófica á algunos diestros de hoy, con muy poquitas dosis de dignidad profesional, de amor propio torero.

Loma dice en su libro *Desde la barrera*: «Machaquito» es un caso clínico de vergüenza torera. ¿Conformes todos?...

Un día, en Logroño, el 21 de Agosto de este año, toreando con Fuentes, empezó á llover de tal modo en su primero, que el público juzgó que la lidia debía suspenderse. Sin dejar de llover, los previsores á quienes cogió la cosa con paraguas, aguantaron el chaparrón valientes; pero al llegar la muerte del toro *Boticario*, caía el agua de tal modo, que el redondel empezó á convertirse en piscina.

—No lo mates, aguarda á que esto pase.

—Retírate y que se suspenda la corrida—gritaban á «Machaco» los pocos que en los tendidos aguantaban impávidos el diluvio.

—¡Al toro, al toro!—gritaban los que se hallaban á cubierto. «Machaco» se fué á él, y en medio de un gran charco, en el que el animal, al embestir, levantaba una tromba de agua con sus patas, que borraría de vez en cuando la faena, dió siete pases ceñidísimos, y una estocada colosal mojándose, ¡nunca con más verdad! los dedos.

El toro rodó entre fango y agua, y los que no sostenían sus paraguas, hicieron al espada una ovación enorme, y pidieron la oreja de la víctima.

En esa tarde, en que pudo terminarse la fiesta porque cesó la lluvia al fin, y en la siguiente, mató «Machaco», alternando con Fuentes, tres toros de Concha y Sierra y otros tres de Veragua, pinchando sólo dos veces en el segundo, de Veragua, y dando en los demás cinco estocadas de las suyas. Las dos tardes salió de aquella plaza en triunfal marcha, en hombros de los entusiasmados riojanicos.

Pocas tardes después debía tener «Machaco» el percance más grave de su vida torera, quizás uno de los más graves que puede haber en esta accidentada profesión.

Para el día 1.º de Octubre se había anunciado una corrida de toros de Benjumea, que debían estoquear los espadas de la famosa competencia: Machaquito-Pastor.

Por la mañana de ese día, en el apartado, el jefe de Policía D. Guillermo Gullón suspendió, con el mejor acuerdo, la corrida, por ser impresentables los animales, que con pocos escrúpulos enviaba á nuestra plaza el ganadero, y endosaba á la Empresa.

Esta, que tenía todo el papel vendido y vió el negocio defraudado, anunció para el siguiente día 6 la competencia, y organizó la cosa con un saldo estupendo: tres bovinos de Surga, uno de Benjumea, otro de Trespalacios y uno de Gamero Cívico, ¡oh los tiempos de Niembro!

A pesar de esto, de que se subió un 60 por 100 el precio de las localidades, de que se dió la fies-

ta en día de trabajo, hubo un lleno tremendo. ¡Los complacientes fueron siempre legión!

Mansos y difíciles los toritos del saldo, ni «Machico» ni Pastor se dejaron por ellos *apuñalar* para satisfacer á sus partidos, ni hicieron nada de notable. ¡Una corrida sosa y aburrida como todas las que se anuncian de emoción!

En el último de Gamero Cívico, cuando ya terminaba la corrida sin incidente alguno, fué á rematar un postrer quite «Machaquito», se pegó al cuello de la res, quedó en la cara, adornándose, con el capote ceñido á sus piernas, hizo el toro por él, lo vió «Machaco», fué á correr, se le caía la montera, la quiso asegurar, perdió tiempo, y alcanzándole el cuerno de la res por la entrepierna, lo lanzó al aire contra la barrera, con tal fuerza y violencia, que al caer de cabeza, el ligamento vertebral sufrió una distensión horrible. Pastor acudió al quite en el momento en que el Gamero iba á cornear aquel cuerpo caído; se levantó «Machaco, llegó á tablas del 1, fué á saltar, perdió fuerzas, y pálido, desencajado, con el cuello doblado del porrazo, cayó en brazos de su hermano y de «Cantimplas», diciendo acongojado: ¡Agua, agua! ¡me ahogo...!

Aquello pudo ser el trágico final de esta historia que escribo. En su cuarto del Hotel de Rusia, que habita ahora «Machaco», cada vez que aquí viene, rodeado de su señora, de sus hijos, quieto en el lecho, presa de dolores intensísimos, sin poderse mover; llenos de angustias y temores todos

los suyos, sus amigos, pasó «Machaco» días y días de un mes de Octubre triste y frío.

El día mismo del terrible accidente, apenas trasladado de la camilla al lecho, puesta aun la taleguilla de torear, que no se le quitó por evitarle los crueles dolores de todo movimiento, llegaron á verle su amigo y compañero Vicente Pastor y su paisano el torero «Manolete»; Vicente y él tenían que ir á Barcelona aquella misma noche, para torear á los dos días.

— No puedo ir, Vicente, estoy *mu* mal, paese que me retuersen el pescuezo; vete tú, «Manolete», y torea en mi lugar.

Cuando salió Vicente, con la triste impresión pintada en el semblante, cuando bajó después el doctor Guarnerio y dijo: «Esto puede ser cosa muy grave», en los grupos de amigos y de curiosos que abarrotaban el portal surgieron los más funestos comentarios, que en su correr de boca en boca se hicieron, cosa segura é indudable.

— Se queda impedido.

— Han dicho los doctores que al moverse puede perder la vida.

— ¡Pobre «Machaco»! ¡aquí acabó su historia!

Hasta su fiel mozo de estoques, secretario particular y amigo íntimo, desde que empezó á lidiar con públicos y toros, el bueno Luis Viudes, tuvo un momento en que juzgó perdido á su maestro. Fué un cómico chispazo, dentro de aquel ambiente de dolor, un gracioso equívoco, que, á no hacerse en el momento aquel, en que Luis tenía tal pesadum-

bre, le hubiese hecho soltar la carcajada. ¡El, que no se llegó á reír, ni el día en que José «Machaco» le aseguró, formal, que era un don Juan *Tinorio!*

Luis, que en su idolatría por Rafael tenía un gato precioso, al que había bautizado, como prueba de la alta estimación en que le tenía, con el nombre de «Machaquito», fué aquella noche á su casa, á recoger unos papeles, que se debían llevar los de la cuadrilla para ir á Barcelona, pues él quedaba al lado del espada. Cuando más engolfado se hallaba en la tarea de rebuscar en un cajón, entró su sirvienta en el despacho, toda anegada en llanto, presa de una pena espantosa.

— ¿Qué pasa?—dijo Luis, alarmadísimo.

— ¡Ay! ¡Señorito Luis, «Machaquito» se ha muerto! Y rompió á llorar desesperada.

Un toro que se le hubiera llevado un pabellón auricular, no le produce á Luis Viudes el desastroso efecto de la noticia aquella. Lívido, descompuesto, se avalanzó á su fámula.

— ¿Cómo lo sabe usted? ¡Si yo acabo de venir de la fonda y le he dejado mejor!

— ¡Qué fonda ni qué ocho cuartos, señorito! Si le acabo de encontrar muerto, en el cajón de la cocina. ¡Vaya usted! ¡Vaya usted!

¡Se trataba del gato!...

Luis, supersticioso, corrió al hotel. ¡Respiró! «Machaco», su matador, pedía un cigarrillo.

— ¡No pueo estar sin fumá!

Luego, en una mueca de dolor, deducía compasivo:

— ¡Lo que deben sufrir las gallinas cuando las retuersen el pescuezo!

Afortunadamente, los pesimismo no llegaron á realizarse. El doctor Bravo (D. Antonio), que se encargó de la curación del espada, desconfió al principio. Se habló de desviación de las vértebras, de lesiones en la medula, de traumatismos. No pasó nada de eso: los rayos X demostraron en la fotografía, que la fuerte lesión podía curarse, como curó.

Hubo, sí, largas noches de horribles sufrimientos; noches de angustia enorme. La muerte, que rondaba en el cuarto, ya que no pudo llevarse el cuerpo del torero, se llevó en una tarde aciaga un pedazo de su alma.

El único hijo varón, el Rafaelito II de aquella dinastía que con él empezaba, en la tarde del 17 de ese mes cerró sus ojos á la luz, ahogado por una enfermedad que le minaba.

«Machaco», inmóvil, hundido en la almohada que sujetaba su cabeza, no pudo recibir el adiós á la vida de su hijo. Su amante esposa, gentil figura del dolor, paseó en aquella noche de luto sus congojas, del lecho en que el espada sufría su martirio, al de flores en que su nene Rafael cruzaba sus manitas de cera sobre el pecho...

— ¡Peor, mucho peor que diez cornás!...

Yo, aquella noche, ví los pálidos labios del enfermo apretarse convulsos, en mueca de horrible imprecación...

Fueron disminuyendo los dolores; se construyó

un aparato de ortopedia, que había de sujetar inmóvil la cabeza, se escayoló la superficie; el doctor Decreff intervino; al fin, pudo, unos días después de la lesión, salir á pasear en coche. José Machacho y el gigantesco Lubián, un íntimo del diestro, tan largo en talla como en bondad, le acompañaban.

El 15 de Noviembre, con su esposa y su hija, montó, al fin, ¡en el tren! á las nueve de una mañana fría, y... ¡á Córdoba! A la sierra florida, á su casa cómoda y lujosa, á los cuidados de los suyos, para fortalecer el cuerpo y tranquilizar algo el espíritu.

Durante el curso de la dolencia, por el amplio portal de aquel hotel, pasó, dejando estampadas sus firmas en los pliegos en que constaba el parte diario de la lesión, todo el Madrid de fiestas. Desde el encumbrado título de Castilla á la modesta obrera de taller. Como repetición del caso Méndez Núñez y Tato, se hallaba también en esos días enfermo de cuidado, muy cerca de casa del torero una gloria española: el sabio Ramón y Cajal...

¿Que si se dió aquí por terminada la vida torea de «Machaco»? Desde luego, ¡y ahora, había razón! ¡Aquella horrible lesión, que presentaba para Rafael González el porvenir tristísimo de verse contrahecho á un movimiento brusco; partirse, por las vértebras, como una copa de cristal, era para cortar de raíz toda sospecha de que el espada volviese á la ruda profesión de lidiador de reses bra-

vas. Se dijo en los corrillos: ¡«Machaco» se acabó! Se publicó en los periódicos: ¡«Machaco» se retira!

La orden dada por «Machaco» á los su cuadrilla de que volviesen á sus casas, pues el contrato de Méjico, que ya tenía firmado el cordobés, no se podía cumplir, se tomó como declaración de la renuncia á volver á vestir el traje de torero.

Con el temor, tan sólo, de que un porrazo de un toro pueda repetir la terrible lesión, no se puede torear, por muy valiente que se sea, me dijo á mí cierta tarde un diestro famosísimo.

¡Demasiado había hecho «Machaco» sosteniendo su puesto en once temporadas de matador de toros! ¡«Guerrita», con ser «Guerrita», sólo pudo aguantar doce!

¡Aquellos tiempos, de torero hasta los sesenta años, pasaron ya!

Y es que ahora, con un público más duro aun cuando no quizás más entendido, se exige mucho más; y es que por la vida más activa de ahora, las cosas y los hombres pasan con más velocidad; y es, que «Guerra» y «Mazzantini», y después «Bombita» y «Machaco», acostumbraron á los públicos á que las primeras figuras del toreo debían estar todas las tardes bien, ó por lo menos, la mayoría de ellas.

«Lagartijo» y «Frascuelo», los dos genios taurinos, se retiraron tarde. Torearon y no se dejaron vencer siendo ya viejos. ¿Se le hubiesen admitido á «Guerrita» las estocadas á la media vuelta, aque-

llas que hicieron famosa la frase de ¡avisa Juan!...

Pero «Machaco», á pesar de todos los pesares, no se retiró. El matador de vidrio siguió teniendo el corazón de acero, y volvió á la pelea. A los tres meses se quitó el aparato, se vió fuerte, quiso probar, se fué al cortijo del «Pendolillo», con Antonio Guerra, el propietario y ganadero hoy, con su primo y banderillero «Camará», con «Manolete», su paisano y protegido y con «Conejo».

Y soltó una vaca, y la toreó con la capa. Y soltó otra, y cogió la muleta y banderilleó... ¡listo!

Vino á Madrid el 3 de Mayo, al día siguiente de la revolución «Gallito» con el famoso toro de Bañuelos. ¡Qué de recuerdos no le despertaría aquella fecha! ¡Aquel 2 de Mayo en que él estoqueó al toro *Boticario*! ¡Entonces hubo menos ovaciones! ¡Qué aprisa cambiamos!

Fué á casa de Retana.

—Manué, avíame dos trajes y muletas.

Se marchó al campo, á las dehesas de su amigo Peláez, á las del nuevo ganadero D. José Vega; se entrenó bien...

El día 19 de ese mes debutó en Barcelona, en la corrida de la prensa. Un toro le hoció. Se defendió con dudas y desconfianzas naturales. ¡Otro cualquiera...!

Volvió á Barcelona á la corrida patriótica, que organizó el Círculo ecuestre de la ciudad condal. Alternó con Pastor, con «Gallito» y «Manolete».

«Guerrita», que presidió la fiesta, juzgó así su trabajo ante el revistero del periódico *El Diluvio*,

«Azares», aquella noche, en los salones del ecuestre:

— «Machaco» había estao malamente en la de la Prensa, sin confiarse, miedosillo. Yo lo encontré natural después del topetaso de Madrid; pero como yo conosco al rabioso ése, se me figura que volverá por lo suyo y á su sitio, que se lo ha ganao y mu bien ganao.

Quiso parear al primero, sin ver que estaba muy aplomao, y lo hiso mal. Con la muleta ha estao cerca y ha dao tres pases por bajo y uno de pecho solera fina. De la estocá no hay que decir que fué superió: se fué detrás de la espá, que estaba una mijita contraria. El noble animal no necesitó más.

El público no le tocó las palmas, lo que se merecía. Me parece que á «Machaco» le está pasando lo que á mí y á toos: que el público lo está aburriendo. Y como el público manda, á casa, muchacho.

Con el quinto se ha distanciado más; ha hecho cosas buenas con el trapo y ha estao desgraciado con la espá. La media primera no entró toa porque el toro dió la cabesada y no le dejó pasar el pitón; el pinchazo fué bueno, otro pinchazo y una entera algo caída.

A «Céntimo» le ha hecho un quite superior y ha bregado bien.

A mí me ha gustao.»

Fué á Santander, un toro lo empuntó, y en el suelo, al caer, se lastimó un brazo; con él así, toreó otra corrida, y, viéndose sin fuerzas, dejó de

torear algunas fiestas, entre ellas las corridas de Pamplona, que tenía ajustadas.

En la última, la Comisión del Hospital le escribió: «Si usted no viene, nuestros hospitales tendrán un déficit grande.»

—¿Por mí...? «Machaco» cogió el tren, y lastimado aún, se fué á Pamplona á torear, el 25 de Julio, con «Minuto» y «Bienvenida».

«Relance», en el *Arte Taurino*, al reseñar la fiesta, dice de él:

«Machaquito»—que por ser una corrida sola y de Parladá, se había decidido á venir, aun resentido del brazo—, ha toreado por verónicas muchísimo mejor que de ordinario, ha procurado muletear bien, y, entrando superiormente, ha sacudido al quinto un pinchazo delanterillo y una estocada hasta la guarnición, contraria de tanto atracarse, seguida de dos intentos infructuosos de descabello con la puntilla. Gran ovación y vuelta al ruedo.»

El matador de vidrio se sintió fuerte ya; otra vez «Machaquito». Se seguía susurrando lo de la retirada. ¿Quién?...

Hace muy poco, en Alicante, el día 8 de Agosto, fué á torear una corrida extraordinaria, organizada por la Taurina de Levante con Pastor, con «Gallo», con Gaona. ¡Los toreros del día!

—¡Valían más los de su *promoción*! Aquellos que sin vacilaciones, ni dudas, sin lagunas, hicieron paso á paso su brillante historial, entre Emilio «Bomba», «Reverte», Fuentes «Quinito», «Alga-beño», ¡nadie! ¿A probarlo?

En esa fiesta, una de las más completas y lucidas de las que en España se han celebrado, pues el trabajo de todos los lidiadores fué muy bueno, el matador de vidrio hizo la siguiente faena en su segundo toro, según un telegrama de *El Mundo*, que decía así:

«Quinto.—De Pérez de la Concha. Jabonero, bravo y de buen tipo.

Toma cinco puyazos, matando dos caballos. En los quites, «Machaco» y Gaona ganan palmas.

«Machaquito» coge los palos al variarse el tercio y quiebra un gran par. (Ovación.) Luego juguetea con el toro, y pone un par de frente, trasero, y otro cambiando los terrenos.

Coge los trastos y empieza su faena con un pase sentado en el estribo. Se mete después entre los pitones y hace un colosal faena, que se jalea con entusiasmo indescriptible, y arrancándose recto, despacio, con la misma rabia que empezó en su afición, mete un volapié colosal hasta el codo, del que rueda el toro sin puntilla. (Ovación enorme y oreja.)»

Luis de Tapia, el poeta satírico cuya fina ironía da pruebas de su ingenio en *España Nueva*, hace el resumen de la fiesta en los siguientes pareados:

«La corrida de Alicante
ha sido despampanante.

Rodolfo, el de indio color,
un baño le dió á Pastor.

Después, el «Gallo», valiente,
bañó á Rodolfo y Vicente.

Y, por fin, el cordobés,
les dió el gran baño á los tres.

Por eso se habla hoy bastante
de los «baños» de Alicante.

Y dice la culta gente
que en los toros, actualmente,

se trae «Machaco» el toreo
de Séneca (Lucio Anneo).

Paisano de Rafael,
que en romano redondel,

también recto y sin extraño,
entró á matar dando un baño.

¡Viva la gracia romana
y Córdoba la Sultana!...»

Y va el 11, en Gijón, con «Morenito de Algeciras», y copio un telegrama del *Heraldo de Madrid*:

«Gijón 11 (5, 10 t.).—Se lidia ganado de Vicente Martínez en la corrida de hoy.

«Moreno de Algeciras» sustituye á «Bombita». El primer bicho es berrendo en negro y de hermosa lámina.

Con los de aúpa se portó bravamente.

«Machaquito» luce sus gallardías con la muleta, toreando entre los mismos pitones y oyendo olés á cada momento.

Llegada la hora atiza una estocada contraria por atracarse de toro, y concluye con otra fenomenal,

La ovación que se sucede á la faena es delirante.»

González de Córdoba vuelve á ser «Machaquito»; vamos en la 12.^a temporada de matador de toros. El torero de la emoción aún sigue mostrándose en los ruedos para reactivo de este ambiente de trampas y tranquillos, que ha invadido á la afición por un momento. Los que pensaban ser sus vencedores, sólo tres temporadas pudieron resistir. Machaco sigue igual; al final de este año marcha á Méjico con iguales arrestos con que fué la otra vez. ¡Ayer! ¡el 903!

Desde «Machaquito» y «Lagartijo» á acá, los novilleros con honores de primera figura no salían; parecía que esto se iba á acabar, que se iba á enterrar la fiesta que un tiempo fué viril y fué gallarda, entre serpentinescas danzas y molinetes clásicos. Afortunadamente parece ser ¡no confie-mos! que el novillero esperado apunta ya; Joselito I, hoy Agosto del 912, puede ocupar el puesto que vacaba en el toreo; pero Rafael González no tiene sucesor.

«Machaco» sigue su historia, continua. ¿Hasta cuándo?

.....
Hé aquí lo que él afirma:

Madrid, 29 - 8 - 1913

Amigo Fernando

A lo que me preguntó respecto a mi retirada de los toros para decir, en su caso el libro de mi hermano torero, tengo el gusto de decirte que por todo mi afición y en concreto con respecto a tomar el momento de mi "casteja" la contestación, me parece que lo mejor es

para

que me temporadas más

Para decirte los recuerdos que he vivido en mi retiro a mi próximo viaje a Méjico de a parte de que ya tengo hecho el contrato de San Sebastián y algunas otras cosas para el próximo año. Te digo por lo que me parece

Amigo

